



MARIO ESCOBAR

LIBERTAD

JUEGOS DE GUERRA -3-



Lectulandia

En un oscuro futuro no tan lejano la vida de los jóvenes atenienses es dura: viven una existencia de semiesclavitud que se reparte entre trabajar para los adultos y prepararse para los Juegos de la Guerra. Esta competición a muerte fue ideada tiempo atrás por los Consejos de Ancianos de Atenas y Esparta como sustituto de la guerra de adultos. Quien gane los juegos tiene derecho a imponer sus costumbres al rival. El problema es que los espartanos llevan ganando diez años seguidos los juegos, y un legado ateniense, enviado a Esparta para investigar la cuestión, desaparece sin dejar rastro. Su hija Elena, acompañada por sus amigos, emprenderá un viaje a lo prohibido en pos de la verdad, la justicia y la abolición de los juegos que los sentencian a muerte cada año. Lo que ellos desconocen es que no están en el lejano periodo heleno y que son los supervivientes de un mundo destruido en terribles guerras.

Lectulandia

Mario Escobar

Libertad

Juegos de Guerra-3

ePub r1.0
fenikz 21.10.16

Mario Escobar, 2015

Editor digital: fenikz
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mis estudiantes de Mountain City.

La literatura de ciencia ficción es la crónica más fiel de nuestros tiempos y a veces también una guía premonitoria del futuro.

René Rebetez

La ciencia ficción se ha convertido en un dialecto de nuestro tiempo.

Doris Lessing

A partir de ahora no viajaré más que en sueños.

Julio Verne

PRÓLOGO

Troya,

7 de

metagitnión

de 2200

Las primeras explosiones se escucharon frente a mi ventana. No me atrevía a asomarme, me encontraba todavía narcotizada por el tranquilizante que Pompeyo me daba cada mañana, y lo que más temía era ver la cara de Dracón ensangrentada entre los muertos de la batalla que se estaba desatando allí fuera.

Al final me arrastré pesadamente hasta el gran ventanal, aparté los cortinajes púrpura y observé la planicie. Los soldados de Nueva Roma y mis amigos habían cruzado el lago en barcas e intentaban llegar a la base de la muralla, pero los hombres de Pompeyo lanzaban sobre ellos todo tipo de objetos. No podía calcular el número de soldados, pero sin duda superaban el millar.

En ese momento recordé las amenazas de Pompeyo; Pericles corría peligro y yo me limitaba a mirar por la ventana, con la cabeza adormilada por los narcóticos y el alma anestesiada. Un sudor frío me recorrió la espalda. Miré mis ligeras ropas de seda, parecía una cortesana; el juguete de mi nuevo amo. Después me acerqué a trompicones hasta una de las estancias en las que las esclavas guardaban las ropas. Tardé unos minutos en encontrar algo más práctico, que me permitiera moverme con facilidad. Lo único que vi fue un traje de cuero negro. Después miré entre los utensilios del baño y tomé unas tijeras. Al menos me servirían para defenderme de los guardias de la entrada.

Empujé el inmenso portalón, pero este no se movió, estaba cerrado con llave. Miré a mi alrededor, desesperada. La única salida era la ventana, pero la habitación estaba a varios metros de altura y mi cabeza no parecía responderme lo suficiente para mantener el equilibrio.

Al final me decidí a intentarlo, abrí la ventana y me pegué a la pared. Me temblaban las piernas y el frío del exterior me despejó en parte, pero me hizo tiritar.

Miré el lago, la muralla y al ejército que se afanaba en atravesar los muros, y respiré hondo; después caminé por la cornisa. A unos tres metros se veía una gran terraza, si conseguía llegar hasta allí, podría salir por algunas de las habitaciones más próximas.

Me aferré al alféizar de la ventana, comencé a mover los pies muy despacio. Llevaba unas sandalias de cuero y la suela se pegaba perfectamente a la cornisa, aunque en algunas partes parecía humedecida por el fresco amanecer a orillas del lago.

Avancé algo más de un metro; en un minuto la balaustrada de la terraza estaría al alcance de mi mano. Intenté moverme más rápidamente, pero el pie se escurrió de la cornisa y estuve a punto de caer al vacío. Me agarré a la piedra y me balanceé por unos segundos. Noté que mi cuerpo se agarrotaba por el miedo, pero logré tranquilizarme, subir de nuevo el pie y seguir caminando.

Cuando alcancé la balaustrada de la terraza, volví a respirar hondo. Pasé una pierna por encima y me agaché. No sabía qué podía encontrarme en aquella habitación.

El sonido de la batalla parecía cada vez más cercano. Antes de entrar en la estancia miré por última vez el muro. Los guerreros de Nueva Roma habían logrado abrir una brecha. Los hombres de Pompeyo se habían agrupado para detener a los invasores, pero poco a poco se replegaban hasta el edificio en el que me encontraba; parecía que mis amigos estaban consiguiendo conquistar Troya.

Me aproximé a la ventana e intenté ver en su interior, pero las cortinas estaban echadas y no dejaban abierta ni una pequeña rendija. Aferré mis tijeras e intenté hacer palanca en el pestillo, logré abrir la puerta y descorrí con cuidado la cortina.

Cuando asomé la cabeza, me quedé petrificada. En la habitación se encontraba uno de mis peores enemigos, y no estaba solo.

Primera Parte

La esperanza

1: Troya, 7 de metagitnión de 2200

Me sentía confundida, no lograba pensar con claridad. Miré de nuevo por la ventana con sigilo, intentando asegurarme que aquel hombre fornido y de aspecto inquietante no era Thanos, pero sin duda se trataba del hombre más poderoso de Esparta. Aquello únicamente podía significar una cosa. Mi amada ciudad, Atenas, estaba en manos de los espartanos y todo estaba ya perdido.

Me encogí sobre mí misma, como si me hubieran golpeado en el vientre. Tenía ganas de vomitar y me daba vueltas la cabeza. El aire fresco de la mañana no terminaba de despejarme. Tenía que sobreponerme, mis amigos habían venido a la ciudad para salvarme. Tal vez pudiéramos reconquistar Atenas y llevar la paz a todos los griegos. Las profecías me señalaban como la elegida para salvar a mi pueblo. Toqué el collar con la esmeralda que el anciano oráculo me había dado la primera vez que nos vimos. Noté como si una fuerza especial se transmitiera por mis venas. Entonces, cuando los hombres que estaban en la habitación abrieron la puerta acristalada, apreté con fuerza la gema y sentí el viento atravesando mi piel. Los hombres se detuvieron en la barandilla de la gran terraza, pero parecían no verme.

—Esos pobres ingenuos no saben que vuestro ejército está a su espalda —le dijo Pompeyo a Thanos.

—Esperemos hasta que estén en el fragor de la batalla para atacarlos. No quedará ni un guerrero con vida. Después dividiremos el mundo en dos. La mitad de los viejos Estados Unidos será para Nueva Roma y su gran emperador Pompeyo y la otra para Esparta y su rey Thanos —dijo el padre de Dracón.

Sentí que un escalofrío recorría mi espalda. No entendía por qué no me veían. Estaba apenas a medio metro de distancia, aferrada al collar y con el corazón latiendo a toda velocidad. Los planes de aquellos dos hombres podían convertir el mundo conocido en un lugar aún más monstruoso. Tenía que escapar de Troya y llegar hasta mis amigos, pensé, acurrucada en un rincón, sin moverme.

—Quiero ver a Helena; en el caso de que esos estúpidos logren resistir, ella puede ser nuestra moneda de cambio —dijo Thanos.

—Está en la habitación de al lado —comentó Pompeyo.

Los dos hombres abandonaron la terraza y se dirigieron al otro cuarto. Yo aproveché para ponerme en pie, atravesar la habitación en medio de varios soldados sin ser vista y correr escaleras abajo. Corrí con rapidez, con la esperanza de escapar y advertir a mis amigos del peligro.

Aquella fortaleza estaba rodeada en gran parte por las aguas del río, por lo que tuve que hacer un largo rodeo. Sabía que mis captores no tardarían en advertir mi huida y desconocía durante cuánto tiempo permanecería invisible.

Me aproximé a la muralla. ¿Cómo podría llegar al otro lado? El muro era muy alto; proyectiles, flechas y lanzas caían a un lado y al otro. El hecho de ser invisible no me protegería de una bola de fuego o una flecha, pero tenía que atravesar las líneas y llegar hasta mis amigos. En ese momento me di cuenta de mi grave falta. En mi huida me había olvidado de que Pericles seguía en manos de Pompeyo y que no dudaría en matarlo en cuanto descubriese que yo me había ido.

Me asaltaban las dudas. Si escapaba, condenaría a muerte a mi amigo, pero si me quedaba podría ser capturada de nuevo y morirían Dracón y todos los soldados del ejército de Nueva Roma. ¿Qué podía hacer? Supliqué a los dioses que me guiaran. Entonces recordé las palabras de la abuela de Dracón: la Providencia era la única que podía salvarme y llevarme al camino de la sabiduría. La misma que había guiado al viejo sacerdote de Nueva Roma y a tantos otros hacia la Verdad. *Por favor, Divina Providencia ayúdame*, dije en mis pensamientos, y en ese preciso momento cayó una gran bola de fuego a mi lado, lanzándome contra el suelo.

2: Troya, 7 de metagitnión de 2200

Cuando recuperé la consciencia, noté un fuerte pitido en los oídos, miré mi brazo magullado y quemado y comprendí que era visible de nuevo para todo el mundo. Levanté la vista y contemplé media docena de caras que me observaban con asombro. Mi ropa no dejaba de ser curiosa, aunque los soldados no imaginaban que estaban delante de la prisionera de su líder. Mi única arma eran unas tijeras, pero mi mano derecha estaba herida y me sentía tan débil que apenas podía levantarme del suelo.

—¿Quién eres? —preguntó al fin uno de los hombres.

Los miré con mis grandes ojos azules. Tenía el pelo rojizo alborotado por la cara y el miedo me secaba la garganta. En ese momento, una parte del muro estalló en mil pedazos y los soldados se pusieron a cubierto. Yo logré sentarme sobre el barro. La noche anterior había llovido copiosamente y ahora mi traje de cuero se había pegado a todo mi cuerpo. Miré hacia la brecha. Los primeros soldados de Nueva Roma corrían hacia el interior, intentado soportar la lluvia de flechas y lanzas. Entre aquellos valientes guerreros reconocí enseguida a Julia y Dracón. Mi amiga llevaba una cota de malla dorada, con el escudo del águila en su pecho. Su melena rubia estaba recogida en un moño, pero no llevaba casco. En el brazo derecho tenía una espada corta que movía con gran agilidad y en el izquierdo un escudo redondo. A su lado estaba Dracón, él era mucho más corpulento que mi amiga. Su melena morena salía del yelmo espartano que lucía en la cabeza y le caía por la espalda; su armadura, en cambio, era romana. Portaba un hacha de dos filos y un gran escudo ovalado.

—¡Amigos! —grité desde el suelo, pero no me vieron. Estaba rodeada de soldados de Pompeyo.

Me incorporé con dificultad e intenté acercarme, pero los soldados de Troya formaban una muralla casi impenetrable. Ambos ejércitos estaban separados por apenas tres metros de distancia. Thanos no tardaría en ordenar a su ejército que atacara a mis amigos desde la retaguardia y ya todo estaría perdido.

Apreté de nuevo con fuerza el collar. Una gran energía me invadió otra vez. Toqué a los soldados y estos comenzaron a caer fulminados, como si un rayo los atravesase. Después me acerqué, protegida por mi invisibilidad, al ejército de mis amigos. Cuando estaba a un paso de ellos, solté el collar y aparecí ante la mirada sorprendida de Dracón y Julia.

—¡Helena! —gritó él. Después levantó el brazo para que lo siguiera una docena de sus hombres, me rodearon para protegerme y me sacaron de la primera línea.

Mientras aquellos hombres me zarandeaban, sentí que volvía a desfallecer, pero Dracón me agarró por la cintura y me sacó en volandas de la muralla. Después me puso a salvo debajo de una de las máquinas de asalto y me tumbó en el suelo. Noté el frío y la humedad, pero al estar en brazos de mi amado, logré tranquilizarme un poco.

—Helena, temía que ese maldito Pompeyo te hubiera hecho algo —dijo Dracón inclinado sobre mí.

—Tenéis que retiraros —susurré sin fuerza.

—¿Retirarnos? —preguntó Dracón, extrañado.

En ese momento llegó Julia, que vestida con aquella impresionante cota de malla dorada parecía una reina o una diosa. Nada quedaba de la buhonera que había descubierto al norte de la isla.

—La Providencia nos ha sonreído de nuevo —dijo.

—Tenéis que retiraros —insistí.

—¿Por qué? Estamos ganando, dentro de un par de horas nos habremos hecho con la ciudad —dijo Dracón.

—Es una trampa. Vienen los hombres de tu padre. Los espartanos están cruzando el río y caerán sobre vosotros en cualquier momento —les advertí.

—¿Los espartanos? —dijo Dracón como si no me entendiese.

—Han tomado Atenas. Todo está perdido, será mejor que salvemos nuestras vidas —les dije.

—Pero Pericles sigue prisionero de Pompeyo —recordó Julia.

Hasta que vi su mirada, no había comprendido que la joven estaba enamorada de mi amigo. Sus ojos reflejaban temor y tristeza, como si le importara más la suerte de Pericles que la suya propia.

—Si nos capturan no podremos rescatarlo —dijo Dracón.

—Pompeyo prometió que lo mataría si yo escapaba —les confesé.

Se hizo un largo e incómodo silencio. La decisión que debíamos tomar era muy difícil. Era imposible rescatar a Pericles y huir al mismo tiempo.

—No lo matarán —dijo Dracón finalmente—, saben que es un rehén valioso. No olvides que es uno de los hombres más importantes de Atenas. Si lo ejecutan será en la ciudad, delante de todos los ciudadanos, para amedrentar al pueblo.

—Eso espero —dije en un suspiro. Pericles y yo habíamos sido amigos desde niños y no podía soportar la simple idea de su pérdida. Mi padre continuaba desaparecido, mi madre y hermano en una ciudad conquistada por los espartanos y

varios de mis amigos muertos.

—Será mejor que salgamos de aquí antes de que nuestros enemigos nos corten la retirada —dijo Julia, que empezaba a preocuparse por la suerte de sus compatriotas.

Dracón hizo una seña a los kerykes, los heraldos que tenían que avisar de la retirada si la batalla estaba perdida.

Cuando sonaron los cuernos, la lucha cesó por unos momentos. Sitiados y sitiadores no sabían qué ejército había llamado al repliegue. No fue hasta que los primeros soldados de Nueva Roma comenzaron a correr que los soldados de Troya intentaron seguirlos hasta el agua.

La retirada fue desordenada, la gente subía a las barcas a toda prisa, pisándose unos a otros y dejando atrás a los heridos.

Dracón intentó en vano controlar la situación; un soldado aterrorizado es imposible de dominar. Simplemente intenta salvar su vida a toda costa.

Mis amigos me ayudaron a subir a la barcaza senatorial, mientras una nube de flechas y proyectiles caían a nuestro alrededor. Los cuerpos inertes cubrían el campo de batalla, dejando un paisaje dantesco, que junto al fiero sonido de los guerreros y el estruendo de los proyectiles parecía colocarnos en las mismas puertas del Hades.

La barca se separó de la orilla justo a tiempo. Los soldados de Pompeyo saltaron desde el borde para alcanzarnos, pero los guerreros que nos escoltaban los repelieron con sus arcos.

Apenas habíamos escapado de las manos de los troyanos cuando divisamos las barcas de los espartanos. En una de ellas se veía la figura erguida y desafiante de Thanos, que había logrado llegar tan rápido y embarcar gracias a su veloz caballo. Thanos escupía sus órdenes al tiempo que sus hombres destruían las pocas barcas que habían logrado alejarse de la orilla. El ejército de Nueva Roma había sido derrotado, lo único que podíamos hacer era salvar nuestras vidas.

3: Troya, 7 de metagitnión de 2200

La barcaza de Thanos se dirigió directamente hacía nosotros. Nuestros hombres remaban con todas sus fuerzas, si lográbamos entrar en la corriente del río, la ligereza de nuestra embarcación nos favorecería, pero si los espartanos nos alcanzaban antes no podríamos hacer nada para resistir su embestida.

—¡Más rápido! —gritó Dracón desde la popa. Mientras, no dejaba de observar el rostro de su padre.

Yo sabía lo duro que debía de ser para él luchar contra el hombre al que más quería en el mundo, pero no cedería ante los intentos de su padre por dominar toda Grecia y destruir lo poco que quedaba de bueno en la civilización que había sucumbido al totalitarismo antes de que nacióramos.

A pesar del esfuerzo de nuestros hombres, la barcaza de Thanos estaba a punto de alcanzarnos. El anciano de los espartanos ordenó que lanzaran una nueva lluvia de flechas y Dracón me protegió con su escudo. A nuestro lado, media docena de remeros cayeron fulminados.

Levanté la vista y observé cómo Julia intentaba animar a los que quedaban con vida. La corriente estaba a nuestro alcance. Me incorporé como pude, aferré mi colgante y deseé que nuestro barco llegara hasta donde la corriente pudiera arrastrarnos. En ese instante, la barca tomó velocidad y los dos ganchos lanzados por los espartanos cayeron al agua.

Thanos nos miró con el ceño fruncido mientras nuestra barcaza se alejaba rápidamente. Dracón dio un grito de alegría y el resto de los tripulantes comenzaron a saltar y chillar, mientras la corriente nos llevaba de nuevo hasta el mar.

—¿Qué haremos? —preguntó Julia mientras se aproximaba a nosotros.

Su rostro estaba perlado por gotas de sudor y reflejaba una angustia que nunca había visto en ella. Mi amiga acaba de perder a su ejército pero también la oportunidad de vengarse de Pompeyo, que tanto mal le había hecho al matar a su

padre y sus hermanos.

—Creo que deberíamos ir hasta Atenas, intentar rescatar a nuestros amigos y escapar a algún lugar seguro —dijo Dracón.

—No hay ningún lugar seguro. Pompeyo y Thanos conquistarán todo el mundo conocido si nadie los detiene —dijo Julia agachando la cabeza.

—En las nieves del norte no se atreverán a buscarnos —comentó Dracón.

—¿Qué le sucederá a Pericles? —pregunté—. No podemos dejarlo abandonado a su suerte.

—Los ejércitos de Pompeyo y Thanos atacarán Nueva Roma. Filadelfia se rindió sin luchar y Atenas está bajo su dominio. Las ciudades del sur no son tan poderosas. Los únicos que aún gozan de su libertad, en estos momentos, son los piratas —dijo Julia.

Dracón sacó un mapa dibujado en piel de cabra de debajo de su uniforme y lo miró por unos instantes.

—Tendríamos que dar un rodeo para llegar a Nueva Roma, y ellos conseguirán hacerlo antes. De eso no hay duda. No hay ningún ejército que pueda enfrentarse a ellos. Lo único que se me ocurre es acudir a los piratas de Boston. Tendríamos que convencerlos de que atacaran Esparta y capturaran a Thanos. Él es la pieza clave —dijo Dracón.

El plan de mi amigo era tan descabellado que nos limitamos a mirarlo fijamente. Sabíamos que aquella era la única opción que nos quedaba, pero los piratas eran los más terribles guerreros de estos mares. No creía que se pusieran de nuestro lado, durante siglos habían sobrevivido a expensas de nuestras ricas ciudades. No había ni una sola razón por la que querían salvar a Atenas. Pero pensé en las profecías: si el destino estaba escrito y yo era la elegida, simplemente tenía que confiar en la Providencia y esperar que esta nos guiara hasta la victoria.

4: Dover, 8 de metagitnión de 2200

La travesía por el río no fue nada agradable. A la falta de víveres y agua potable había que añadir cuatro heridos, entre los que yo misma me encontraba, y muy pocas armas. Aquella barcaza era del todo inútil para surcar el mar. Aquel año el verano parecía acortarse y el viento del norte comenzaba a enfriar la tierra. De alguna manera, la naturaleza intuía que algo estaba pasando en nuestro pequeño mundo, algo nefasto que podía terminar con nuestra libertad para siempre.

Dracón entró en el camarote. Era una privilegiada, ya que el resto de los heridos y la tripulación se hacinaban en las pequeñas bodegas. Se aproximó hasta el lecho y se entretuvo un rato acariciando mi melena pelirroja. Aquel leve contacto me sacó del ensimismamiento producido por las plantas medicinales que me había dado Julia y el propio desgaste físico fruto de mis heridas.

—Amor —dije, mientras levantaba mi brazo bueno.

Él se inclinó hasta abrazarme. Notaba su pesado cuerpo sobre el mío, pero era una carga agradable. El destino nos había separado varias veces, nos había convertido en casi extraños y enemigos, pero ahora volvíamos a estar juntos. Unidos por unos lazos que no podrían romper ni el miedo ni el sufrimiento.

—Helena —contestó Dracón en un susurro. Después me miró directamente a los ojos y me sentí dichosa.

El mundo parecía desmoronarse a mi alrededor, todo era incierto, pero nada me robaría esos sentimientos, esos segundos arrebatados a la triste existencia de los mortales.

Los atenienses, al igual que los espartanos, habíamos aprendido que la vida era dura y despiadada, que los dioses eran caprichosos, que las injusticias formaban parte de lo cotidiano y que las cosas siempre serían así, pero ahora teníamos esperanza. Puede que no fuera mucho, aunque otros hubieran matado por tener un poco de esa suave copa de felicidad que produce creer en lo que no se ve, esperar lo que otros se

cansaron de anhelar.

—¿Llegaremos a la ciudad de los piratas? ¿Salvaremos nuestro mundo? ¿Encontraré a mi familia? —le pregunté con un nudo en la garganta. Creo que no esperaba una respuesta. Únicamente quería desahogarme y verbalizar mi incertidumbre.

Apenas había pronunciado esas palabras cuando me di cuenta de lo injusta que era. Dracón no tenía madre, y su padre se había convertido en su peor enemigo. Había tenido que renunciar a su patria, a sus amigos y a sus costumbres por mí. Era un desterrado, un proscrito, y todo eso por amor. ¿Quién era yo para pedirle más? ¿Para exigirle que rescatara los restos de mi vida deshecha?

Él me miró con dulzura, como si mis palabras no le hubieran molestado, como si su felicidad se completara en la mía.

—No tengas temor —dijo muy serio—, somos un nuevo futuro. Algo terrible sucedió en este mundo hace mucho tiempo, pero sobre esas ruinas construiremos nuestra libertad. Hasta ahora venerábamos las cenizas de nuestras tradiciones, desde ahora honraremos el fuego de nuestra esperanza.

—A tu lado me siento más fuerte —le dije antes de que me besara. Noté sus labios sobre los míos y nuestras almas se unieron con un vínculo profundo. Éramos indestructibles.

Escuchamos un zumbido en cubierta, Dracón se apartó rápidamente. Después corrió hacia la puerta y subió a la superficie. Yo me incorporé, noté un latigazo de dolor que me recorría toda la espalda y me quedé sin aliento. Respiré hondo y me puse en pie. La cabeza me daba vueltas, pero al aferrarme a mi colgante, recuperé el equilibrio y me sentí mucho mejor.

Subí las escaleras rápidamente, me asomé a la cubierta y contemplé algo increíble. Era un pájaro, pero de metal. Pasó muy cerca de la barcaza, produciendo una corriente que hizo que nos zarandeáramos. Después se elevó y se fue surcando el cielo azul.

5: Dover, 8 de metagitnión de 2200

Aquel artefacto nos puso en alerta. En las imágenes del oráculo habíamos contemplado cosas extrañas, aparatos que habían dejado de funcionar hacía tiempo, pero alguien los estaba devolviendo de nuevo a la vida.

—No podemos continuar en barco —dijo Julia.

Estábamos todos congregados en cubierta, apenas quedábamos doce con vida, cuatro de nosotros heridos.

—No podemos atravesar los bosques de Nueva Jersey —dije, estudiando el mapa de Dracón—, además tendríamos que recorrer cientos de kilómetros caminando. ¿Dónde encontraremos caballos o una carroza? —pregunté.

—Si llegamos a Vineland, desde allí parece que hay un camino que lleva hasta Filadelfia. Antes de llegar a la ciudad podríamos desviarnos por Moorestown y en Sayreville tomar una embarcación hacia el norte, hasta el territorio de los piratas —dijo Dracón.

No conocíamos la mayor parte de esas ciudades ni qué nos encontraríamos. La única que habíamos visitado era Filadelfia, pero desconocíamos si el resto estarían siquiera habitadas.

—Tendremos que atravesar el bosque antes de llegar a Vineland. Y ya sabes que sin caballos y por un camino secundario nos arriesgamos a que nos asalten, a ser atacados por los lobos, los perros salvajes, los osos o los leones —le dije a Dracón.

—No tenemos otra alternativa. Creo que los habitantes de Filadelfia han enseñado su tecnología a los espartanos y troyanos. Ya saben dónde estamos y mandarán soldados a buscarnos —dijo Dracón.

—Pero ¿qué sucederá con los heridos? —pregunté.

—Tú, Adriano y Pedro podéis caminar, el otro herido se quedará en la barca con algunas provisiones —dijo Dracón.

—No es correcto hacer eso —le contesté.

—Es nuestra única opción. No podemos llevar a un hombre herido —dijo Dracón.

Fruncí los labios y negué con la cabeza, pero no quise continuar la conversación. Sin duda aquella era la única opción, pero por ello no dejaba de ser injusta. Subimos río arriba hasta Vineland. Encontramos un pequeño embarcadero a la afueras de la ciudad y, tras dejar al soldado herido, caminamos cabizbajos.

Vineland era una ciudad en forma de cuadrícula, de casas de madera y edificios de ladrillo. La mayor parte de las edificaciones estaban en ruinas e invadidas por enredaderas, árboles y arbustos. Vimos algunos cervatillos correteando por lo poco que quedaba de la calles y casi habíamos perdido la esperanza de encontrar gente con vida cuando vimos un edificio grande rodeado por una pequeña muralla.

La construcción de ladrillo era de dos plantas, sus paredes marrones estaban cubiertas de musgo, pero parecía encontrarse en mejor estado que el resto. Cuando nos aproximamos, escuchamos dos fogonazos.

—Tienen tubos de fuego —dijo Julia mientras nos refugiábamos tras unas carrozas oxidadas.

—Parece que no les gustan las visitas inesperadas —apuntó Dracón.

Levanté la cabeza y vi varias figuras que se movían por encima de la muralla. Llevaban una especie de capucha gris que les cubría parte del rostro, pero no pude distinguir mucho más. Un nuevo fogonazo pasó rozándome la cabeza.

—Tenemos que hablar con ellos —les dije.

—Si te asomas ahí fuera, morirás —me advirtió Julia.

—Tendré que arriesgarme —dije mientras me ponía en pie y me acercaba a la muralla.

Varios fogonazos sonaron a mi alrededor, pero me mantuve quieta y erguida. Pasados unos segundos, los chispazos cesaron. Levanté las manos y grité:

—No queremos haceros daño. Los ejércitos de Pompeyo nos persiguen. Únicamente necesitamos algo de comida y que nos indiquéis dónde podemos encontrar caballos salvajes.

Se produjo un largo silencio, después una cabeza asomó de la muralla. Era una mujer, con el pelo oculto tras una tela gris. Parecía de la edad de mi madre y me recordó a las sacerdotisas de Atenas.

—Será mejor que os marchéis. No queremos problemas con Nueva Roma ni con Filadelfia. Somos una comunidad pacífica que se dedica a la oración —dijo la mujer.

—¿A la oración? —pregunté extrañada.

—Sí, somos hermanas, vivimos de lo que cultivamos y protegemos a algunos niños huérfanos. No podemos daros nada —contestó la mujer.

—¿Sois cristianos? —pregunté. Me acordé de Juan, el sacerdote que habíamos conocido en Nueva Roma, parecía alguien hospitalario capaz de ayudar a los que lo necesitaban.

—Sí, ¿por qué lo preguntas? —dijo la mujer, extrañada.

—Conocimos en Nueva Roma al sacerdote Juan, nos ayudó a desbancar a Pompeyo. Conmigo viene Julia, la hija de César —contesté.

—En Nueva Roma apenas quedan cristianos. Se prohibió practicar la fe hace tiempo, pero sabemos que en un barrio humilde aún aguanta un sacerdote —dijo la mujer.

—Necesitamos ayuda —dije, desesperada. Aquella mujer tenía que apiadarse de nosotros, pensaba mientras se hacía un nuevo y prolongado silencio.

La puerta de hierro se abrió lentamente. Cinco mujeres armadas con tubos de fuego nos apuntaron, mientras nos acercábamos con tiento hasta ellas.

—Dejad las armas en el suelo. Mientras estéis con nosotras no las necesitaréis —dijo la mujer mayor.

Dracón se negó a dejar su arma, pero yo le supliqué con la mirada y al final se separó de su hacha. Entramos en el recinto. Además del edificio principal había unas cuadras, un granero y algo parecido a un pequeño templo.

—Compartiremos lo que tenemos con vosotros, pero mañana tendréis que continuar vuestro camino. Mi nombre es Ana —dijo la mujer mayor.

Nos presentamos al resto, después nos llevaron al interior del edificio. Vimos a varios niños asomarse, curiosos, por las puertas. Aquel lugar parecía agradable y confortable. Algo poco común en nuestro mundo.

Caminamos hasta un salón, allí había varias mesas alargadas dispuestas en línea y una cocina. Olía a comida recién hecha. Las mujeres sacaron algunas verduras hervidas, huevos, pan y lo que parecía carne de cordero. Todo un manjar para nosotros, ya que nuestras últimas comidas habían consistido en pan duro y queso rancio.

—Muchas gracias —les dije a la mujeres.

—Nuestro maestro nos enseñó a compartir. Aunque este mundo ya no sea lo que fue, nosotras guardamos la esperanza.

Me sorprendieron las palabras de aquella mujer. Eran las mismas que había utilizado el oráculo, las mismas que Dracón y yo habíamos pronunciado. Me alegró saber que ellas también tenían esperanza.

—Necesitaremos caballos o algún medio de transporte —dijo Julia.

—No tenemos gran cosa, pero en nuestra cuadra hay una vieja carreta, si arregláis la rueda rota, es vuestra. También hay dos caballos viejos, que íbamos a sacrificar este invierno para tener más carne, pero podéis llevároslos.

—¡Muchas gracias! —le dije, entusiasmada. Eso era mucho más de lo que podíamos esperar.

—Lo que os pedimos es que salgáis de nuestro monasterio mañana al amanecer, no queremos problemas con los soldados de Nueva Roma —dijo Ana.

—Se lo prometo —dijo Dracón, que apenas había dicho una palabra, ocupado como estaba en masticar la carne de cordero, algo dura.

—Me gustaría pedirles una última cosa —dije—. Uno de los nuestros está herido,

y hemos tenido que dejarlo en la barcaza que nos ha traído hasta aquí. ¿Podrían ir mañana y ver cómo está?

La mujer dudó unos momentos. Aquello las podía comprometer, pero sabía que no se podría negar a socorrer a un herido.

—Lo ayudaremos, pero tendrá que quedarse en la barca —dijo Ana.

Después vio el hilo de sangre que cubría el hombro de mi camisa. Retiró la tela y observó la herida.

—Te curaremos esto, y cuidaremos de tu compañero —dijo Ana, intentado que no nos preocupáramos.

Aquellas mujeres nos habían salvado la vida. Era reconfortante saber que todavía existía gente así en el mundo, aunque no tardaríamos en darnos cuenta de que a veces llevamos la maldición a los lugares que se atreven a abrirnos sus puertas.

6: Vineland, 9 de metagitnión de 2200

Los golpes me despertaron. Al principio me sentía confusa, apenas recordaba que habíamos llegado al pueblo y que aquella noche la había pasado en un lugar confortable y seguro. Mi estancia en Troya no había sido muy agradable. Estar a merced de Pompeyo era la peor de las torturas. Miré a mi alrededor y constaté que era la única que aún estaba acostada. Julia y Dracón debían estar arreglando el carro para salir lo antes posible. Me levanté de la cama y me miré el brazo, podía moverlo y apenas sentía dolor. Me puse mi ropa y caminé, somnolienta, hasta la salida.

Atravesé el patio todavía cubierto de sombras. Aquella noche había llovido un poco y el cielo nublado no dejaba despuntar al día. Me acerqué al establo y encontré a dos soldados ayudando a colocar las ruedas del carro, pero no había ni rastro de Julia.

Escuché a lo lejos unas voces que entonaban una canción y me dirigí al templo. Las religiosas, junto a los niños y Julia, parecían cantar misteriosas canciones en inglés, el lenguaje de nuestros antepasados. Yo entendía algunas palabras sueltas que me había enseñado Julia, pero se me escapaba la mayor parte del mensaje.

Ana se puso al frente, junto al altar de piedra, y comenzó a hablar en un tono suave, casi un susurro. La capilla estaba iluminada por velas, su aspecto era muy austero, nada que ver con el templo de mi ciudad dedicado a Atenea. Apenas unos bancos de madera, un altar con un candelabro grande y lo que parecía una gran copa. La mujer abrió un libro e hizo una lectura en inglés, después continuó su charla.

—El mundo está totalmente destruido. Apenas queda gente honrada en la que confiar. El mensaje que antes recorría naciones y pueblos ahora permanece prohibido, pero llegará la hora en la que renacerá en el corazón de los hombres el amor a la justicia, la verdad y la libertad —dijo Ana.

Me gustaron sus palabras. Me recordaban en cierta forma a las que había escuchado algunas veces en boca de mi padre.

—Aunque los hombres injustos siembren el mal, este no prevalecerá para

siempre. El bien triunfará al final y veremos el regreso del elegido —dijo la mujer.

Los asistentes recitaron una oración, después salieron en silencio de la capilla. Cuando Julia me vio se acercó a mí con una sonrisa.

—¿Qué tal has dormido? —me preguntó.

—Muy bien. No sabía que eras cristiana —le dije.

—Realmente no lo soy; mejor dicho, apenas conozco algunas de sus ideas y mensajes. El sirviente que nos crio nos contó las historias de la Biblia. Ya sabes, David y Goliat, Moisés, Josué, y sobre todo Jesús —dijo Julia.

—La verdad es que es la primera vez que escucho esos nombres. Imagino que Jesús es el fundador de la religión —le comenté.

—Podemos llamarlo de esa forma. Lo que realmente admiro de esta gente es su confianza, ellos lo llaman fe. Creen que algún día en el mundo habrá verdadera justicia, paz y amor. A mí me parece imposible, lo único que veo a mi alrededor es violencia, odio y egoísmo —se lamentó Julia.

Apenas había pronunciado la última palabra cuando escuchamos que alguien daba la señal de alarma. Salimos al patio y vimos a una de las hermanas que corría hacia Ana.

—¿Qué sucede? —preguntamos.

—Son los hombres de Pompeyo —dijo la joven con la cara desencajada.

—Si nos ven aquí estamos perdidos —dijo Julia.

—Además nos matarán a todos. ¡Llama al resto! Tenemos que actuar con rapidez —dijo Ana.

Mientras corría al establo, mi corazón latía a toda velocidad. ¿Cómo nos habían encontrado tan rápido? No sabía qué pensar, pero lo primordial ahora era que escapáramos lo antes posible.

7: Vineland, 9 de metagitnión de 2200

Ana nos llevó a todos al edificio principal. Nos dirigimos hasta la cocina y entramos en una de las grandes salas que ya no se usaban. La seguíamos en fila india, ya que era la única que tenía una linterna. Después apretó una especie de palanca y se abrió una trampilla. Miré al interior y vi unas escaleras que se perdían en la oscuridad.

—Este túnel lleva hasta el otro lado del pueblo. Junto a la salida hay dos carros preparados con comida, caballos y armas. Los teníamos listos por si nos atacaban. Lo único que os pido es que os llevéis a los niños —dijo Ana.

—No podemos —saltó Dracón.

Me giré y le di un golpe en el hombro, no me podía creer su ingratitud. Esas mujeres nos habían ayudado y protegido, ahora lo único que nos pedían era que salváramos a unos niños indefensos.

—El camino es peligroso y los niños harán que vayamos más lentos —dijo Dracón con el ceño fruncido.

—No importa, siempre hay que hacer lo correcto —insistí.

—Puede que hacer lo correcto suponga la muerte de muchas personas —contestó Dracón.

—Salvar hipotéticamente a alguien es mucho menos importante que ayudar a estos niños, que están en peligro ahora mismo —le dije.

—Dos hermanas os ayudarán a cuidarlos. Tenemos otro monasterio en Cherry Hill, allí los atenderán bien —dijo Ana.

—Está en nuestro camino —aseguró Julia.

—De acuerdo, pero nos arriesgamos a echar a perder la misión —dijo Dracón.

—Muchas gracias. Que Dios os bendiga —dijo Ana.

La mujer nos abrazó, su rostro era una mezcla de tristeza y compasión. Sabía que no volvería a vernos. Estaba sacrificándose para que nosotros tuviéramos una oportunidad de sobrevivir.

Entramos en el túnel y comenzamos a descender con cuidado. La puerta se cerró a nuestras espaldas. Aquel pasadizo oscuro me impresionaba. Me dio un vuelco el corazón, no me gustaban muchos los espacios cerrados y aquel lugar olía a humedad. Parecía que me faltaba el aire, pero intenté no pensar en ello y seguir caminando.

Mientras avanzábamos en la oscuridad, escuché claramente varias explosiones y disparos. Los hombres de Pompeyo no tardarían mucho en acceder al recinto, ahora tocaba correr e intentar sobrevivir de nuevo.

8: De camino a Cherry Hill, 9 de metagitnión de 2200

Tardamos algo más de media hora en llegar al otro lado del túnel. Cuando mis ojos vieron de nuevo la luz natural, respiré aliviada. No estábamos a salvo, pero al menos podía respirar aire puro y sentir la lluvia cayendo sobre mi rostro.

La salida estaba disimulada con paja, y a unos pasos había una cuadra. Dentro, como nos había dicho Ana, encontramos dos carros, cuatro caballos y todo lo que necesitábamos para el viaje.

—Mira —dijo Julia, señalando al aire, mientras sacábamos los carros y comenzábamos a colocar a los niños.

Un humo negro subía desde el otro lado del pueblo. El monasterio había sido arrasado. Seguramente no quedarán supervivientes, teníamos que escapar a toda prisa.

—Si tomamos el camino principal, los hombres de Pompeyo darán con nosotros. Tenemos que ir por caminos secundarios —dijo Dracón.

—Pero eso supone atravesar bosques y arriesgarnos a ser atacados por animales salvajes o bandidos —le contesté.

—No nos queda otro remedio.

Julia se puso a las riendas del segundo carromato, yo estaba sentada al lado de Dracón en el primero. El resto de nuestros soldados estaba repartido entre los dos carros, al igual que los niños y las dos hermanas.

Dracón azuzó a los caballos y estos se movieron lentamente hasta el camino. Los carros pesaban demasiado para que pudiéramos huir más rápido.

Una hora más tarde estábamos en mitad de los bosques de Nueva Jersey. Las nubes grises no paraban de descargar su monótona lluvia y el tupido bosque, que comenzaba a mostrar sus colores anaranjados y rojizos, robaba la poca luz que aportaba la mañana.

La majestuosidad de aquellos árboles nos dejó asombrados. Estábamos

acostumbrados a vivir entre edificios y ruinas, pero aquella belleza salvaje era fascinante.

Al mediodía, los niños comenzaron a quejarse. Muchos querían comer, otros estirar las piernas o hacer sus necesidades. No podíamos imponerles el mismo ritmo que el nuestro. Nos paramos en un pequeño claro y comenzamos a repartir la comida.

—No os alejéis del claro —advirtió una de las hermanas a los niños. Se llamaba Clara y era muy joven, posiblemente de mi edad.

La otra hermana se llamaba Constanza, parecía tener la edad de mi madre. Las dos mujeres eran muy agradables y trataban con cariño a los pequeños.

Comimos dentro de los carromatos, protegidos por las lonas, aunque algunos niños preferían acurrucarse debajo, junto a las ruedas. Reanudamos el camino a los cuarenta minutos. Teníamos que encontrar un lugar seguro en el que refugiarnos, no era recomendable hacerlo en mitad del bosque.

Antes de que se pusiera el sol, nos encontramos frente a un pequeño pueblo abandonado. A la entrada había un cartel mugriento en el que ponía «Hammonton».

Dracón fue con cuatro de los soldados para explorar el terreno. Cuando se aseguraron de que las casas estaban vacías y no había peligro, nos llevaron hasta la única que parecía más sólida y se conservaba en mejor estado. Escondieron los carros y caballos en la parte posterior y nos instalamos en una sala grande, que debió ser en su tiempo el comedor de una escuela. *Hemos sobrevivido un día entero*, pensé mientras cenábamos. En los últimos meses había aprendido a apreciar cada minuto como si fuera el último.

9: De camino a Cherry Hill, 9 de metagitnión de 2200

En cuanto terminamos de cenar, Dracón y yo nos dirigimos a la entrada del edificio. Prácticamente no habíamos estado solos tras mi liberación y todo había sucedido muy deprisa. Unos días antes era la prisionera de Pompeyo y ahora nos dirigíamos al norte con un grupo de niños huérfanos, atravesando bosques peligrosos.

La cena había sido ligera. Un poco de embutido, pan y dulces hechos por las hermanas. Aunque nos habíamos permitido el lujo de tomar un poco de leche. Me sentía satisfecha y, por primera vez en mucho tiempo, optimista.

—Dentro de dos semanas estaremos en la ciudad de los piratas y en tres habremos puesto en práctica el plan —le dije.

—¿Qué plan habremos puesto en marcha? No convenceremos a los piratas para que secuestren a mi padre, pero en el caso de que los convenciéramos, los espartanos nos eliminarán antes de que nos acerquemos a su ciudad —dijo Dracón.

Me sorprendió que hablara de esa forma de su antigua casa, pero más aún su pesimismo, sobre todo teniendo en cuenta que la idea de los piratas había sido suya. Si la única cosa que nos quedaba era la esperanza, perderla sería, en cierto sentido, renunciar a vivir.

—Mi plan no consiste en que los piratas capturen a tu padre internándose en la ciudad. Nosotros tendremos que sacarlo de allí —le contesté.

—¿Cómo lo haremos? —preguntó Dracón, recobrando el interés.

—La manera más efectiva es convocar otros Juegos de la Guerra. La gente está cansada de luchar, si proponemos a las dos ciudades un enfrentamiento entre diez elegidos de cada una de ellas, estoy segura que lo aceptarán —le dije.

—¿Y yo en que bando lucharé? Ya no soy espartano, pero tampoco soy ateniense —contestó Dracón, apesadumbrado.

En cierto sentido, ninguno de los dos pertenecía ya a su ciudad. Yo había infringido varias leyes de Atenas al enamorarme de un espartano, por no hablar de

enfrentarme al Consejo de Ancianos y destruir el sistema de los Juegos.

—Somos dos apátridas, pero te aseguro que los convenceremos. Cuando estemos en el estadio, los piratas secuestrarán a tu padre. La sorpresa nos ayudará a retomar la situación. Pediremos la liberación inmediata de todos los prisioneros y estableceremos por fin una democracia —le expliqué.

—Parece muy sencillo, pero se me ocurren mil cosas que pueden salir mal —contestó.

—Pues buscaremos mil soluciones —repliqué sonriendo.

Dracón me devolvió la sonrisa. Después me abrazó y, mientras me besaba, pudimos escuchar claramente el primer aullido.

Nos separamos instintivamente y sacamos las armas. Escuchamos otros aullidos, pero no se veía nada en la calle, tampoco más allá de la tenue luz de la luna que apenas iluminaba el bosque.

—Los lobos parecen estar muy cerca —dijo Dracón.

—Este es un buen refugio y no creo que se atrevan a entrar en el edificio. Mañana por la mañana habrán desaparecido —le dije sin mucha convicción.

—Eso espero. He oído historias terribles sobre ellos. Algunos testigos han visto manadas de medio centenar —comentó Dracón.

—La gente siempre exagera. Lo importante es que estamos en un lugar seguro, mañana tendremos el camino despejado —le dije.

Entramos en la casa con sigilo para no despertar a los niños. Uno de los soldados hacía la primera guardia, yo tendría que hacer la última, justo antes del amanecer.

Me despedí de Dracón y me tumbé al lado de Julia. Intenté dormirme, pero mi cabeza no dejaba de dar vueltas. Al final caí rendida, aunque tuve extrañas pesadillas con lobos que nos perseguían e intentaban matarnos.

10: De camino a Cherry Hill, 10 de metagitnión de 2200

Mi turno fue bastante tranquilo. Nada parecía romper el silencio de la noche y cuando se aclaró la mañana, todo estaba en calma. Hice una ronda por los alrededores del edificio y no vi rastro de animales ni de personas. Una hora más tarde, las hermanas estaban preparando a los niños y dándoles el desayuno, después comimos nosotros. Las jornadas en carro eran muy lentas y cada vez estaba más de acuerdo con Dracón en que a esa velocidad tardaríamos semanas en volver al norte. Si no cedía al desaliento, era porque pensaba que los ejércitos de Thanos y Pompeyo, que tendrían que regresar a Esparta, también se moverían con mucha lentitud.

Julia se acercó con sigilo por mi espalda y se apoyó en la mesa. En las últimas dos semanas su expresión infantil había desaparecido, ahora era una guerrera capaz de cualquier cosa por vengarse y salvar a Pericles.

—Partiremos en una hora —le dije a Julia.

—Esta lentitud me agobia, pero los niños pequeños no pueden ir más rápido, tampoco esos pesados carromatos —comentó.

—Hemos esperado mucho tiempo para conquistar la libertad. Si tenemos que continuar la lucha unas semanas más, seguramente merezca la pena —le contesté.

—Pero ¿has olvidado que tu madre y tu hermano están prisioneros en Atenas? Tampoco sabes qué ha sucedido con tu padre —dijo Julia.

No tenía muchas esperanzas de encontrar a mi padre con vida. Thanos podía ser despiadado con sus enemigos. Sabíamos que sus hombres nos pisaban los talones y que no tardaríamos en morir si nos encontraban. Estaba segura de que sería capaz de eliminar hasta a su propio hijo. Algunos gobernantes se convierten en verdaderos monstruos ávidos de poder.

Cuando los carromatos estuvieron listos continuamos nuestro viaje en dirección a Cherry Hill. Temíamos que la proximidad de la ciudad con Filadelfia, aliada de Esparta, pudiera causarnos problemas, pero intentaríamos dejar a los niños y las

hermanas de todos modos para dirigirnos rápidamente hacia el norte. Tal vez sería mejor conseguir una barca y aventurarnos hasta Trenton, o llegar hasta el puerto de Atlantic City. Todas esas ideas bullían en mi cabeza, pero no terminaba de encontrar una respuesta.

Los dos carromatos se pusieron en marcha. El camino estaba en muy mal estado en aquel lugar del bosque tan apartado. Algunos árboles caídos nos obligaban a desviarnos y teníamos que evitar socavones, ramas y animales muertos. Todo el mundo temía esos bosques. La vida en ellos era muy difícil, estaban repletos de alimañas y ladrones, aunque también era el camino más seguro si querías eludir a los espartanos.

Dracón estaba en el primer carromato con varios soldados, yo estaba en el segundo con Julia. El tiempo parecía más claro y despejado que el día anterior. El cielo azul brillaba en la pequeña franja que se divisaba en la espesura. Julia miraba nuestro sucio mapa, que estaba hecho jirones, y no parecía tener muy claro dónde estábamos.

—Creo que el próximo pueblo grande se llama Berlín y se encuentra a poco más de un día de Cherry Hill —me comentó. Parecía que por fin comenzaba a aclararse.

—Tenemos comida de sobra y los caballos están descansados. No creo que perder un día más sea cuestión de vida o muerte —le contesté.

—Tenemos que intentar ganar horas —dijo Julia.

—Ya has visto como está este camino, que es el principal, si nos metemos por algún sendero puede que terminemos perdiéndonos —le dije.

—Es cierto, ninguno de nosotros conoce esta zona. Cuando yo era trampera solía evitarla y dar un rodeo por el norte y, si te soy sincera, estoy deseando salir de aquí. Este bosque me produce escalofríos. —Se aferró los brazos con las manos.

—Lo desconocido siempre nos produce temor, pero llevamos armas y un pequeño grupo de lobos o ladrones no nos amedrentará —le contesté.

—¿Nunca has visto una manada de lobos? —preguntó Julia.

—La verdad es que no —admití.

—Suelen ser pequeñas, pero hay algunas gigantescas, de varios centenares de ejemplares. Esos animales, en grupo, son muy feroces, y será muy difícil hacerles frente. Nuestra única salida sería huir —dijo Julia.

—Será mejor que no nos encontremos con ellos —concluí mientras sentía un escalofrío por la espalda.

Permanecimos en silencio hasta la hora de la comida. Yo intentaba no pensar en mi familia ni en Pericles, pero era inevitable que a cada rato me vinieran a la cabeza. Los echaba de menos y temía por sus vidas. Hubiera dado cualquier cosa por tenerlos de nuevo conmigo. Mi único consuelo eran Dracón y Julia.

Aprovechando que habíamos llegado a un claro del bosque, nos paramos a comer. Las hermanas calentaron un poco las raciones en un fuego encendido por los soldados, después sentaron a los niños en uno de los troncos caídos. Los chiquillos

parecían cansados. Se limitaban a masticar los alimentos con la mirada perdida y una expresión triste, como si sus mentes estuvieran en otro lugar. Cuando los niños terminaron, nos tocó el turno a nosotros. Nos sirvieron unas verduras y después algo de carne, el olor era fantástico y yo me encontraba absolutamente hambrienta. Apenas habíamos comenzado a tomar el primer plato cuando se escuchó un aullido aislado. El sonido agudo del lobo me sobresaltó. Los niños se acurrucaron a nuestro lado, pero se hizo de nuevo el silencio y todo el mundo se tranquilizó.

Un minuto más tarde, se escuchó otro aullido, y este fue seguido de media docena más. Lo realmente preocupante es que estos sonaban más cerca.

—Todos a los carromatos —ordenó Dracón. Con el pie empujó un montón de tierra para apagar la fogata.

—El olor de la carne debe haberlos atraído —dijo Julia.

—No fue buena idea encender el fuego —les dije.

—Ahora eso ya no importa —zanjó Dracón.

De un salto, mi amigo subió al primer carromato y se puso a las riendas, yo subí al segundo y también tomé el mando. Teníamos que salir de allí lo más rápido posible. Azuzamos a los caballos y los carromatos comenzaron a moverse lentamente. Cuando llegamos al camino, Dracón sacó el látigo y comenzó a golpear los lomos de los caballos, y estos reaccionaron acelerando el paso. Yo lo imité y los dos carromatos tomaron velocidad. Nunca había pensado que aquellos armatostes y unos caballos viejos pudieran correr tanto.

Los niños daban botes en la parte trasera. Intentábamos evitar los baches, pero las raíces que pisaban las ruedas y el mal estado del camino lo hacían imposible. Diez minutos más tarde salimos a una gran claro. Al ver la pradera nos animamos un poco, parecía que el bosque era más amenazante que aquel espacio abierto. Los carromatos parecían volar, pero sabíamos que nuestros caballos no aguantarían mucho más ese ritmo.

Cuando las bestias empezaban a flaquear, vimos al primer lobo. Estaba solo y venía del lado izquierdo. No lo habíamos localizado antes por la altura de la hierba, que aunque seca por el rigor del verano, todavía permanecía alta. Pronto se le unieron más de una veintena de animales. Uno de ellos, de color blanco, parecía el líder de la manada.

Por el lado derecho, medio centenar de lobos corrían para cortarnos el paso. Los caballos percibieron el peligro y volvieron a aumentar el ritmo, como si supieran que la vida les iba en ello.

Dracón se giró y vi su rostro por encima de la lona del carromato; hizo un gesto indicándome un desvío. Pensé que no era buena idea, a esa velocidad podíamos volcar, pero cuando llegamos a la encrucijada, bajé un poco el ritmo e intenté que los caballos giraran. El carromato se tambaleó y durante cinco largos segundos una de las ruedas delanteras estuvo suspendida en el aire. Afortunadamente no volcamos, pero los lobos ya corrían a la par del carromato e intentaban lanzarse contra los caballos.

Julia sacó un arco y comenzó a disparar a los animales. Logró derribar a dos, pero decenas de ellos seguían corriendo tras nosotros.

El camino se estrechaba más al fondo y llegaba hasta un riachuelo. Un puente de madera viejo era la única forma de cruzar al otro lado. Cuando vi la madera carcomida y algunos listones del suelo rotos, pensé que mi amigo se había vuelto loco. Los carromatos no lograrían pasar por allí. Todo se derrumbaría al primer intento.

Imagino que Dracón pensaba que si lo cruzábamos a suficiente velocidad, conseguiríamos pasar el puente, pero con lo que él no contaba era que tras el paso de su carro, el nuestro probablemente no lo lograría.

Dracón pasó con celeridad sobre el viejo puente. Las maderas crujieron como las de un barco azotado por la tormenta, pero Dracón y el resto de nuestros compañeros llegaron al otro lado y pararon en seco. Mi carro continuó a gran velocidad por el puente, y enseguida notamos que se inclinaba hacia un lado. La estructura estaba cediendo.

Un fuerte crujido hizo que girara la cabeza. La precaria estructura se hundía por un lado y la plataforma se empinaba. Azucé aún más a los caballos. Teníamos que escapar y no acabar en el fondo del río. Los lobos que nos seguían se aferraban al puente con sus zarpas, pero una docena cayó al agua. En el último tramo, los pobres caballos apretaban las pezuñas para aferrarse al suelo, y por unos segundos el carro se detuvo. Su peso nos empujaba hacia atrás, mientras el puente seguía hundiéndose a nuestro paso.

—¡Por todos los dioses! —grité. Me puse en pie y golpeé con fuerza los lomos de los animales. Estos parecieron reaccionar, comenzaron a empujar y logramos llegar al otro lado, justo cuando el puente se desmoronó.

Una gran parte de la manada de lobos se hundió en el agua, mientras otra se quedaba al otro lado del río, observándonos con sus ojos grises y sus fauces abiertas. De momento, estábamos a salvo.

11 : De camino a Cherry Hill, 11 de metagitnión de 2200

Pasamos la noche en vela. No creo que nadie del grupo se durmiera del todo. Los soldados nos turnamos para hacer la vigilancia, mientras el resto intentaba descansar un poco en el interior de los carromatos, apretados e inquietos ante cualquier ruido de la noche. El buen tiempo del día anterior se había convertido en lluvia y frío. Cuando terminé mi turno me resguardé bajo la lona del carro. Mi cuerpo temblaba y mi capa empapada hacía que la humedad me llegara hasta los huesos. La colgué en un lateral y me tapé con una manta. Julia se puso a mi lado y me abrazó. Aun así, tardé bastante en dejar de temblar. Los niños se encontraban al otro lado. Sabía que estaban despiertos, pero permanecían en silencio, escuchando cómo la mañana se despertaba lentamente a nuestro alrededor. Vivíamos en un mundo violento y peligroso, pero imagino que para ellos la vida en el monasterio había estado rodeada de una cierta estabilidad; ahora ese entorno comfortable había desaparecido por completo. Eso sí, no podía olvidar que esos pequeños habían crecido sin el amor de una familia. Yo sabía lo que sentían, mi vida en Atenas no había sido nada fácil. Separada de mis padres desde muy niña, intentando cuidar de mi hermano pequeño y luchando por sobrevivir en un mundo sin afectos ni cariño. Teníamos que luchar para que eso cambiara. Nunca dejaría de haber guerras e injusticias, no era una ingenua, pero al menos tendríamos la oportunidad de convertir el mundo en un lugar mejor.

Cuando nos pusimos en marcha aquella mañana, todos nos sentíamos agotados. Tuvimos que recorrer una gran distancia para encontrar otro paso sobre el río. Logramos retomar nuestro camino, nos quedaba un día de viaje para llegar al monasterio, pero todos teníamos la sensación de que aún no se habían terminado nuestros sobresaltos.

Al mediodía ya habíamos superado la ciudad de Berlín. Dracón nos comentó que era mejor rodearla. Al parecer estaba habitada y consideró más prudente que pasáramos desapercibidos. Seguramente los espartanos vigilaban todos los caminos

hacia el norte. Thanos no cejaría en su empeño de atraparnos, éramos las últimas piezas que faltaban en su puzle macabro de control y poder.

Por la tarde, en una zona despejada, muy cerca de Cherry Hill, vimos algunas cabezas de ganado muertas junto al camino. Aquello era el indicador de que algún tipo de alimaña se encontraba cerca. Paramos para que descansaran los caballos y todos los soldados nos reunimos unos instantes.

—Creo que esta zona está infestada de lobos. Esos animales tienen dentelladas —comentó Dracón, señalando los cuerpos de las vacas muertas.

—Estamos muy cerca, creo que podremos llegar antes de que anochezca —le contesté.

—Propongo que todos los niños y las hermanas viajen en el primer carro. Si nos atacan los lobos, el segundo carro los atraerá mientras el primero busca refugio en el monasterio —propuso Dracón.

—Pero eso significa que nos dividiremos. Si al final nos separamos, hay muchas probabilidades de que no volvamos a encontrar al otro grupo. ¿Qué sucedería si en el monasterio se encontrasen los espartanos y os atraparan? También puede que nos extraviemos en la huida y cuando lleguemos al monasterio ya no estéis —le dije, preocupada, a Dracón.

—Tenemos que dividirnos si queremos asegurar la vida de estos niños. Si por alguna razón nos separamos y no volvemos a vernos, tendríamos que reunirnos en dos semanas en la ciudad de los piratas, en Boston —dijo Dracón.

Aquella no me parecía una buena idea. En el transcurso de ese verano había perdido a la mayor parte de mis amigos y a mi familia. Dracón era el único hombre al que había amado y su pérdida terminaría con la poca esperanza en un futuro mejor que albergaba mi corazón. Aun así, no teníamos muchas opciones, y terminamos aceptando el plan por consenso.

Mientras los soldados ayudaban a los niños a colocarse en el primer carromato, yo me aparté a un lado. Tenía ganas de llorar, pero no quería que nadie me molestase. Me senté sobre una piedra al lado del camino y agaché la cabeza. Durante las últimas semanas había estado reprimiendo mis sentimientos, pero ya no podía más. Dracón se acercó hasta mí, me puso una mano sobre el hombro e intentó animarme.

—Todo saldrá bien —dijo en un susurro.

Sus palabras me consolaban en parte, pero sabía que no era suficiente para calmar mi angustia. Dracón sujetó mi cara entre sus manos y, mirándome a los ojos, me dijo:

—Sabes que te amo. Lo he dejado todo por ti, atravesaría cielo y tierra para buscarte. Eres mi compañera, la persona con la que quiero compartir el resto de mi vida.

Acercó su rostro al mío y me besó. Aquellos labios me parecieron dulces como la miel, su respiración el mejor perfume del mundo y por unos segundos toqué el cielo con los dedos. Cuando se apartó, mis lágrimas se habían secado; seguía estando preocupada y triste, pero sabía que Dracón había sellado con ese beso una promesa y

que estaría dispuesto a cualquier cosa para cumplirla.

Después de preparar los carros, nos pusimos en marcha. La lluvia continuaba embarrando el camino, pero aquella parte parecía estar en mejor estado que la anterior. Los bosques dejaron lugar a las praderas y estas a las granjas abandonadas a ambos lados del camino. Avanzábamos despacio, pero al menos no habíamos encontrado ningún obstáculo que nos obligara a parar.

A pocos kilómetros de la ciudad tomamos una carretera lateral. Esperábamos no encontrarnos ningún control espartano, pero era mejor asegurarnos y entrar por uno de los caminos secundarios. Apenas habíamos dejado el camino principal cuando Dracón divisó una nueva manada de lobos. No parecía tan numerosa como la del día anterior, pero nos había pillado desprevenidos.

Mi amigo sacó el látigo y los caballos del primer carromato comenzaron a correr hacia la ciudad. Los seguimos durante un rato, pero después torcimos por uno de los caminos y la mayoría de los lobos nos siguió a nosotros.

Mientras que nuestro carro tomaba velocidad, uno de los lobos se lanzó al costado del caballo que corría a la izquierda y el vehículo comenzó a ladearse peligrosamente. Las ruedas se pegaron al murete del lateral y empezaron a saltar chispas; intenté golpear con el látigo al lobo, que permanecía con los dientes hincados en el caballo, y este soltó su presa, cayendo a un lado del camino. Las ruedas del carro le pasaron por encima, pero una docena de lobos continuaron la persecución.

Julia y el soldado que nos acompañaba disparaban flechas contra los animales, pero el traqueteo del carro les impedía apuntar bien. Yo esperaba que los lobos se cansaran de correr detrás de nosotros y nos dejaran en paz, pero parecían tener una resistencia increíble. Tras varios kilómetros de persecución, los que empezaron a aminorar la marcha fueron los caballos. Situación que aprovecharon los lobos para saltar a la parte trasera del carromato.

Julia desenvaino su espada y logró reducir a uno de ellos, pero el otro se había lanzado sobre el cuello del soldado, que intentaba apartarlo, aunque el lobo se resistía y comenzaba a asfixiarlo.

Mi amiga le hincó la espada a la bestia y esta cayó muerta, pero era demasiado tarde, el soldado estaba desangrándose y unos minutos más tarde había fallecido.

Continuamos nuestra marcha hacia el este durante más de una hora. La noche comenzaba a cerrarse a nuestro alrededor y los lobos parecían inagotables y cada vez más furiosos. Aún quedaban nueve ejemplares vivos que seguían tras nosotras. Julia acertó a matar a dos, pero el resto se mantenía firme en la persecución.

Media hora más tarde, las hambrientas bestias habían desistido de conseguir su presa, pero nosotras estábamos demasiado lejos de la ciudad como para intentar llegar en plena noche. Además, las ciudades solían cerrar sus murallas desde el anochecer hasta el alba. Tampoco queríamos dormir las dos solas a la intemperie. Por eso Julia propuso que nos acercáramos a Lumberton, una pequeña población próxima. Posiblemente estaba deshabitada, y seguramente encontraríamos algún lugar en el

que refugiarnos.

Cuando llegamos a las afueras de la ciudad vimos que no tenía muralla, lo que indicaba que posiblemente no estaba habitada. Nos adentramos en el centro del pueblo y escogimos el edificio que parecía más sólido, una vieja comisaría de ladrillo rojo, con un gran cartel medio caído. Dejamos el carromato con los caballos en la cochera. Los pobres animales estaban reventados. Uno de ellos parecía malherido. Lavamos sus llagas y les dimos agua y comida.

Entramos en el edificio. Estaba oscuro, pero con nuestras lámparas de aceite lo registramos bien antes de escoger la antigua habitación de los carceleros como refugio para pasar la noche.

Tras una cena ligera, yo hice la primera guardia, después le tocó a Julia. Me sentía agotada y nerviosa. ¿Qué le habría sucedido a Dracón? ¿Se habría encontrado con hombres de Esparta? ¿Cuánto tiempo nos esperaría en la ciudad? Mantenerse allí más de un día era muy peligroso. Enseguida se correría la voz de que había unos forasteros rondando por ahí y eso pondría sobre aviso a los espartanos. Los tentáculos y ojos de Thanos llegaban más lejos de lo que hubiéramos imaginado cuando salimos en dirección a Nueva Roma.

Al final logré conciliar el sueño. Dormí cinco horas, que me supieron a muy poco, y antes del amanecer escuché un golpe que me alertó. Tome mi arco y me dirigí a la entrada, en la que estaba haciendo guardia Julia. Mi amiga estaba inspeccionando el edificio, y al verme se pegó un buen susto.

—¿Escuchaste el ruido? —le pregunté.

—Sí, parecía venir de esa parte, pero lo registramos todo anoche al llegar —contestó Julia.

—Puede que hayan sido los caballos —le dije para tranquilizarla.

Otro ruido nos impulsó a correr hacia la cochera, y cuando abrimos la puerta de metal, nos sorprendió ver una sombra que corría hacia la calle. Nos dividimos para rodear el carromato por ambos lados e intentamos atrapar al intruso. En cuanto vi que algo o alguien se movía, me lancé sobre él. No parecía muy grande, probablemente no era más que un niño. Cuando Julia lo enfocó con la lámpara, nos sorprendió ver a un enano.

12: Lumberton, del 12 al 14 de metagitnión de 2200

Atamos al hombre pequeño y lo llevamos hasta una silla del despacho de la comisaría. Mientras tomábamos algunas latas para desayunar, el hombre no dejaba de mirarnos con el ceño fruncido, pero sin decir palabra. Preparamos las cosas para irnos, nuestra intención era desatarlo antes de marcharnos y dejar que retomara su camino. Seguramente había intentado robar algo del carromato o uno de los caballos.

—Podríaís darme algo de comida. Estoy hambriento, llevo más de un día sin probar bocado —dijo el hombre pequeño.

—¡Estabas robándonos hace un rato, nos diste un susto de muerte y encima quieres que te demos nuestra comida! —refunfuñó Julia.

—No intentaba robaros, simplemente buscaba comida. Eso no es robar —dijo el enano, enfadado.

Sus pobladas cejas negras, medio tapadas por su gorro de invierno, se arquearon. Después intentó ponerse en pie, pero Julia sacó su espada y se la puso en el pecho.

—Nos iremos y te quedarás un rato, después podrás continuar tu camino —le advirtió mi amiga.

—Pero...

—Nada de peros —dijo Julia.

Desatamos al hombre pequeño, salimos a la calle y subimos al carromato. Habíamos decidido ir a Cherry Hill para buscar a nuestro amigo. En dos o tres horas estaríamos en la ciudad y antes del mediodía emprenderíamos camino hacia el norte o regresaríamos a la costa para encontrar algún barco que nos llevara hasta Boston.

Llovía mucho aquella mañana, pero la temperatura era más propia del mes en el que estábamos, y casi se agradecían las gotas que nos mojaban la cara y despejaban la mente. Llevábamos dos días durmiendo muy poco y con los nervios de punta.

Julia y yo nos íbamos turnando a las riendas. Cuando llegamos a las afueras de la ciudad, nos extrañó que estuviera tan tranquila. No se veía a nadie cultivando los

campos cercanos, tampoco en el camino ni en la muralla.

Nos acercamos, cautelosas, todo aquello nos parecía muy raro.

—¿Qué hacemos? —preguntó Julia.

La verdad era que no sabía qué contestarle. Por un lado, mi instinto me decía que era mejor que escapáramos de allí, pero por otro, quería encontrar a Dracón.

—No me parece seguro —admití al final, aunque hubiera preferido no ser tan directa. Tenía la esperanza de que Julia fuera de otra opinión.

—¿Prefieres que nos demos la vuelta? —preguntó.

Me quedé de nuevo en silencio, quería pensar en todas las posibilidades. Podíamos dirigirnos directamente a la puerta principal, también podíamos esperar a que llegara la noche y saltar la muralla, pero lo que era más urgente era salir de la vista de los posibles vigías que hubiera.

Tiré de las riendas para que los animales se movieran, pero apenas habíamos comenzado la maniobra cuando escuché el sonido de cascos de caballo. Miramos al fondo del camino y vimos la polvareda que levantaban los animales.

—Esto no pinta bien —le dije a mi amiga.

—Creo que nos hemos metido en la boca del lobo —comentó Julia.

En ese momento vimos asomar la cara del enano, manchada de miel, por la lona del carromato. Nos miró con una amplia sonrisa; de su bigote goteaba el néctar pegajoso de las abejas.

—Seguro que sois más amables conmigo ahora, ya que creo que puedo salvar vuestro cuello. Por cierto, vuestra comida estaba deliciosa.

Miramos sorprendidas al enano. No nos fiábamos de él, pero no teníamos otra alternativa. Nos metimos en la parte trasera y él tomó las riendas. Cuando los soldados nos alcanzaron, pude escuchar claramente la voz de su capitán.

—¡Maldito enano, para el carro! ¿Qué llevas hay dentro?

—Voy de regreso a casa. No llevo nada. Transportaba cochinos, pero los dejé en la carnicería de Agripa, la que está al lado del monasterio —dijo el enano sin mostrar en su voz nada de nerviosismo.

—Será mejor que echemos un vistazo —comentó el capitán.

—Si quieres oler la mierda de esos animales, yo no te lo impediré —dijo el enano.

Pensé rápidamente y destapé algunos sacos de comida en mal estado, que no habíamos tirado todavía, y los aireé. Después nos escondimos debajo de unas lonas. El olor era insostenible y estuve a punto de vomitar.

—¡Maldita sea! —dijo el capitán al meter la cabeza dentro del carromato.

—Ya te lo advertí —dijo el enano con una sonrisa.

Hubo un silencio largo e incómodo. Por un momento pensé que el capitán le haría algo al enano, pero se limitó a decirle que se marchara y nuestro carromato se puso en marcha de nuevo.

Quince minutos más tarde salimos de debajo de la lona con el estómago revuelto

y medio mareadas. El hedor nos había dejado fuera de juego.

—Muchas gracias —le dije al hombre pequeño.

Julia se limitó a refunfuñar, no se terminaba de fiar de aquel desconocido.

—Mi nombre es Helena —le dije. No quería darle más datos nuestros, pero al parecer nuestra historia ya era conocida por todos.

—¿Helena, la hija de Diácono? Todo el mundo habla de vuestras hazañas. Los trovadores las cantan por las calles y los actores las representan en los pequeños teatros de las ciudades. Te llaman la nueva heroína del pueblo —dijo el enano.

Las palabras del hombre me ruborizaron. No esperaba que nadie supiera todo lo que habíamos hecho, pero no puedo negar que me gustó. A veces es más fácil vencer a la tiranía con la esperanza que con la fuerza de las armas.

—Venciste en los Juegos de la Guerra, desenmascaraste al malvado Thanos. Resististe con tus amigos el asedio de Atenas... —dijo el enano.

—¿Cómo sabes todo eso? —preguntó Julia, desconfiada.

—Ya te he dicho que es famosa. ¿Y tú no serás Julia? ¿La hija de Julio César, la que se vengó de Pompeyo en el Senado de Nueva Roma? —le preguntó el enano a mi amiga.

Ella sonrió, sin duda le había gustado entrar a formar parte de la leyenda, pero acto seguido frunció los labios y volvió a su actitud anterior.

—Mi nombre es Héctor. Soy comediante y malabarista. Antes pertenecía a una pequeña compañía, pero unos bandidos nos asaltaron y mataron a todos mis compañeros. Yo fui el único que escapó —dijo el enano, sin poder disimular cómo sus ojos comenzaban a aguarse.

—Lo siento —le dije, poniéndole una mano sobre el hombro.

—No te preocupes, ya lo he superado. A la que echo de menos es a mi amada Cornelia, pero a veces el destino es caprichoso. En los últimos meses he estado dando tumbos y robando comida. Ya no tengo fuerzas para seguir practicando mi oficio —comentó Héctor.

La historia del hombre pequeño nos conmovió. El mundo estaba lleno de desgracias, y apenas descubríamos una nueva, nuestro corazón se entristecía aún más. Si lográbamos establecer la paz, conseguir la libertad y, con la ayuda de mi collar, recuperar todo lo que se había perdido, el mundo podría mejorar al menos un poco.

Durante aquella jornada nos dirigimos hacia Atlantic City. Al final habíamos pensado que era mucho mejor intentar el viaje por mar. A medida que nos acercábamos más a Esparta, el peligro de caer en las manos de una de las patrullas que vigilaban toda la zona crecía peligrosamente.

Tras dos días tranquilos, en los que tuvimos que soportar una molesta lluvia acompañada de viento, llegamos a las inmediaciones de la ciudad. Durante el viaje habíamos evitado los lugares poblados, también los bosques, pero ahora no nos quedaba más remedio que entrar en Atlantic City.

—Conozco la ciudad —anunció Héctor.

—¿Sí? —le pregunté, emocionada. Yo sabía que la ciudad era un puerto franco, por tanto no dependía de ningún imperio, pero seguramente encontraríamos hombres de Esparta y Cartago.

Esparta y el resto de las ciudades poderosas del norte respetaban la independencia de Atlantic City por interés. Era el lugar al que llegaban las mercancías de las ciudades del sur y donde los piratas vendían los productos robados en sus asaltos. Muchas fortunas se creaban en la ciudad, la mayoría gracias al robo y el engaño.

—Será mejor entrar por la puerta sur, es la más tranquila. Después nos alojaremos en la posada de Escipión, pero antes tenemos que soltar a los caballos y abandonar el carro, por si alguien nos relaciona con este transporte —comentó Héctor.

Después de liberar a los caballos y alejarnos del carro, caminamos durante diez minutos antes de llegar a las puertas de la ciudad. El espectáculo era impresionante. Nunca antes había visto a tantas personas comprando y vendiendo cosas.

Mientras nos mezclábamos con la multitud, mi mente no podía dejar de pensar en Dracón. Esperaba que su padre no fuera demasiado duro con él o que lograra escapar antes de que lo llevaran a Esparta. No quería perder la esperanza. Cabía la posibilidad de que hubiera logrado escapar. Habíamos prometido vernos en Boston y Dracón no era el tipo de persona que no cumple una promesa.

13: Atlantic City, 14 de metagitnión de 2200

La posada de Escipión se encontraba muy cerca del muelle. Aquel era el lugar de reunión de los piratas que atracaban en la ciudad para vender sus mercancías robadas. Héctor pensó que era mejor que Julia y yo vistiéramos unas amplias capas con capucha, no quería que los marineros ni los piratas pudieran molestarnos. En aquel mundo de hombres, dos chicas podían acabar metidas en problemas.

Entramos en la sucia posada y caminamos hasta la parte trasera. Olía a malvasía, ron y suciedad. La barra de madera estaba renegrida por el alcohol y la mugre, pero intenté soportar el hedor y permanecer callada, dejando que Héctor hablara por nosotras.

—Esperad en aquella mesa —ordenó el enano. Después desapareció entre la gente.

Nos sentamos en un duro banco de madera y con las capuchas bajadas esperamos el regreso de nuestro guía improvisado. No habían pasado ni cinco minutos cuando se aproximó un marinero negro, alto y musculoso. Puso una jarra de cerveza sobre la mesa y nos gritó:

—¿Qué ocultáis debajo de esas capuchas?

No contestamos, pero aferré mi espada por debajo de la mesa, por si el marinero se ponía pesado. No tuve que usar mi arma, Héctor regresó con un hombre moreno, vestido con mucha elegancia para un lugar como aquel. El hombre se quitó el sombrero y nos miró detenidamente. Después susurró algo en el oído del enano y se marchó.

—Ya está todo arreglado, podemos partir mañana en el barco del capitán Hans. Él nos llevará hasta Boston, la ciudad de los piratas —comentó Héctor.

—No esperaba que fuera tan fácil. Imagino que el dinero que te dimos fue suficiente para pagar el viaje —le contesté.

—Sí, claro. También he alquilado una habitación para que paséis la noche

tranquilas. Mañana por la mañana os esperaré en el barco El Dragón Dorado —dijo el enano. Después nos acompañó hasta la habitación y nos dejó en la puerta.

Aquel cuchitril era tan desagradable como el resto de la posada, pero al menos tenía un colchón, sábanas limpias y algo parecido a un lebrillo oxidado con agua. Después de asearnos un poco y atrancar la puerta, nos tumbamos, exhaustas, en la cama. Llevábamos varios días sin apenas descansar, durmiendo por turnos en una carreta infecta; aquel colchón me pareció el lecho más cómodo del mundo.

—Tengo miedo —dijo Julia.

Me extrañó su comentario. Mi amiga nunca había manifestado temor, pero sin duda los últimos días le habían hecho sentir más vulnerable. La vida era dura y las cosas parecían complicarse cada vez más. Además Julia estaba enamorada de Pericles y, aunque apenas habíamos hablado de los chicos, imaginaba que su ausencia también le afectaba.

—Será mejor que descansemos. Al menos nos tenemos la una a la otra. Si logramos salir de aquí y llegar a Boston, tal vez nuestra suerte pueda cambiar —le comenté.

—¿Tú crees? No será fácil convencer a esos piratas. No somos más que dos jóvenes en busca de ayuda. Los espartanos son muy poderosos y no tenemos nada que ofrecerles a los piratas —dijo Julia.

—Tú eres la hija de Julio César, uno de los hombres más famosos de Nueva Roma, y yo la hija de Diácono, anciano de Atenas —le contesté.

—Sí, pero Atenas está en manos de Esparta y Nueva Roma seguramente esté sitiada en estos momentos por Pompeyo y sus secuaces. No se unirán a las representantes de dos ciudades sometidas —dijo Julia.

—Ellos no saben que Nueva Roma ha sido asediada por Pompeyo, les diremos que los ejércitos de tu ciudad vendrán en nuestra ayuda —sugerí, desesperada.

—No creo que eso cambie mucho las cosas —dijo Julia dándome la espalda e hincando su cabeza en la almohada.

—La Providencia nos ayudará —dije.

—Eso espero, amiga.

Me sorprendieron mis propias palabras. Hacía tiempo que los dioses habían dejado de significar algo para mí, pero el oráculo había profetizado que yo era la elegida para salvar Atenas. El collar que tenía simbolizaba esa protección que la Divina Providencia me brindaba. A pesar de haber sufrido ataques, persecuciones y de haber estado varias veces a punto de morir, siempre me había protegido algo. Si el destino estaba escrito, tal vez teníamos alguna esperanza. Sabía que luchábamos por una buena causa, pero cada vez que nos enfrentábamos al mal, siempre terminábamos perdiendo.

Me dormí aferrada a mi collar, como si su presencia lograra tranquilizarme un poco. Soñé con mi madre y mi hermano, también con Dracón y el resto de mis amigos. Todos estábamos en una extensa pradera verde. Al final del prado había un

gran acantilado. Dracón y yo estábamos debajo de un arco de flores. Mi padre parecía officiar una boda, nuestra boda, pero después una nube negra cubría el cielo y todos escapábamos antes de que se desatara una terrible tormenta. Cuando el sueño se convirtió en pesadilla, me desperté sobresaltada. Al abrir los ojos fui consciente de que la realidad era más terrible que los sueños de mi mente.

14: Atlantic City, 15 de metagitnión de 2200

No fue muy difícil encontrar el Dragón Dorado. Sin duda era el velero más grande y hermoso del puerto. Desde la proa, una espantosa cabeza de dragón parecía amenazarnos con sus inmensas fauces, y por el costado vimos claramente una docena de cañones y algunas armas de fuego, que nosotras llamábamos lanzas o tubos de fuego. Una rampa salía del centro del barco hasta el puerto. No había nadie vigilando la entrada, tampoco encontramos a Héctor.

—¿Esperamos al enano? —preguntó Julia.

El barco bullía de actividad. Los marineros comenzaron a desplegar las velas y no tardarían en levar anclas y salir de allí.

—A lo mejor ya está en el barco —le comenté a mi amiga.

—Será mejor que subamos a bordo y hablemos con el capitán —dijo Julia.

Ascendimos indecisas por la rampa. Sabíamos que estábamos subiendo a un barco pirata y la dos habíamos escuchado historias terribles acerca de ellos. Cuando llegamos a la cubierta, todos los marineros se giraron para observarnos. Por precaución, seguíamos vestidas con las grandes capas y llevábamos la cara cubierta con las capuchas. Nuestros rasgos se escondían tras las sombras, pero aun así notamos las miradas intimidantes de todos aquellos hombres. La mayoría de ellos eran rudos marineros, musculosos, sudorosos y vulgares, y parecían tan intrigados como nosotras asustadas.

El capitán salió de su camarote, seguramente advertido por uno de sus oficiales, y se dirigió hasta nosotras. Cuando lo observamos de cerca nos impresionó su altura, el cuerpo esbelto y atlético, también su rostro hermoso de ángulos rectos y barba morena de un par de días. El capitán nos sonrió y nos invitó a pasar a su camarote. Lo seguimos, temerosas, mientras escuchábamos el murmullo de los marineros a nuestro paso.

Cuando entramos en el camarote del capitán nos impresionaron los muebles

elegantes, las cortinas de terciopelo rojo y todos los utensilios de plata y oro que había en las estanterías y sobre la mesa. Aquel hombre no era el tipo rudo y salvaje que nos habíamos imaginado.

—Pónganse cómodas. Mi nombre es capitán Hans. No acostumbro a llevar pasajeros y menos si estos son mujeres. La tripulación puede ponerse nerviosa. En cuanto llevemos un par de días en alta mar todos sabrán que ustedes se encuentran en el barco. Ese maldito enano me dijo que me traerían el pago del pasaje —comentó el hombre.

Nos miramos la una a la otra, sorprendidas. Las dos le habíamos entregado a Héctor todo nuestro dinero. ¿Qué íbamos a hacer ahora? Notamos que el barco comenzaba a moverse, lo que significaba que nos alejábamos del puerto.

—Le dimos todo lo que teníamos a Héctor y él nos dijo que le había pagado —le comenté al hombre. Todavía teníamos el rostro tapado por la capucha, por lo que al menos el capitán no podía ver mi cara de pánico.

—¿Qué no tienen dinero? ¡Maldita sea! ¡Se creen que esto es un barco de recreo! —gritó furioso el capitán.

Las dos dimos un paso atrás. Nos aferramos a nuestras armas debajo de la capas y esperamos lo peor.

—Lo sentimos, le pagaremos cuando llegemos a nuestro destino. Nuestras familias... —dijo Julia con voz temblorosa.

—Las leyes del mar son muy estrictas, los polizones se convierten en esclavos del capitán. Ahora sois mis siervas, parte de mi propiedad —bramó el capitán.

—No somos esclavas de nadie —dije echando mi capucha hacia atrás. Después saqué mi espada y la coloqué en el cuello del pirata.

El capitán me hincó su mirada azulada. Era tan fría e inexpresiva que sentí un escalofrío en la espalda. Después el hombre sonrió y de un manotazo me arrancó el arma, que cayó al suelo con un ruido metálico.

Julia sacó su daga y se lanzó contra el hombre, pero este la paró con el brazo y la empujó hacia la estantería. Mi amiga cayó al suelo, mientras varios de los tesoros del capitán se tambaleaban en los estantes.

—Por favor, sea razonable —le dije.

—Los piratas no somos razonables, lo único que nos interesa es el dinero —dijo el capitán.

—Tendrá su dinero —le contesté.

—Cobro al contado —me rebatió, acercándose hacia mí.

Busqué a mi alrededor algo que estamparle en la cabeza, al final vi un candelabro de oro sobre la mesa. Lo tomé rápidamente y lo levanté para golpearle la cara, pero él aferró mi mano y apretó los dedos alrededor de mi muñeca hasta que el dolor me obligó a soltar el candelabro.

—Vuestro viaje puede ser tranquilo o convertirse en un infierno. Cuando llegue al próximo puerto os venderé como esclavas. Sois jóvenes guapas y bien educadas,

seguramente os usen de institutrices o amas de llaves de alguna casa noble, pero si intentáis agredir a alguno de mis hombres o causar problemas, os encerraré en las bodegas hasta que llegemos a nuestro destino. Os aseguro que las ratas y la humedad os bajarán los humos —dijo el capitán.

Sabía que hablaba en serio. Era inútil resistirse. A esas horas debíamos estar demasiado lejos del puerto y sería mejor seguirle la corriente. Ya pensaríamos en algún plan más adelante.

—Está bien —contesté.

—Simplemente tendréis que cumplir varias normas. La primera es que debéis llevar siempre las capas cuando estéis fuera, no quiero que mis marineros se pongan nerviosos. Tendréis una hora al día para salir a la superficie, siempre acompañadas por mi contramaestre. Cenaréis conmigo cada noche, un pirata también sabe ser hospitalario. Si cumplís las normas, todo irá bien —dijo el capitán.

—No se preocupe, las cumpliremos —le contesté.

Cuando el hombre me soltó la mano, corrí a ver cómo se encontraba Julia. Parecía algo magullada, pero estaba bien. La ayudé a levantarse y la senté en una silla.

—Vuestra habitación está tras esa puerta. Ninguno de mis hombres se atreverá a tocaros o pasar aquí —dijo el capitán.

—Gracias —le contesté.

—Ahora podéis descansar, tengo que gobernar un barco. Bienvenidas al Dragón Dorado —dijo el capitán. Después recogió las armas del suelo, abrió la puerta y se fue, tras dar un fuerte portazo.

Nos miramos, incrédulas. Éramos prisioneras de unos piratas. Las cosas no podían marchar peor. Ese maldito enano nos había traicionado y se había quedado con lo poco que teníamos. Aferré mi colgante, esperaba que él al menos me diera fuerzas para no rendirme.

15: Océano Atlántico, 15 de metagitnión de 2200

Esa noche cenamos los tres en silencio. La sopa estaba caliente y sabrosa. No habíamos comido nada en todo el día y apenas tardamos un minuto en devorar el sustancioso caldo y comer un pedazo de pan. Después el asistente del capitán, un marinero llamado Marco, nos sirvió pato asado. No era mi plato preferido, pero tenía tanta hambre que chupé los huesos del muslo hasta sacar el último trozo de carne. Julia comía también con avidez, pero el capitán se tomaba su tiempo, usando todos los cubiertos como si estuviera en una cena de gala.

Marco parecía un hombre agradable. Tenía el pelo cano, que terminaba en dos largas patillas grises, la cara redonda, una prominente barriga y una sonrisa bonachona. Mientras estaba el capitán presente nunca hablaba, pero al traernos el desayuno y el almuerzo al día siguiente, nos contó alguna de sus viejas historias.

—Espero que os encontréis cómodas. No quiero que penséis que soy un salvaje —dijo el capitán cuando terminó la cena.

El asistente puso sobre la mesa un frutero bien surtido y se separó un par de pasos de la mesa.

—Nuestro cuarto está bien, parece el de una mujer —le comenté.

El capitán frunció el ceño, como si le hubieran molestado mis palabras, después tomó una manzana y comenzó a pelarla.

—Soy Helena, hija de Diácono. No sé si ha escuchado alguna historia sobre mí, pero me gustaría que supiera...

—Sé quién eres —comentó secamente el capitán.

—Los jóvenes de Atenas emprendimos una guerra contra Thanos y los ancianos de nuestra ciudad. El jefe de los espartanos quiere dominar el mundo y ahora que se ha aliado con Pompeyo, nada se lo impedirá. ¿Qué cree que harán con los piratas cuando dominen todos los antiguos Estados Unidos de Norteamérica? Los masacrarán y tomarán Boston —le expliqué.

—Si el destino está escrito, ¿quién soy yo para cambiarlo? —contestó el capitán.

—Puede que el destino esté escrito, pero no me impedirá luchar contra esos malditos asesinos —dijo, furiosa.

El capitán me miró y sus ojos brillaron a la luz de la velas, como si debajo de toda aquella frialdad quedara al menos algo de humanidad. Después continuó pelando la manzana sin decir nada.

—Si nos lleva a Boston podremos organizar una expedición y atacar Esparta. Tenemos un plan para vencer a Thanos —le insistí.

—Lo lamento, pero yo no soy un soldado, soy un simple pirata. Algunos nos llaman las ratas del mar y puede que tengan razón. Cuando el mundo se colapsó por las grandes bombas, muchos hombres se sintieron más seguros en los océanos. Allí no llegaban las plagas que lanzaron sobre la población. Los primeros piratas se asentaron más al sur, frente a las costas de Florida, pero a medida que las plagas pasaron, regresaron hacia el norte. Durante todo este tiempo hemos sobrevivido a muchos como Thanos y Pompeyo porque no hemos intentado cambiar el mundo. Simplemente nos adaptamos a él —dijo el capitán mientras troceaba la manzana.

—Puede que esta vez las cosas sean distintas. Pompeyo maneja armas antiguas con las que puede aniquilarnos a todos —le contesté.

—La vida es muy corta, yo he vivido suficiente y he disfrutado de los pocos momentos buenos que te ofrece. No temo a la muerte, pero no llevaré a mis hombres al matadero —dijo el capitán. Después tomó la fruta en silencio, sin volver a levantar la mirada.

Nos retiramos a nuestro cuarto. El lugar era muy agradable. Nunca había tenido una habitación como aquella. Hermosas cortinas, muebles tallados de tonos claros, un precioso mantel de hilo y un arcón repleto de vestidos de mujer. Julia y yo no pudimos evitar curiosear un poco y probarnos un par de vestidos, hacía mucho tiempo que llevábamos trajes militares incómodos y horribles.

A la mañana siguiente salimos con nuestras capas a cubierta. La brisa agradable de la mañana nos despejó. Los marineros parecían afeitados en sus quehaceres, pero de vez en cuando nos miraban de reojo o se acercaban a nosotras para intentar ver qué se escondía debajo de nuestras grandes capas grises. El contramaestre los espantaba en cuanto se aproximaban demasiado.

Caminando por la cubierta llegamos hasta lo que parecía la cocina del barco. Junto al cocinero estaba Marco, que al vernos sonrió.

—¿Dando un paseo? Será mejor que aprovechen, creo que se acerca una tormenta muy fuerte —comentó.

—¿No será peligrosa? —preguntó Julia, inquieta.

—Al final del verano las tormentas suelen ser muy virulentas, aunque algo menos aquí en el norte, pero a veces se escapan algunas tormentas tropicales y nos ponen en algún apuro —dijo Marco.

—¿No sería mejor que buscáramos un puerto seguro? —le pregunté.

—No hay ningún puerto seguro hasta Toms River, pero es demasiado pequeño para que recaemos en él. Tenemos que continuar hasta Long Branch —dijo Marco.

Me quedé preocupada por unos momentos. Por lo que me había contado Dracón, esa ciudad dependía de Esparta, era una de sus colonias. Si el capitán nos vendía allí como siervas, terminaríamos en manos de Thanos. Tendríamos que escapar a la menor oportunidad, pensaba mientras regresábamos a nuestra habitación. Pero Boston se encontraba mucho más al norte, y aunque lográramos escapar, aún nos quedaría un largo camino hacia la libertad.

16: Océano Atlántico, 16 de metagitnión de 2200

Cuando el capitán llegó esa noche a su camarote, nosotras ya lo esperábamos sentadas. El barco se zarandeaba más que durante la jornada anterior. Al parecer, antes de que amaneciera, la tormenta estaría sobre nosotros. Julia parecía inquieta, su rostro pálido brillaba a luz de las vela y sus labios rojos tenían un tono más rosado. En cuanto el capitán Hans nos vio, frunció el ceño. Parecía totalmente trastornado, como si hubiera visto un fantasma.

—¿Qué habéis hecho? —preguntó, furioso.

—No lo entiendo, simplemente vimos estos vestidos y... —dije con la voz titubeante.

—¡Quitáoslos! ¡No os pertenecen! —nos gritó el capitán fuera de sí.

Lo miramos asustadas y nos dirigimos al cuarto de al lado. Aquella noche el capitán cenó solo y Marco nos trajo la comida a la habitación.

—No tenían que haber usado esos vestidos —dijo el asistente del capitán.

—¿Por qué no? —le pregunté, intrigada.

—Era la ropa de la hija del capitán. Alba falleció hace un año, tenía quince años y el capitán todavía no lo ha superado —dijo Marco.

—Lo lamento —le contesté.

—El capitán es un lobo de mar solitario. Su esposa falleció en el parto de su hija, desde entonces él se volcó en Alba, por eso cuando murió creíamos que se volvería loco. Sufrimos un ataque de la flota de Esparta. Uno de los hombres de Thanos nos había estado acosando por toda la costa y nos acorraló cerca de Virginia. Logramos escapar de milagro, pero pereció la mitad de la tripulación, y también la hija del capitán —nos explicó Marco.

Nos miramos sorprendidas. Lo que no entendía era por qué el capitán no quería enfrentarse a Esparta si le había quitado lo que más quería.

—Desde entonces no ha vuelto a ser el mismo, creo que ya no tiene nada por lo

que vivir. Las únicas cosas que lo retienen en este mundo son el Dragón Dorado y sus hombres —dijo Marco.

—Ahora puede vengarse de Thanos. Si nos ayudáis, lograremos quitarle el poder y hacerle pagar todos sus crímenes —afirmé.

—El capitán es el que manda y no pondrá a su tripulación en peligro. Somos piratas, y lo que sabemos hacer es atacar por sorpresa y huir antes de que nos capturen —dijo Marco.

—Ese es mi plan. No quiero enfrentarme directamente a Thanos y Pompeyo. Cuando lo hemos hecho, hemos fracasado —le contesté.

El barco comenzó a agitarse con fuerza y tuvimos que agarrarnos a los muebles para no rodar por el suelo. Marco se acercó a la puerta, pero antes de salir se giró y nos dijo:

—Si los dioses quieren que os ayudemos, os ayudaremos, pero antes tendrán que salvarnos de la tormenta.

Nos quedamos solas en la oscuridad, mareadas por el oleaje y escuchando aterrorizadas los crujidos del casco del barco. Por uno momento pensé que se partiría en dos con nosotras dentro. Se escuchaba el viento y un poco de agua se introducía por las rendijas de la puerta. Nunca había sufrido una tormenta en alta mar, pero ahora entendía las palabras de Marco. Los marineros sabían que su vida pendía de un hilo cuando el océano decidía ponerse furioso.

—Creo que este es el final —me dijo Julia, mientras me abrazaba temblorosa.

Mi compañera no era muy amiga del agua, pero aquella experiencia hubiera aterrorizado al más experimentado marinero. Aquella no era una tormenta cualquiera, parecía un huracán a punto de estallar sobre nosotros.

17: Océano Atlántico, 17 de metagitnión de 2200

Al aumentar las olas, el barco se movía de un lado al otro golpeándonos contra las paredes del camarote. Creía que íbamos a morir. Mi mente estaba bloqueada, el pánico se había apoderado de mí y lo único que imaginaba era cómo sería morir ahogada o reventada por alguna tabla del barco. Intentaba no separarme de Julia y que la puerta no se abriera. Si algún golpe de agua nos arrastraba afuera, nada podría salvarnos. Tras más de seis horas de tormenta, estábamos tan agotadas que no sentíamos los brazos, nuestro cuerpo estaba cubierto de magulladuras y teníamos la cabeza totalmente embotada. Poco antes de que amaneciera, el barco comenzó a estabilizarse y las olas se calmaron en parte. Abrí la puerta del camarote y me asomé al del capitán; estaba todo revuelto y el agua me llegaba por encima del tobillo. Miré la puerta reventada del camarote y después salí a cubierta. Las velas estaban recogidas, pero algunas de las más pequeñas colgaban, hechas jirones. Toda la cubierta estaba llena de agua, barriles flotando y algunos cadáveres.

Los marineros se esforzaban desde los mástiles en desplegar de nuevo las velas para aprovechar la calma, antes de que la tormenta nos volviera a alcanzar. El capitán estaba en el timón. Sus ropas empapadas y el rostro desencajado por el cansancio mostraban el gran esfuerzo que había tenido que hacer aquella noche. Subí hasta el timón, el hombre me miró con sus penetrantes ojos azules. Después intentó decir algo, pero se quedó a media palabra, como si la sal que reseca su rostro lo hubiera dejado totalmente seco.

—Gracias capitán —le dije. No quería que se sintiera incómodo, sin embargo, añadí—: Lamentó mucho lo de su hija, no lo sabíamos.

—No importa —contestó con la voz ronca.

—Nos ha salvado a todos esta noche.

—Creo que los dioses nos concedieron otra oportunidad por algo. No hemos sobrevivido por casualidad, creo que si no hubieras estado en este barco nada nos

hubiera salvado. Por alguna razón la Providencia te protege, Helena. Te llevaré a algún puerto seguro y podréis continuar vuestro camino —dijo el capitán.

—No, señor. Queremos que nos ayude a vencer a Thanos. Tiene que llevarnos a Boston y presentarnos a la Hermandad de los Piratas, por favor. A usted lo escucharán —le contesté.

El capitán Hans se quedó en silencio, apoyado sobre el timón, después me miró a los ojos y dijo:

—Tal vez sea el momento de morir por una causa justa, se lo debo a mi hija. Pondremos rumbo a Boston ahora mismo.

Las nubes se retiraron, dejando ver el cielo azul y el sol que doraba el mar en calma. El equilibrio de fuerzas se recuperó por un momento y el cielo nos envió una nueva señal. *La esperanza siempre nos aguarda tras la tormenta, lo único que debemos hacer es fijar el rumbo y no soltar nunca el timón*, pensé mientras en el horizonte aparecía la costa de los Estados Unidos de América, o al menos lo que quedaba de aquel país.

Segunda Parte

La hermandad de los piratas

18: Océano Atlántico, 18 de metagitnión de 2200

Cruzar la bahía de Esparta era una temeridad. Los barcos de Thanos gobernaban los mares y no tardarían en dar con nosotros. El capitán Hans pensaba que era mejor que nos alejáramos todo lo posible de la costa aunque eso supusiera dos o tres días más de navegación, pero yo quería algo muy distinto. Le pedí al capitán que nos aproximáramos a Atenas. Necesitaba saber cómo se encontraban mi madre y mi hermano, descubrir si Urano permanecía con vida y rescatarlos de las manos de Thanos. Si mis amigos y familia permanecían en la ciudad, los espartanos podían utilizarlos como moneda de cambio y desbaratar nuestros planes.

—Es un suicidio —dijo el capitán mientras el contraemaestre y los oficiales afirmaban con la cabeza—, si entramos en la bahía no saldremos de allí con vida.

—Tienes razón, capitán, pero yo no les pido que entren en la bahía con su barco. Si me dejan unos pocos kilómetros más al norte con Julia y alguno de sus hombres, llegaremos a la ciudad de incógnito y rescataremos a Urano, Castalia, mi madre y mi hermano —le comenté.

—Lo único que conseguirás es que te atrapen y prevenirlos de nuestros planes —dijo el capitán.

—Conozco Atenas y sus alrededores como la palma de mi mano. Nadie notará nuestra presencia y, en el caso de que veamos que la misión es imposible, desistiremos —contesté.

Se hizo un silencio, los hombres del capitán Hans apoyarían cualquier cosa que este aceptara, la decisión en el fondo le correspondía a él.

—Únicamente contaréis con veinticuatro horas. Si pasáis más tiempo en la ciudad os descubrirán —dijo el capitán.

—Gracias —dije, eufórica. Sabía que el hecho de tener a mi lado a mi familia y amigos lograría que me centrara más en la misión y menos en mis preocupaciones.

Determinamos que el mejor sitio para un desembarco era frente a las islas de

Jamaica Bay. Allí, el barco pasaría desapercibido. Tendríamos que regresar a ese mismo punto al amanecer del siguiente día. Si nos retrasábamos, el barco zarparía y nos dejaría en tierra, y nuestros planes se habrían desbaratado.

Julia, dos piratas jóvenes llamados Poncio y Caracalla y yo teníamos que internarnos en Atenas, localizar a nuestros amigos y escapar. Habíamos calculado que se necesitaban cinco horas para llegar a pie, lo que restaba al menos diez horas al tiempo del que disponíamos, aunque mi plan era que regresáramos en algún vehículo más rápido.

Aunque le había dicho al capitán que conocía perfectamente esa zona, no había sido totalmente sincera. Los atenienses teníamos prohibido acercarnos a lo que en otro tiempo se llamó Brooklyn. Corrían leyendas que hablaban de seres monstruosos y todo tipo de peligros, aunque yo imaginaba que se trataba de una manera de asegurarse de que no nos internáramos por aquella zona. Pero después de nuestra última experiencia en la Ciudad de Brillantes, tras nuestro encuentro con aquellos seres deformes, prefería que anduviéramos con la máxima prudencia.

Tomamos una amplia avenida rodeada de ruinas de edificios que la vegetación había cubierto parcialmente. Aunque era de día, de vez en cuando aparecían en el paisaje lobos merodeando, algunos leones o una manada de búfalos pastando en las praderas cercanas. A pesar de todo, llegamos hasta las inmediaciones del viejo puente sin encontrar ningún obstáculo.

Un puente cruzaba el río que nos separaba de Atenas. Muchos de sus gruesos cables de acero estaban rotos. La mitad de la plataforma del puente estaba desprendida, pero aún podía atravesarlo un carro pequeño o gente a pie sin peligro de terminar en el fondo del río.

Cuando alcanzamos la orilla, contemplamos al norte los relucientes edificios de la Ciudad de Brillantes y al sur la muralla perimetral de Atenas, que controlaba el paso de forasteros y animales a la ciudad. Aquel sería el segundo obstáculo con el que nos tendríamos que enfrentar.

Nos acercamos al puente con cautela. Los alrededores estaban demasiado despejados y cualquiera podría vernos a una gran distancia. Era el único paso que quedaba en pie en esa zona a excepción de los peligrosos túneles que atravesaban el río por debajo.

Entramos en la gran estructura de hierro oxidado. Aún se conservaban los chasis corroídos de algunos de esos vehículos que fueron modernos en otro tiempo. También había en la calzada grandes piedras de la gran torre que sostenía el puente colgante a este lado del río. Apenas habíamos rebasado la torre cuando me pareció percibir algo en la parte alta. Fue un destello rápido, pero suficiente para que advirtiera a mis compañeros.

—Corramos —los urgí.

Comenzamos a movernos con rapidez, mientras a nuestra espalda escuché un rugido. Al volverme vi a tres leonas y un león que corrían hacia nosotros.

Julia me había contado que los leones llegan a ser muy veloces cuando están de caza, y estos parecían realmente hambrientos. Al llegar a la mitad del puente vimos que el paso se estrechaba, y tuvimos que ir más despacio. Los leones se acercaban peligrosamente. Teníamos que tomar una decisión.

—¿Crees que puedes alcanzar a alguno con el arco? —le pregunté a mi amiga Julia.

—Puedo intentarlo, pero no pienso que eso detenga al resto —me comentó.

—Nosotros intentaremos encargarnos de ellos —dije, dirigiéndome a los dos piratas.

Nos colocamos frente a los leones y esperamos a que estuvieran lo suficientemente cerca para no errar el tiro. Era más peligroso esperar tanto, pero por otro lado nos asegurábamos un blanco más fácil.

El primer felino tenía un tamaño descomunal, su espesa melena se movía imprimiéndole tal fiereza que nos cortó la respiración. Sus rugidos eran muy fuertes, apenas nos dejaban concentrarnos. Cuando estuvo tan cerca que podíamos casi oler su aliento, Julia disparó la primera flecha. Mi amiga alcanzó al animal en una de sus patas, pero eso no lo detuvo, lo único que logró fue enfurecerlo aún más.

—¡Disparad! —les grité a Poncio y Caracalla. Una de las flechas alcanzó al león en el cuello, pero él y su manada siguieron aproximándose a toda velocidad.

No habíamos logrado abatir ni a uno de aquellos gigantescos felinos. ¿Cómo íbamos a terminar con todos antes de que nos alcanzaran?

—Subamos a la pared de hierro —dije señalando la estructura del puente.

Mientras mis amigos se ponían a salvo, yo disparé una última flecha contra el león. Esta vez le acerté en la cabeza, justo entre los ojos, y el colosal animal se desplomó al instante.

Corrí hasta la estructura y empecé a escalar. Una de las leonas rozó mi bota con sus garras, pero Julia le disparó en plena cabeza.

Los dos piratas comenzaron a asustarse al resto de la manada, hasta que las dos leonas supervivientes se rindieron y regresaron por donde habían venido.

Unos minutos más tarde estábamos al otro lado del río. Nos ocultamos de los vigías de la muralla y comimos algo debajo de unos árboles.

—Lo mejor es que nos dirijamos al túnel norte —les comenté.

—¿Cuánto tardaremos en llegar hasta allí? —me preguntó Pilatos.

—Una hora —le contesté.

—Llevamos cinco desde que comenzó la misión, otra hora más reduce mucho el tiempo que nos queda —dijo Caracalla.

—Es el único camino. La muralla es muy alta para saltarla, tampoco podemos entrar por la puerta. Todo el mundo nos está buscando —le contesté.

—En aquel lado hay una pequeña colina que hace más accesible saltar la muralla —dijo Julia.

—Pero puede que nos vean entrar —objeté.

—Tendremos que correr el riesgo —dijo mi amiga.

—Muy bien, lo intentaremos —dije, mientras nos dirigíamos a la colina.

Ascendimos hasta la parte más alta sin separarnos de la pared. Después Pilatos lanzó un gancho a la almena y escuchamos el sonido metálico al golpear la piedra, pero nadie se asomó a la muralla.

Primero ascendió Julia, después Caracalla y Pilatos, yo fui la última. Una vez arriba, bajamos rápidamente al otro lado. Afortunadamente nadie nos había visto. Teníamos que cruzar el bosque, el camino era demasiado peligroso y nos movíamos sin permisos de tránsito ni salvoconductos.

Cuando contemplé mi hermosa Atenas, después de media hora de camino, el corazón se me encogió. Una parte de la muralla estaba derruida. Algunos de los edificios más bellos de la ciudad estaban calcinados o en ruinas. La guerra había destruido mi hermosa ciudad. Un gran temor se apoderó de mí. Esperaba que no hubiera sucedido lo mismo con sus habitantes.

19: Atenas, 19 de metagitnión de 2200

Esperamos a que oscureciera antes de adentrarnos en la ciudad. Las sombras eran lo único que podía protegernos. Aquella noche estaba nublada y la luna apenas iluminaba las calles. Mi plan era dirigirme directamente a la cárcel del Consejo, el lugar en el que normalmente retenían a los prisioneros, pero Julia me hizo cambiar de opinión.

—No creo que los hayan encerrado allí. Imagino que tras la conquista de la ciudad los prisioneros se contarán por centenares. Lo mejor es buscar en un lugar más amplio —dijo mi amiga.

—Tienes razón, aunque pude que los más importantes sí se encuentren en esa cárcel —le contesté.

—No podemos dar palos de ciego. ¿Con quién podríamos vernos en la ciudad para que nos contara qué ha pasado y dónde están los prisioneros? —preguntó Pilatos.

La verdad es que la mayoría de la gente a la que conocía o estaba muerta o en manos de los espartanos. No se me ocurría quién podía echarnos una mano.

—Tiene que haber alguien. Piensa con detenimiento —me dijo Julia.

—La única persona informada y de alto rango que seguramente no esté encarcelada es la suma sacerdotisa del templo de Atenea —les contesté.

—¿Estás segura? —dijo Julia.

—Sí, nadie se atrevería a encarcelarla, para nosotros es como una figura sagrada. Casi nadie la ve nunca, es una anciana que vive en lo más profundo del templo —les expliqué.

Caminamos por las azoteas para evitar las patrullas de espartanos, aunque en ocasiones tuvimos que bajar a la calle, ya que muchas casas estaban destruidas. Unos minutos más tarde estábamos frente al templo, que afortunadamente estaba intacto.

—Conozco bien el lugar. Mi madre era una de las ayudantes de la suma

sacerdotisa. Por la parte trasera, la que da a los jardines, hay una puerta más discreta —dije al ver a dos soldados espartanos vigilando el templo.

—¿Crees que encontraremos más soldados dentro? —preguntó Caracalla.

—No, el recinto es sagrado y nadie armado puede pasar —le contesté.

—Pero nosotros estamos armados —dijo Julia.

—Tendremos que dejar las armas en la entrada.

Saltamos la tapia del jardín. El ambiente estaba impregnado de olor a flores y el murmullo de la fuente me devolvió por unos instantes a mi infancia, a esa época feliz, antes de que tuviera que abandonar a mi familia e integrarme en las casas de los jóvenes.

La puerta trasera estaba abierta. Las sacerdotisas salían mucho al jardín, era el único lugar al aire libre en el que podían estar, ya que como vírgenes tenían prohibido salir del templo. El día a día de esas mujeres estaba consagrado a Atenea y a su ciudad.

—Tampoco pueden entrar hombres. Será mejor que vosotros dos os quedéis guardando las armas y vigilando la entrada —les dije a nuestros compañeros antes de cruzar el umbral.

Los dos piratas se miraron sorprendidos. Nadie había hablado de que nos separáramos, pero sabía que si la suma sacerdotisa descubría que dos hombres habían entrado en el recinto sagrado, se negaría a ayudarnos y nos denunciaría al Consejo.

Las salas estaban tenuemente iluminadas con lámparas de aceite. A aquellas horas no había nadie por los pasillos, pero tampoco me sería fácil encontrar los aposentos de la suma sacerdotisa, únicamente había estado una vez en ellos, pero era tan pequeña que apenas los recordaba.

—Creo que están detrás del gran altar —le indiqué a Julia en un susurro.

Rodeamos la gran estatua de Atenea y pasamos por un estrecho pasillo. En la pared había dos puertas, una llevaba a la habitación y la otra a la estatua, ya que la suma sacerdotisa se introducía en el interior de la estatua para profetizar.

Abrimos con cuidado la puerta. La sala era muy amplia, tenía una cama con dosel al fondo, también un escritorio y algunos baúles grandes. Nos acercamos hasta la cama, pero no había nadie dentro. Entonces escuchamos una voz a nuestras espaldas que nos sobresaltó.

—Una anciana como yo duerme muy poco.

Reconocí la voz de inmediato. Parecía algo más débil que unas semanas atrás, pero sin duda era la de la suma sacerdotisa.

—Perdone que entremos en sus aposentos de este modo —me disculpé.

—Eres Helena, la hija de Atenea, tu madre fue una de las aspirantes a sacerdotisa antes de conocer a tu padre, Diácono, pero su amor por él fue más grande que el que sentía por nuestra diosa. Ella estaba llamada a sustituirme, pero el destino quiso otra cosa —dijo la anciana.

—Venimos a preguntarle por ella. No sabemos qué suerte ha corrido. Antes de

que la ciudad cayera en manos de los espartanos, Pericles y yo fuimos a pedir ayuda al senado de Nueva Roma —le expliqué.

La anciana salió de las sombras y se acercó hasta nosotras. Me miró con sus ojos velados y frunció el ceño, como si no aprobara mis palabras.

—El mundo antes tenía un orden. Los Juegos de la Guerra se crearon para evitar este derramamiento de sangre, pero vosotros los jóvenes siempre queréis saltaros las reglas. El universo se rige por reglas, nos ayudan a perseverar y a no sucumbir al desaliento —dijo la suma sacerdotisa.

—Lo entiendo, pero los espartanos no respetaron esas reglas. Hacían trampas en los juegos y además secuestraron a mi padre —le dije a la anciana.

—No importa el sacrificio de un hombre si con ello defendemos a toda una ciudad. ¿Estamos mejor ahora que antes? La ciudad está devastada, cientos de personas muertas, y muchos serán vendidos como esclavos...

—Es el precio de la libertad —le dije a la anciana.

—Es el precio de tu osadía y desvergüenza —dijo furiosa la suma sacerdotisa.

Las dos nos quedamos petrificadas. No esperábamos aquella reacción de la mujer. El tiempo se agotaba y temíamos que en cualquier momento alguien entrara en el cuarto.

—Necesitamos saber dónde se encuentran mi madre y el resto de los prisioneros —le dije sin más rodeos.

—¿Quieres causar más desgracias a nuestro pueblo? ¡Lo único que recibirás de mí será una maldición...! —comenzó a gritar la anciana, pero antes de que concluyera la frase, se cayó de rodillas al suelo.

Me acerqué para ayudarla, pero ella parecía haber caído en una especie de trance.

—Salvarás a muchos, destruirás a tus enemigos y la verdad será conocida —dijo la anciana.

—¿Qué? —pregunté, extrañada. No parecía la misma mujer con la que acabábamos de hablar unos instantes antes.

—Es ese collar. ¡Dámelo! —gritó la anciana, lanzándose a mi cuello.

—¡No! —respondí, retrocediendo.

—La oscuridad ha reinado mucho tiempo, no devolverás la luz a los hombres. ¡Maldita seas! —gritó la mujer, como poseída.

—Será mejor que nos marchemos —dijo Julia.

Nos dirigimos a la puerta, pero apenas habíamos caminado dos pasos cuando salió a nuestro encuentro una sacerdotisa llamada Priscila, una de las principales hermanas del templo.

—¿Quiénes sois vosotras? —preguntó la mujer, que al principio no llegó a reconocerme.

—Soy Helena, la hija de Atenea —le contesté.

Priscila había sido la amiga de mi madre, esperaba que aún se acordara de ella.

—¿Estás loca? ¿Qué haces en Atenas? —preguntó.

Nos agarró y nos llevó hasta una habitación que solían usar de comedor.

—Hemos venido para rescatar a mi madre y a mi hermano —le expliqué.

—La ciudad está tomada por los espartanos, lo que has hecho es una temeridad.

—Hay cosas por las que merece la pena morir —le contesté.

—Todos te tienen como su salvadora, por eso resisten —dijo Priscila.

—¿Resisten? ¿Qué quiere decir con eso? —pregunté, nerviosa.

—¿No lo sabes? Los espartanos tomaron la ciudad, pero Urano y unos centenares de soldados resisten en la ciudadela.

Me quedé sin palabras. Yo había pensado que todo estaba perdido, pero Urano había cumplido su palabra.

—¿Cómo podemos entrar en ella? —le pregunté.

—Si entras en la ciudadela ahora, la moral de los hombres se desmoronará; todos creen que Pericles y tú regresaréis con refuerzos —me dijo.

—¿Mi madre y mi hermano están con los asediados? —pregunté.

—Tu hermano está con Urano. Tu madre y la anciana espartana, en cambio, permanecen desde hace días en la cárcel del Consejo de Ancianos —dijo la sacerdotisa.

—Tengo que liberarlas —dije mientras me dirigía a la puerta.

—La cárcel está custodiada por un centenar de soldados, no llegarías ni a la puerta —me contestó.

—No importa, tengo que intentarlo.

Julia, que había permanecido en silencio todo el rato, se acercó a nosotras y con una amplia sonrisa, dijo:

—No nos dejarán entrar a nosotras, pero seguro que no se lo impiden a seis sacerdotisas de Atenea.

El plan de mi amiga era que entráramos nosotras dos y los dos piratas disfrazados de sacerdotisas con dos de las hermanas. Los soldados nos facilitarían el acceso y pondríamos en marcha un segundo plan de huida.

—Está bien. También me gustaría pedirle que le envíe un mensaje a Urano, quiero que conozca nuestros planes y animarlo a seguir resistiendo —le contesté.

—Tienes mi palabra —dijo Priscila.

Los atenienses aún resistían el asedio espartano. Eso animaría a los piratas a ayudarnos y facilitaba mis planes para capturar a Thanos y liberar la ciudad, pero antes teníamos que sacar a mi madre y a Castalia de la cárcel del Consejo de Ancianos.

20: Atenas, 19 de metagitnión de 2200

Al principio, Priscila tenía algunas reticencias a que los piratas se vistieran de sacerdotisas, le parecía una falta de respeto, pero al final logramos convencerla. Debíamos emplear la astucia contra los espartanos. Era la única posibilidad que teníamos de conseguir nuestro objetivo. Salimos del templo por la puerta principal y los soldados no nos lo impidieron. Aquella era una buena señal, las túnicas del templo nos abrirían las puertas de la cárcel y más tarde las de la muralla.

Caminamos la corta distancia que nos separaba del edificio del Consejo. Priscila se detuvo frente al jefe de la guardia y le dijo:

—Soy la sacerdotisa Priscila, mis hermanas y yo venimos a cuidar a los enfermos y a traerles alimentos.

El jefe de la guardia nos miró y después preguntó:

—¿Es necesario que entren todas?

—Sí, dos de las hermanas nos dedicaremos a cuidar enfermos, las otras dos repartirán los alimentos y el resto ofrecerá libaciones a nuestra gran diosa Atenea.

La explicación debió de bastarle al jefe de la guardia, porque nos dejó pasar. Entramos por el recibidor y después nos dirigimos a los sótanos del edificio. Yo ya había estado antes en aquel tétrico lugar. Unas semanas atrás, había pensado que nunca nadie sufriría más en las mazmorras del Consejo, pero ahora estaba de nuevo allí intentando liberar a mi madre y a Castalia. Dos soldados nos abrieron la última verja y nos introdujimos por el pasillo que conducía a las celdas.

Busqué con angustia el rostro de mi madre entre los presos. Mi lámpara iluminaba las celdas y los encarcelados nos miraban extrañados. Cuando llegué a la última sala, vi que mi madre y Castalia estaban juntas. Durmiendo sobre un poco de paja y cubiertas por una mugrienta manta.

Me acerqué despacio y apoyé mi mano sobre su hombro.

—Madre, ¿se encuentra bien?

Mi madre me miró sorprendida, como si no supiera si continuaba soñando o si era realmente yo la que le hablaba.

—¿Helena? ¿Eres tú? —preguntó entre lágrimas.

—Sí, madre. Tenemos que salir cuanto antes.

A su lado continuaba dormida Castalia. Julia se acercó hasta ella y la movió ligeramente, pero no parecía reaccionar.

—Helena, no sé lo que le pasa —dijo Julia, asustada.

No llegué a abrazar a mi madre, me giré y di la vuelta a Castalia. Tenía los ojos cerrados como si durmiese, pero al tocarla comprobé que estaba fría.

—Por todos los dioses —dije mientras le tocaba la cara.

—¿Qué sucede? —preguntó mi madre entre lágrimas.

—Está muerta —le contesté.

La prisión había sido demasiado para aquella buena anciana. La abuela de Dracón había fallecido.

Vestimos a mi madre con las ropas de una de las sacerdotisas, que había aceptado tomar provisionalmente el lugar de mi madre, después salimos de nuevo por la verja de la cárcel. Me hubiera gustado salvar al medio centenar de personas que había encerradas, pero era imposible si queríamos escapar de Atenas.

Cuando salimos del edificio, todos respiramos aliviados. Priscila nos llevó hasta una de las carrozas del templo.

—Cuando lleguéis a la muralla, decid que tenéis que llevar una ofrenda al altar de Atenea que está al otro lado del puente. Desde hace años unas hermanas nuestras sirven allí, solemos enviarles comida y otras cosas un par de veces al mes. No creo que los soldados sospechen nada, pero tenéis que llegar a la muralla exterior antes de que los espartanos se den cuenta del engaño —comentó Priscila.

—Muchas gracias por todo —le dije.

—Volved pronto y liberad a nuestra hermosa ciudad. Vuestro mensaje llegará a Urano, que los dioses te acompañen —dijo la sacerdotisa.

Nos abrazamos y después me puse a las riendas del carromato. A mi lado se sentó Julia. Mi madre y los dos piratas estaban en la parte trasera, cubierta por una lona blanca. Esperaba que mi madre estuviera lo suficientemente fuerte para soportar el camino.

21: Atenas, 20 de metagitnión de 2200

La noche parecía correr demasiado deprisa. Tenía que regresar al puerto antes de doce horas, pero estábamos a tres de distancia. ¿Qué ocurriría si cuando llegásemos hasta el Dragón Dorado este ya no estaba? En ese caso no nos quedaría más remedio que atravesar todo el norte en carromato, sin víveres ni idea de la geografía de aquella parte del mundo.

Pasamos el primer control sin problema, pero cuando nos acercamos al portalón de la segunda muralla comprobamos que los guardias estaban sobre aviso. Los espartanos se comunicaban por un sistema de luces, y tal vez los carceleros ya habían descubierto nuestro engaño.

El jefe de la guardia nos ordenó detenernos. Dos de sus hombres se situaron en la parte trasera del carro, mientras otros dos se ponían a mi altura junto con él.

—¿Adónde se dirigen tan temprano? —preguntó el jefe de la guardia.

—Tenemos que cruzar el puente para reunirnos con nuestras hermanas —les expliqué.

Yo era la única que tenía el correcto acento ateniense y el hombre se limitó a mirar el salvoconducto que nos había facilitado Priscila. Después me devolvió los papeles y dijo:

—¿Puede descubrirse?

Dudé por unos instantes; mi cara era muy conocida en Esparta y Atenas después de los últimos Juegos de la Guerra, pero no tenía otro remedio. Levanté poco a poco la capucha, hasta que mi pelo rojizo quedó al descubierto.

—¡Es ella! —dijo uno de los soldados.

Su sorpresa nos dio unos segundos de ventaja. Arrojé la lanza que tenía debajo de mis pies y el jefe de la guardia cayó fulminado. Los otros dos soldados sacaron sus espadas e intentaron subir al carro, pero mi amiga logró matar a uno de ellos con su arco. Los piratas también atacaron a los guardias por sorpresa, aunque uno de los

espartanos logró tocar el cuerno de emergencia.

—Toma las riendas, no tardarán en venir refuerzos —dije saltando del carro y dirigiéndome al portalón.

Corrí con todas mis fuerzas y comencé a mover la gran rueda que accionaba el mecanismo de apertura. Era demasiado pesada para mí. Logré moverla un poco, pero la puerta apenas se alzó. En ese momento, Caracalla llegó corriendo y comenzó a girar la rueda conmigo. Al final cedió y la puerta se abrió en mitad de un gran estruendo.

Cuando el carro hubo atravesado el portalón, corté la cuerda y corrimos antes de quedarnos encerrados del otro lado del muro. La puerta cayó con todo su peso justo detrás de nosotros. Aquello impediría que los espartanos nos alcanzaran antes de llegar al puente. Tendrían que pasar por otra puerta, y mientras nosotros estaríamos muy lejos de allí.

Tomé las riendas de nuevo y azucé a los caballos. Apenas teníamos margen de tiempo, en unas horas los piratas llevarían anclas y nos quedaríamos en tierra.

Cuando llegamos al puente, el cielo ya empezaba a clarear. Mientras pasábamos ante la primera torre, notaba mi corazón desbocado. No podía creer que mi madre estuviera a salvo en la parte trasera del carro y que mi hermano, junto a un grupo de atenienses, resistiera en la fortaleza de la ciudad. Lo único que faltaba para que aquel día fuera perfecto era que Dracón hubiera podido escapar y estuviera de camino a Boston. Sabía que Pericles estaba en manos de Thanos y Pompeyo, pero mi amigo era muy fuerte y podría resistir algo más de tiempo.

Habíamos atravesado ya la mitad del puente cuando la vía se estrechó hasta el punto de que nuestra rueda apenas se distanciaba del filo unos centímetros.

—Tienes que bajar la marcha —dijo Julia.

Mi amiga tenía razón, podíamos acercarnos demasiado y caer al río. No sabía cuánta carga resistiría ese viejo puente. Reduje tanto la marcha que tardamos media hora en cruzar el puente, mientras escuchábamos los crujidos de la vieja estructura. Cuando llegamos al otro lado, todos respiramos aliviados.

—Lo hemos conseguido —dijo Julia, animada.

Atravesamos Brooklyn a toda velocidad, la luz comenzaba a invadir las calles cubiertas de maleza. De repente encontramos una barrera en el camino. Parecían un montón de troncos y trastos puestos en la carretera a propósito.

—Eso no estaba aquí ayer —dijo Julia.

—No —le respondí. Temía que en cualquier momento sufriéramos un asalto.

—Tenemos que bajar y apartar los troncos —dijo Julia, después hizo amago de descender del carro, pero aferré su manga con la mano.

—Puede ser una trampa, en cuanto bajemos del carromato se abalanzarán sobre nosotros —dije. Después, mirando a ambos lados, añadí—: Mejor será que tomemos uno de los caminos laterales.

Estaba intentando cambiar de rumbo cuando algo parecido a una lanza se clavó al

lado de mi pierna. Miré al frente y vi cómo un centenar de hombres-monstruos corrían hacia nosotros. No había visto ninguno desde aquella noche en la Ciudad de Brillantes. Tampoco hubiera imaginado que salieran a plena luz del día.

Los caballos se estremecieron y comenzaron a resoplar, moviéndose de un lado para el otro sin control.

—Tranquilos —dije, pero yo misma estaba espantada. Teníamos que salir de allí cuanto antes.

Apenas había logrado dar la vuelta cuando delante de nosotros apareció un batallón completo de espartanos. No teníamos salida, nos encontrábamos en medio de dos fuegos. Nuestra única oportunidad era aprovechar el efecto sorpresa. Azucé a los caballos contra los espartanos. Primero se vieron sorprendidos, después se lanzaron sobre el carro para detenernos, pero cuando vieron a los monstruos, salieron corriendo como nosotros.

Logramos distanciarnos unos metros y viré el carro a la derecha. Entramos en la calle perpendicular con demasiada fuerza y estuvimos a punto de volcar, después retomamos el camino y conseguimos rodear al ejército de monstruos sin que estos, aparentemente, se dieran cuenta. Alcancé a ver que ya estaban atacando a los espartanos.

—Después de todo, los monstruos nos han librado de nuestros perseguidores —les dije a mis amigos, intentando infundir algo de positividad.

Pero un crujido en la parte de atrás nos asustó de nuevo. Algunos monstruos se habían agarrado a los laterales del carromato y ahora luchaban con los dos piratas. Uno de nuestros atacantes murió apuñalado, pero otro logró aferrarse al cuello de Pilatos y lanzarlo fuera del carro.

—Toma las riendas —le dije a Julia cuando vi que otra de las criaturas se acercaba a mi madre.

Me metí en la parte trasera de la carreta y saqué mi espada. Le corté un brazo al monstruo, pero este apenas pareció inmutarse. Después le pegué una patada y lo lancé fuera del carro. Otros dos luchaban con Caracalla, que apenas lograba resistir. Ataqué a uno de ellos, y el pirata, al verse más libre, empujó al otro, que logró aferrarse al carro por fuera. El pirata le machacaba los dedos con la espada, pero no lograba que se soltase. El monstruo consiguió atrapar la pierna de Caracalla con una mano y ambos cayeron al suelo.

—¡Maldito seas! —le grité al último monstruo, mientras le golpeaba la cara. Sus horribles facciones parecían desaparecer con mis golpes. Al final perdió el equilibrio y cayó del carro.

Miré a Caracalla, estaba tumbado en el suelo del camino. Cuatro monstruos le estaban despedazando las entrañas, ya no podíamos hacer nada por él.

Mi madre estaba acurrucada en un rincón, su rostro mostraba temor y angustia. La abracé mientras el carromato corría a toda velocidad hasta la bahía. Teníamos que llegar antes de que el plazo se agotara.

22: Atenas, 20 de metagitnión de 2200

La muerte está tan presente en mi mundo que, desgraciadamente, la vemos como algo natural. Eso no significa que no suframos por nuestros seres queridos, tampoco que no la temamos, aunque nuestros sacerdotes nos hablen de un lugar en el que los muertos descansan. Mientras nos dirigíamos a toda velocidad hacia la bahía no dejaba de pensar que yo era la culpable de todo aquel sufrimiento. Por mi culpa habían muerto muchos de mis amigos, después la desgracia se había extendido a toda la ciudad y, más tarde, a una guerra entre Esparta y Atenas. Nuestro intento de salvar la ciudad nos había llevado a extender la guerra a Troya, Cartago y Nueva Roma. Ahora todo el mundo sufría la cólera de Thanos y ya no había dónde refugiarse.

Me sentía como la joven Helena en la antigua leyenda de Troya, por causa de una mujer se había desatado la guerra entre los griegos y se había destruido una de las más hermosas ciudades del mundo antiguo. ¿Merecía la pena pagar un precio tan alto por la libertad? ¿Y si lo único que conseguía al final era dejar muerte y desolación a mi paso?

Cuando al fin divisamos la bahía en el horizonte, nuestro tiempo casi se había terminado. Los caballos resoplaban, agotados, pero no podía frenar la marcha. Si no llegábamos antes de la hora pactada, todas esas muertes habrían sido en vano.

Al llegar al mar observé el elegante casco del buque. Su cabeza de dragón nos miraba expectante, como si intuyera nuestro regreso. El sol de media mañana hacía brillar la nave, que parecía hecha de oro puro. Paramos los caballos junto a la playa. Una barcaza nos esperaba en la orilla. Cuatro marineros aferrados a sus remos sonrieron al vernos. La mayoría de ellos pensaban que no regresaríamos, pero lo habíamos conseguido.

Ayudé a mi madre a correr hasta la barca y, cuando nos acomodamos, respiré aliviada. *Al menos he logrado alejar a mi madre de la guerra y la muerte*, pensé mientras nos acercábamos al barco.

Subimos a bordo agotadas y desanimadas, el cansancio estaba haciendo mella en nosotras. El capitán Hans no nos hizo preguntas, nos dejó descansar en el camarote y hasta la hora de la cena no tuvimos un encuentro con él.

Después de asearnos y vestirnos, veíamos todo de una manera más optimista. Además, ver a mi madre recuperada y con ropas limpias me calentó el corazón.

—Lamento la muerte de sus hombres, capitán —dije al sentarnos a la mesa.

—Agradezco tu pesar, pero la muerte forma parte del oficio de ser pirata.

—Esta es mi madre, Atenea, una de las mujeres más nobles de Atenas. Gracias a los dioses llegamos antes de que sucumbiera, aunque Castalia no tuvo la misma suerte —dije algo triste.

—Pero tenemos buenas noticias —dijo Julia para alegrar algo la velada—, un grupo de atenienses resiste en la fortaleza y saben que acudiremos en su ayuda muy pronto. Urano ha logrado cumplir su promesa. Los espartanos tienen al enemigo dentro de sus muros y no lograrán combatir dos frentes.

—Ya os comenté que los piratas no somos soldados. No sabemos nada de asedios ni nos enfrentamos a ejércitos organizados —dijo el capitán.

—Nuestro plan no es atacar a Thanos con un ejército, más bien es hacerle caer en una trampa, pero antes tenemos que conseguir la ayuda de la Hermandad de los Piratas —les dije.

—No será fácil. Somos una cofradía muy particular, cada uno de nosotros defiende sus intereses, lo único que tenemos en común es nuestro odio a Esparta y a su jefe, Thanos —dijo el capitán.

—Eso será suficiente —le respondí.

Comimos durante un rato en silencio, hasta que Julia le preguntó a mi madre:

—¿Qué sucedió? ¿Cómo se desarrolló la batalla?

Mi madre tardó un momento en responder, como si el recuerdo de aquel horror le presionara el alma.

—Logramos resistir tres días después de vuestra partida, pero la flota de Thanos logró desembarcar. Su táctica de ataque era siempre la misma: primero una lluvia de proyectiles, algunos de ellos incendiarios, y después sus arqueros disparaban sobre la muralla durante una o dos horas. Cuando conseguían romper nuestras filas, sus hombres usaban las escalas —nos relató mi madre.

—Imagino que la gente empezó a desesperarse al ver que no llegábamos con los refuerzos —le comenté.

—Siempre confiaron en vosotros. Sabían que haríais todo lo posible por regresar. Por eso resisten aún —contestó mi madre.

—¿Cuándo se produjo el asalto definitivo? —preguntó el capitán.

—La mañana del cuarto día el ataque fue terrible. Los espartanos nos lanzaron toneladas de rocas, después su lluvia de flechas y por último, concentraron su ataque en un único punto. Su ejército logró abrir varias brechas. Urano sabía que la resistencia era imposible y ordenó que nos replegáramos y entráramos todos en la

fortaleza. Bueno, yo me retrasé, Castalia estaba en nuestra casa y fui a buscarla, y para cuando intentamos refugiarnos, los espartanos habían tomado la ciudad. Nos atraparon y nos llevaron ante Thanos —terminó de narrar mi madre.

Su relato me dejó sin palabras. Thanos en persona había mandado a los calabozos del Consejo a su propia madre. Aquello demostraba una vez más que nos encontrábamos antes un monstruo, no un ser humano.

—Thanos ocupaba la silla principal del Consejo cuando entramos en la sala. Los juicios eran muy rápidos y la sentencia siempre era la misma: la muerte. Al vernos pasar, apenas hizo un gesto de rabia. Tal vez no supiera que su madre estaba en Atenas y la sorpresa lo enfureció, pero apenas mostró misericordia y compasión hacia ella. Nos mandó que nos acercáramos y cuando estuvimos enfrente de él, sin saludar a su madre, nos dijo que éramos culpables de alta traición y que la condena era la muerte, pero que no seríamos ajusticiadas hasta que se rindiera la fortaleza. Quería que nuestra ejecución sirviera de ejemplo para todos.

—Es terrible —comentó Julia.

Las palabras de mi madre me hicieron temer lo peor. Thanos era capaz de asesinar a su propio hijo, como había hecho con su madre al condenarla a muerte y encerrarla en el peor de los calabozos.

—Castalia sufrió mucho. Pasó sus últimos días sin apenas comida, durmiendo en el suelo y temblando de frío. Una mujer como ella no merecía ese final —dijo mi madre.

—Murió por lo que más amaba: la justicia y la libertad. ¿Acaso hay mayor honor? Cuántos mueren en palacios, pero sus vidas son tan viles que no merecen ser considerados entre los grandes del mundo. Castalia siempre estará en nuestra memoria y le rendiremos el tributo que se merece. Las próximas generaciones conocerán su valentía y la alabarán en las canciones y los dichos de nuestro pueblo —les dije sin poder evitar la emoción.

Mis palabras fueron las últimas que pronunciamos durante aquella cena, hasta que, antes de retirarnos, el capitán Hans comentó:

—En tres días estaremos en Boston. Si los dioses nos son propicios, espero que podamos poner vuestro plan en marcha antes de una semana. No creo que esos pobres atenienses puedan aguantar mucho más.

—Lo tengo todo pensado. Estoy convencida de que los miembros de la Hermandad de los Piratas lucharán a nuestro lado —dije mostrando una seguridad que en el fondo no tenía.

Aquella noche apenas pude dormir. Estaba agotada, pero en mi cabeza bullían tantas cosas que no lograba relajarme. Aquellos tres días se me iban a hacer eternos, cada minuto que pasaba, Thanos tomaba más fuerza y nosotros éramos más débiles.

23: Camino a Boston, 21 de metagitnión de 2200

A primera hora de la mañana me dirigí a la proa para pasar un rato con la vista perdida en el horizonte. Tenía la sensación de que el mundo poco a poco se sumía en el caos y que difícilmente las cosas volverían al punto de equilibrio de antes de los últimos Juegos de Guerra. Esparta dominaba prácticamente todo el mundo conocido y mis amigos se encontraban resistiendo en uno de los últimos baluartes que permanecían libres. Les debía fidelidad, tenía que poner en marcha mi plan y derrotar a la coalición de Thanos y Pompeyo.

Podía pasar horas meditando las cosas que me sucedían o imaginando cómo me gustaría que fuera el mundo, pero la voz del capitán Hans me sacó de mis pensamientos.

Me imagino que estarás contenta, ¿no? Tus amigos permanecen libres y tu madre a salvo.

—Sí, es mucho más de lo que le podía pedir a la Providencia —le contesté, aunque en mi mente continuaba lamentando todos mis errores.

—Fuiste muy valiente. No creí que lo consiguieras, pero me has demostrado que tienes agallas. Me recuerdas a mi hija... Se llamaba Alba, era una jovencita muy valiente —dijo el capitán.

—Muchas gracias por compararme con ella —le contesté.

—A veces los mejores son los que se marchan los primeros, aunque todos nos dirigimos inevitablemente al mismo lugar, la muerte.

—Sí, la muerte puede ser un destino terrible, pero no sirve de nada negar que terminará por alcanzarnos a todos —comenté.

—Hace tiempo que perdí las ganas de luchar, pero ahora siento que la causa que defiendes merece la pena. No será fácil convencer a los capitanes piratas. La Hermandad es un grupo cerrado que defiende únicamente sus intereses, pero debemos intentar unir a todos contra Thanos y sus secuaces —dijo el capitán.

—Han despertado tanto odio que no creo que sea difícil.

El capitán miró la costa, que parecía retorcerse sobre sí misma, formando pequeños acantilados. Nunca había disfrutado de la navegación en un barco grande, pero entendía perfectamente a la gente que termina enamorándose del mar.

—Estas costas fueron pacíficas antes del gran desastre. Mucha gente tenía en ellas su residencia. El mundo no era perfecto, pero no reinaban el caos y la anarquía que imperan ahora —dijo el capitán.

—¿Qué sucedió? —le pregunté.

—Yo no conozco todos los detalles, pero muchas familias se refugiaron en barcos, y así se fraguó la actual comunidad pirata. Vagaron por la costa buscando un sitio en el que establecerse, pero en muchos lugares continuaba habiendo radiación, algo invisible, pero que mataba a la gente y hacía que los niños nacieran deformes. En el norte, los antepasados de los piratas encontraron Boston, allí el aire estaba más limpio, pero la ciudad estaba abandonada —me explicó.

—Aquella guerra debió de ser terrible —dije, apesadumbrada—. ¿Cómo se creó la Hermandad de los Piratas?

—Al principio cada capitán actuaba en solitario, pero cuando se fundaron las colonias de Esparta y Atenas y comenzaron a comerciar con las ciudades del sur, Esparta consideró que no era bueno para ellos que otros se lucrarán, e iniciaron la persecución. Los espartanos lograron terminar con casi una docena de barcos, pero no lograron exterminarlos a todos. La comunidad pirata estableció su base en Boston, mucho más al norte. Sus perseguidores no se atrevían a ir hasta ahí. La Hermandad de los Piratas se encarga de protegernos y de que se respeten ciertas leyes, como el buen trato a los rehenes o la prohibición de que nos ataquemos los unos a los otros.

La historia de los piratas me parecía increíble. Yo los tenía por seres despiadados capaces de cualquier cosa por un poco de oro, pero tenían un código de honor estricto y sus propias normas.

—¿Cómo se convirtió usted en pirata? —le pregunté al capitán.

—Mi caso no es muy corriente. Provengo de una familia de comerciantes espartana que hace tiempo se instaló en la prospera zona de Providence. Nuestra colonia era muy rica e intentó independizarse de la metrópoli y por eso los espartanos mandaron una expedición que masacró la ciudad y nos llevó a todos a Esparta en calidad de esclavos. El barco que nos transportaba fue atacado por el León de Mar, el buque del pirata más famoso de todos los tiempos, el capitán Vasilios —me contó el capitán.

—¿Vasilios? En la escuela nos enseñaron que era el pirata más temible del mundo y que siempre sería enemigo de Esparta y Atenas —le comenté.

El capitán se echó a reír. Su vida como pirata le había enseñado que la mejor arma que tenía era infundir temor a sus enemigos.

—Vasilios me enseñó todo lo que sé. Al llegar a la mayoría de edad compré este barco y me independicé. Cuando conocí a mi esposa, Pandora, decidí dejar la

piratería. Nos instalamos en una pequeña isla llamada New Shoreham. No quería alejarme mucho del mar. Algunos de mis hombres se quedaron con sus familias en la isla. Fueron años muy felices, pero un día Thanos nos atacó con su flota. Me acusó de practicar la piratería, aunque llevaba mucho tiempo sin salir al mar. Nos encerraron a todos, también a mi esposa. Estaba embarazada de Alba. Tuvo a nuestra hija en Esparta, pero no sobrevivió al parto. Durante cinco años fui esclavo en la ciudad, hasta que logré escapar y llevarme a mi hija. Ellos dicen que somos bestias, pero vi como trataban a los pobres ilotas. Son peor que los animales, esos espartanos.

Yo también había sufrido la crueldad de los espartanos, aunque algunos querían cambiar las cosas. La historia del capitán Hans me entristeció. Era un hombre golpeado por el dolor y la muerte, por eso preferí no preguntarle por su hija.

—Aunque lo peor de todo fue hace un año, cuando perdí a mi hija en una escaramuza con los espartanos. Ya no hay nada que me ate a esta tierra.

—Lo lamento mucho —le dije al capitán. No tenía palabras para expresarle mi pena, pero me llegaba a lo más hondo del corazón.

—Cuando lleguemos a Boston presentaremos tu plan. Seguro que una mujer tan valiente como tú no se amedrenta delante de unos viejos piratas —comentó el capitán, tras darme una palmada en la espalda.

Me quedé sola de nuevo. La mañana estaba dejando paso a la tarde y la luz estaba tamizada por las nubes que comenzaron a cubrir el cielo azul. Thanos y sus hombres habían convertido el mundo en lo que era. A partir de ese momento dejé de echarme la culpa por todo lo ocurrido. Lo único que habíamos hecho mis amigos y yo era intentar terminar con las injusticias que padecían los jóvenes y con los fraudulentos Juegos de la Guerra.

24: Camino a Boston, 21 de metagitnión de 2200

Aquella noche quise compartir mi plan con todos mis compañeros. Ya lo había comentado en parte con Julia y algo le había dicho a Dracón antes de que el destino nos separase.

Nos reunimos alrededor de la mesa del capitán después de la cena. Las velas iluminaban un gran mapa del mundo conocido. Dos oficiales, el contramaestre, mi madre y Julia prestaron gran atención a mis palabras cuando comencé a explicar cada paso, aunque quería guardarme la última parte para mí de momento. Si alguien la conocía, podía echar a perder todo el asunto.

—No podemos enfrentarnos a los ejércitos de Pompeyo y Thanos a la vez. Nuestro error la otra vez fue intentar vencer a nuestro enemigo en el campo de batalla. Thanos es uno de los hombres más astutos del mundo y será muy difícil que caiga en nuestras manos, pero espero que con nuestro plan lo consigamos —dije, introduciendo el tema.

—Cuéntanos de una maldita vez esa idea, llegaremos a Boston mañana y quiero conocerla a fondo antes de presentarla a la Hermandad —dijo el capitán, impaciente.

—De acuerdo. En el fondo, el plan es muy sencillo. Cuando consigamos el apoyo de los piratas, estos vendrán con todas sus fuerzas en tres grupos. Tendrán que ser sigilosos y no llamar la atención. Julia y yo acudiremos a Atenas. Los espartanos se han hecho con casi toda la ciudad menos con la fortaleza, cosa que favorece nuestros planes. Julia y yo nos introduciremos en ella y nos aseguraremos de que Thanos se entera. Estoy segura que entonces acudirá en persona para capturarnos. Cuando llegue a la ciudad, nosotros habremos preparado a los ciudadanos que permanecen libres fuera de la fortaleza. Después convocaré a Thanos para parlamentar con él —les comenté.

—¿Qué sucede si no acude a la ciudad a hablar contigo? —preguntó el capitán.

—Lo hará. Thanos me odia con toda su alma. Cree que puse en su contra a su

madre y a su hijo —le contesté.

—¿Cuál será el desafío? —preguntó mi madre.

—Algo que no podrá rechazar, unos Juegos de la Guerra definitivos. Diez de nuestros jóvenes, incluidas Julia y yo, lucharemos contra diez espartanos. La ciudad que pierda se someterá para siempre a la otra. Thanos aceptará, porque volverá a amañar los juegos para vencernos de una manera sencilla. De esa manera, él creará que podrá hacerse con Atenas de una manera limpia, terminar la guerra y quedar ante todos como el artífice de la paz —les expliqué brevemente.

Todos parecían dudosos, como si no se terminaran de creer que Thanos fuera a aceptar esas condiciones.

—Pongamos que Thanos no acepta los nuevos juegos, ¿qué haríamos entonces? —preguntó el capitán.

—En ese caso, mientras él está parlamentando, los ciudadanos infiltrados entre la multitud y los piratas lo apresarán. Nosotros saldremos de la fortaleza y reduciremos a los espartanos que hay en la ciudad —les expliqué.

—¿Qué sucederá si acepta los Juegos de la Guerra? ¿No será eso una manera de regalarle todo el poder de nuevo? —preguntó mi madre.

—Él intentará hacer trampas, pero nosotros no estamos interesados en ganar esos juegos. Montaremos un plan que hará que Thanos se destruya a sí mismo —les comenté.

Me miraron sorprendidos. No entendían que quería decir, pero la única forma de que mi idea funcionara era ocultar por ahora los últimos detalles de la misma.

—No sé si los piratas aceptarán esas condiciones. Para ellos es como jugar a ciegas —dijo el capitán.

—Usted podrá informales de todo cuando sus barcos se dirijan hacia el estadio, pero no antes —dije, tajante.

Los oficiales y el contramaestre parecían decepcionados, pero no quería arriesgarme a que la voz se corriera. Tendrían que esperar y confiar en mí.

Aquella noche dormí algo mejor, parecía que a medida que se aproximaba el final lograba recuperar la calma perdida. Una gran paz interior me inundó. Solo yo sabía que mi talismán ocuparía un papel clave en los últimos días de Thanos y su reino de terror.

25: Camino a Boston, 22 de metagitnión de 2200

Las sorpresas forman parte de la vida. Eso era algo que había aprendido a la fuerza en los últimos tiempos, pero no lograba acostumbrarme a ello. Entre mis planes nunca había estado abandonar Atenas, aunque aquella no era la ciudad en la que anhelaba vivir y formar mi propia familia. Tampoco había planeado enamorarme de mi enemigo, en cambio aquel día en el río todo sucedió de repente. Apenas estábamos a unas pocas horas de Boston cuando el vigía divisó dos barcos espartanos que se aproximaban a nosotros.

Aquello podía significar dos cosas: una de ellas era que el destino nos facilitaba las cosas, ya que si en alguno de los dos barcos estaba Thanos y lo capturábamos, nuestra lucha habría terminado. La otra era que Thanos, una vez más, había logrado adelantársenos. Alguien le había contado nuestros planes y conocía nuestro viaje a Boston. La única persona en el mundo que se me ocurrió fue un viejo conocido, Héctor, el enano que nos había traicionado y vendido a los piratas.

El capitán comenzó a dar órdenes para que sus hombres desplegaran las velas al máximo. Necesitábamos lograr la mayor velocidad posible. Si llegábamos a la bahía de Massachusetts, los barcos de Esparta no se atreverían a atacarnos.

Los marineros desplegaron al fin las blancas velas y comenzamos a tomar más velocidad, pero nuestros perseguidores seguían recortando distancias.

—¿Cómo puede ser que nos estén alcanzando? —le pregunté al capitán, mientras este dirigía la nave desde el timón.

—Llevan un motor, por eso es muy difícil escapar de ellos. En los últimos años los espartanos han colocado motores a cuatro de sus fragatas y por eso nos están cazando como ratas —dijo el capitán.

Aquello empeoraba aún más la situación. No podríamos zafarnos de los espartanos. Tendríamos que luchar, pero estábamos en inferioridad numérica, y si nos atacaban por los dos lados a la vez no tendríamos posibilidades de sobrevivir.

Media hora más tarde los barcos de Esparta estaban arañando nuestra popa. La situación era desesperada y los piratas se preparaban para resistir el abordaje.

El capitán viró el barco hacia la costa. Como el Dragón Dorado era mucho más manejable que los barcos espartanos, nos internamos entre las islas que había antes de llegar a la Bahía. Los barcos enemigos nos siguieron, hasta que uno de ellos logró ponerse a nuestra altura.

—Tenemos que disparar antes que ellos —le dijo el capitán al contramaestre.

Los cañones del Dragón Dorado dispararon su carga de fuego a estribor y parte de la cubierta del otro barco estalló por los aires. *Al menos los piratas son más rápidos en el ataque*, pensé mientras nos dirigíamos a las cuerdas para asaltar el buque enemigo. Los piratas confiaban en el abordaje como la forma más efectiva de neutralizar a sus víctimas. Lanzaron decenas de ganchos al otro buque, por lo que los enemigos no se atrevieron a dispararles y arriesgarse a hundirse con ellos. Aunque lo que realmente nos preocupaba era el otro barco.

Julia y yo saltamos a la vez, y aterrizamos en la cubierta del buque espartano. Tuvimos que emplearnos a fondo para resistir los embates de los soldados. Aquellos eran los mejores hombres de Esparta, parecía que Thanos no quería volver a perder a su presa.

Me enfrenté a un guerrero gigantesco que no dejaba de dar vueltas a una inmensa bola de pinchos. Intenté atacarlo por debajo del torso, aprovechando mi estatura, pero él siempre lograba esquivarme. Una de las veces la bola pasó rozando mi cabeza, otra me magulló el brazo derecho. Me adelanté un paso y le hincé el arma en el costado, él se revolvió furioso y me lanzó la bola, pero logré tirarme al suelo. Después me pegué a la borda y cuando el hombre lanzó de nuevo la bola me aparté, pero el arma continuó su camino y se incrustó en la madera. Aquella era mi oportunidad. Mientras el hombre intentaba sacar la bola, le hincé mi espada en el estómago y el hombre cayó al suelo.

Julia estaba rodeada por tres enemigos que la atacaban a la vez. Salté desde mi posición sobre uno de ellos y lo derribé, después le corté el cuello y me dirigí a por el segundo. Logré eliminarlo, pero no advertí que un soldado intentaba atacarme con un hacha. Afortunadamente, Marco, el asistente del capitán, lo atacó por la espalda y el guerrero cayó a mi lado.

Parecía que al fin estábamos dominando a los espartanos cuando el otro barco disparó sus cañones contra nuestra nave. El capitán ordenó el contraataque, pero la mayor parte de los cañones habían quedado inutilizados y parte de la cubierta estaba seriamente dañada.

El capitán, con los marineros que quedaban, se lanzó a abordar el otro barco, pero era una locura intentarlo. Éramos pocos y estábamos peor armados.

Tenía que pensar en algo que salvara la situación.

—¡Capitán, no intente el abordaje! ¡Tomemos este barco y escapemos! —grité desde el timón del barco enemigo.

En ese momento dominábamos tres cuartas partes de la nave, no sería muy difícil alejarnos a toda máquina de allí mientras terminábamos de tomar el control del buque.

El capitán se lo pensó brevemente antes de tomar una decisión. Me imagino que no era fácil para él abandonar el Dragón Dorado, pero sabía que no había otra forma.

—Lanzad ganchos al otro buque y cortad los que nos unen a este —ordenó el capitán.

Su plan era inmovilizar el otro buque y convertir al Dragón Dorado en la tumba de nuestros enemigos.

Cuando los marineros soltaron por completo el barco en el que estábamos, el capitán ordenó que subieran a él los piratas que aún quedaban en su Dragón, no sin antes ordenar a las baterías que aún funcionaban que apuntaran hacia abajo, para disparar a la línea de flotación del buque espartano que nos atacaba por el otro flanco.

Un fuerte estruendo sacudió las aguas. Al instante, el buque enemigo comenzó a hundirse, arrastrando al Dragón Dorado con él, y los barcos se viraron, pero aún quedaba algo por hacer. El capitán corrió a las bodegas y puso una larga mecha a los barriles de pólvora, después salió corriendo. Tenía muy poco tiempo antes de que su barco estallara por los aires. Sus últimos hombres saltaron al buque capturado. Él corrió hacia nosotros, pero algunos espartanos cruzaron también a bordo del Dragón Dorado intentando escapar del hundimiento de su propio barco. Entonces el capitán vio al oficial que había atacado un año antes su barco y matado a su hija.

El capitán me lanzó una última mirada antes de darse la vuelta y atacar al espartano. En ese momento supe que aquel hombre había decidido morir.

Ordené que pusieran los motores en marcha y nuestro buque se alejó del Dragón Dorado. Mientras escapábamos de los espartanos, una fuerte explosión removió el agua. Miré hacia atrás y vi al capitán luchando contra su enemigo. Su valor me sobrecogió. Aquel hombre estaba muriendo por su hija, pero también se sacrificaba por todos nosotros. La mayor parte de su tripulación había sobrevivido gracias a aquel acto de heroísmo.

Unos minutos más tarde, los dos barcos comenzaban a hundirse. El Dragón Dorado realizaba un último viaje por el Hades y yo esperaba que el barquero de la laguna Estigia permitiera al capitán Hans realizar una travesía tranquila antes de desaparecer para siempre.

26: Boston, 22 de metagitnión de 2200

Yo desconocía la ley de los piratas, pero al parecer, cuando un barco se quedaba sin capitán, elegían uno nuevo entre todos. El capitán resultante de la votación sería su líder de por vida y estarían dispuestos a hacer cualquier sacrificio por él. Los marineros se reunieron en la cubierta del barco, una vez que todos los espartanos se rindieron y fueron encerrados en las bodegas. Julia, mi madre y yo nos acercamos hasta ellos, para ver cuál era su decisión. Yo temía que el nuevo capitán se echara atrás y no quisiera apoyar nuestra misión. Al fin y al cabo, por nuestra culpa se habían quedado sin barco ni capitán.

—Nuestras leyes dicen que el marinero de más edad tendrá que controlar la votación. Cualquier marinero adulto puede proponerse como candidato, después necesitará el apoyo de otros dos marineros para entrar en la votación —dijo el conrmaestre.

Marco era el marinero más viejo del barco, por lo que se puso en el centro del grupo y dijo:

—Sabéis cómo apreciaba a nuestro viejo capitán Hans. Hubiera dado mi vida por la suya, aunque sé que no es gran cosa. Este anciano ya no tiene nada que ofrecerle al mundo, pero sí quiero pronunciar mi opinión y mi candidato.

Se hizo un largo silencio, todos apreciaban mucho a Marco y sabían que era un hombre sabio.

—Muchos de nosotros somos viejos lobos de mar, personas valientes y experimentadas, pero se necesita más que eso para ser capitán de un barco pirata. Algunos de nosotros también tenemos dotes de mando y sabemos gobernar una nave, pero eso no es suficiente. Un verdadero capitán tiene que ser capaz de morir por sus hombres y luchar hasta su último aliento. Ese tipo de coraje no es común, pero yo lo he visto hoy en una persona —dijo el anciano.

Los marineros parecían ansiosos por escuchar el nombre, nosotras también

esperábamos desesperadas que Marco nos dijera de quién se trataba. El anciano se giró hacia mí y dijo:

—Helena es la mujer más valiente que he conocido. Ella ocupó este barco, tomó la decisión de usarlo para huir y nos salvó a todos. Si ella no hubiera intervenido, los espartanos nos habrían exterminado. Presento a Helena como candidata a capitana del barco.

Todos nos quedamos boquiabiertos. Se hizo un silencio incómodo, hasta que dos marineros alzaron la voz y ratificaron mi candidatura. Después se produjo la votación, todas las manos se levantaron a la vez y para mi sorpresa aquel día me convertí en la capitana de una nave pirata. Ahora pertenecía por derecho a la Hermandad de los Piratas y podía proponer mi plan y hablar ante el consejo de los hombres más duros de la tierra conocida.

27: Boston, 22 de metagitnión de 2200

Llegamos a nuestro destino al anochecer, aunque eso no significaba nada en Boston, pues era una ciudad que nunca dormía. Los piratas eran aves nocturnas, que únicamente en alta mar parecían compartir el horario de los demás mortales. Tres barcazas salieron a nuestro encuentro antes de que pudiéramos llegar al puerto. Aunque habíamos izado la bandera pirata, nuestro barco era claramente espartano. Cuando les explicamos lo ocurrido, nos franquearon el camino hasta el puerto.

A la entrada de la bahía de Massachusetts había dos pequeños castillos que controlaban el paso de los barcos y protegían el puerto de posibles ataques. Los piratas se sentían seguros en aquella ciudad. Parecía inexpugnable desde el agua, aunque también lo era desde tierra. Apenas había poblaciones habitadas desde Atenas hasta Boston. El vasto territorio vacío que las separaba era muy peligroso. Manadas de lobos, osos, leones y todo tipo de alimañas acechaban a lo largo de todo el camino. Las carreteras estaban en muy mal estado, tanto tiempo de falta de uso y cuidado las convertía en casi intransitables, además los inviernos eran muy fríos y la tierra poco fértil.

Aquella noche no queríamos salir del barco. Además de estar agotadas y tristes, no sabíamos cómo se iban a tomar mi nombramiento los piratas. Pero Marco nos dijo que la Hermandad siempre se reunía al caer el sol, nunca de día. La noticia de la muerte del capitán Hans, uno de los más respetados de la Hermandad, no tardaría en correr de boca en boca, y era mejor que los miembros de la Hermandad lo supieran por nosotros.

Marco eligió a una docena de sus mejores hombres para que nos sirvieran de escoltas. Nosotras tres íbamos en el centro, mientras los vecinos de Boston nos miraban con curiosidad. Éramos las primeras forasteras que habían visto en mucho tiempo. Además, los espartanos y atenienses no eran precisamente bienvenidos entre los piratas.

En contra de lo que me imaginaba, la ciudad estaba limpia y no imperaba el caos. Era cierto que la calle principal estaba llena de cantinas y que se veía a hombres y mujeres bebiendo cerveza alegremente, pero por lo demás parecía una ciudad como cualquier otra.

La mayor parte de los edificios estaban contruidos con ladrillo rojo, con ventanas blancas de madera y pequeños porches que aún hablaban del pasado glorioso de la ciudad. Por lo que me había contado el capitán Hans, aquel lugar era la cuna de los Estados Unidos, aunque ya no quedara ni rastro de sus orígenes. Mis recientes viajes me han hecho pensar que la ciudades mantienen cierto carácter, aunque las culturas y los pueblos que las habitan sean muy diferentes a lo largo de la historia. Nuestra ciudad, Atenas, situada en pleno corazón de lo que un día se llamó Manhattan, seguramente mantenía algo de ese cosmopolitismo de la vieja Nueva York.

Las calles empedradas me recordaron a Atenas, aunque en este lugar eran menos anchas y rectilíneas. Durante diez minutos de caminata continuamos subiendo. En la parte alta se encontraba el palacio de la Hermandad y era donde se alojaban los capitanes.

El edificio de la Hermandad de los Piratas era realmente hermoso. Su gran porche estaba sustentado por columnas dóricas de color blanco, y una escalinata de mármol custodiada por la guardia de la Hermandad ascendía hasta una inmensa puerta de dos hojas. De los grandes ventanales de los laterales salía tanta luz que parecía de día. Aquella luz no podía provenir de simples velas o de las lámparas de aceite. Ellos la llamaban «electricidad».

Entramos en el edificio algo tensas, aquel lugar parecía un templo sagrado del género masculino, y apenas vimos alguna que otra sirvienta. El amplio recibidor estaba forrado de madera y pintado de color verde esmeralda. En las paredes había cuadros antiguos de los fundadores de los Estados Unidos y una bandera hecha jirones.

Marco nos llevó hasta el gran salón. Aquel era un lugar de esparcimiento y charla, pero en cuanto nos vieron entrar se hizo un silencio absoluto. Todos nos miraron de arriba abajo, como si fuera la primera vez que vieran mujeres. La ofuscación de algunos se reflejaba en sus rostros, y cuchicheaban entre ellos.

Uno de los piratas más ancianos se acercó hasta nosotros. Parecía un venerable anciano, más que un fiero lobo de mar. El hombre nos sostuvo la mirada un rato y después se dirigió a Marco como si nosotras no existiéramos.

—¡Por todos los diablos! ¿Se puede saber qué significa esto? Este lugar no es un sitio adecuado para unas mujeres, y mucho menos para estas damas atenienses.

—Gran Vasilios, no traigo ante vosotros a unas simples mujeres. Esta es Helena, la capitana pirata del Concordia —dijo Marco.

—¿La capitana pirata del Concordia? ¿Se ha vuelto loco? No hay mujeres capitanas, y menos una ateniense —dijo Vasilios.

—Son las leyes del mar... —se atrevió a replicar Marco.

—¿Las leyes del mar? ¡Nosotros hacemos las leyes del mar! —gritó Vasilios.

El círculo se fue estrechando a medida que las voces animaban a más capitanes y oficiales a aproximarse.

—¡Saquen a estas mujeres de aquí de inmediato! —vociferó Vasilios.

Los guardias de la Hermandad rodearon nuestro grupo y mis hombres sacaron las espadas y sables. Después nos pusieron en el centro. Esperaron a mis órdenes.

—Bajad las armas —dije, asustada de escuchar mi propia voz.

Mis hombres me miraron confundidos, pero obedecieron. Los guardias no se atrevieron a dar ni un paso hasta escuchar las órdenes de Vasilios.

—Soy Helena, hija de Diácono, uno de los ancianos de Atenas. Por mis venas corre la sangre de los hombres más nobles de mi ciudad. Es para mí un honor ser ateniense y mujer, pero tomo como un honor mayor el que mis hombres me hayan elegido como su capitana. Por encima de vuestros prejuicios y bravuconadas están las normas que os habéis impuesto. Sois libres, pero esa libertad está sujeta a las leyes, sin ellas reinarían el caos y la injusticia. Hace tan solo unos meses os consideraba la peor escoria del mundo —dije sin medir mis palabras, y un murmullo se extendió por todo el salón—, pero ahora que conozco vuestra historia os tengo por los hombres más libres de la Tierra. Como miembro de la Hermandad de los Piratas, convoco una reunión para mañana por la noche.

Mis palabras cayeron en la audiencia como un jarro de agua fría a un somnoliento. Los capitanes se quedaron en silencio, se miraban unos a otros esperando una reacción, pero sin atreverse a aprobar o condenar mis palabras, hasta que Vasilios comenzó a dar palmadas y todos lo siguieron en la ovación.

—¡Maldita sea, somos piratas, no sacerdotisas de Atenea cuestionando un buen sacrificio! Mañana resolveremos esto como lobos de mar —dijo Vasilios mientras con un gesto disolvía a la gente.

Los capitanes y oficiales continuaron con sus tertulias en los distinguidos salones del palacio. Nunca hubiera imaginado que los piratas vivieran de esa manera, pero aquello me enseñaba que los prejuicios nunca son buenos consejeros.

Vasilios me apartó del resto de mi escolta, únicamente Marco, Julia y mi madre nos siguieron. Por su parte, el anciano nunca se separaba de sus dos viejos oficiales.

—He tenido una larga vida. No me enorgullezco de muchas de las cosas que he hecho, sabe el Diablo que sobrevivir en un mundo como este no es fácil. Aunque he mantenido dos principios: el respeto a mis hombres y la fidelidad a la Hermandad. Los tiempos están cambiando, de eso no hay la menor duda. Unos jóvenes se enfrentan a Thanos y todo el mundo está patas arriba —dijo el anciano. Me sorprendía que hasta allí hubiera llegado nuestra historia.

—Lo entiendo —asentí.

—Las cosas cambian, pero nosotros hemos sobrevivido a todos los cambios de este viejo mundo porque nos hemos centrado en nuestros intereses. Los piratas somos personas sencillas, solo pretendemos que nos dejen negociar y vivir —continuó

Vasilios sin dejarme explicarme.

—Sí, pero como ha dicho, las cosas están cambiando. Thanos domina casi todo el mundo conocido. No piense que el mar o esos bosques los protegerán. Los espartanos nos atacaron muy cerca de aquí, a la entrada de la bahía. ¿Qué les impide tomar esta ciudad y arrasarlo todo? Se lo diré, un grupo de atenienses que sigue resistiendo a los espartanos. —El hombre frunció el ceño, como si no diera mucho crédito a mis palabras.

Subimos por la escalinata de madera y entramos en una biblioteca. Nunca había visto tantos libros juntos. En Atenas la gente común no los poseía y los pocos que había estaban en manos de las sacerdotisas o del Consejo de Ancianos.

—¿Te sorprende ver libros aquí? Nosotros somos los herederos de lo que significaron alguna vez los Estados Unidos de América. Esta ciudad es el símbolo de las libertades, aunque ese imperio se desmoronó cuando dejó de creer en los principios que lo habían hecho fuerte. A finales de la anterior era, un nuevo imperio llamado China competía con los Estados Unidos. China logró desbancar a este país, convirtiéndose en la nueva gran potencia comercial. Los gobernantes de nuestro país reaccionaron empobreciendo a la población, robándoles sus derechos para que trabajaran más, pero no salieron de su pobreza. La nueva élite dirigente quería acumular fortunas para enfrentarse a los otros países, pero sucedió algo inesperado. En esta ciudad ardió la llama de una nueva revolución americana. Los buenos hombres y mujeres de Boston se enfrentaron de nuevo a la tiranía, enarbolando las palabras de nuestra declaración de independencia: «Sostenemos como evidentes por sí mismas dichas verdades: que todos los hombres son creados iguales; que son dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables; que entre estos están la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad; que para garantizar estos derechos se instituyen entre los hombres los gobiernos, que derivan sus poderes legítimos del consentimiento de los gobernados; que cuando quiera que una forma de gobierno se vuelva destructora de estos principios, el pueblo tiene derecho a reformarla o abolirla, e instituir un nuevo gobierno que base sus cimientos en dichos principios, y que organice sus poderes en forma tal que a ellos les parezca más probable que genere su seguridad y felicidad^[1]» —recitó de memoria el anciano.

Después señaló una de las paredes. Allí estaba enmarcada la Declaración de Independencia. Me acerqué y la observé por unos momentos. El anciano se sentó en un gran butacón de piel marrón y nos invitó a que nos acomodáramos.

—Precisamente es eso lo que defendemos —insistí.

—Una cosa es sostener una antorcha y otra provocar un incendio. La libertad es imposible en un mundo como este. La rebelión de la antigua era llevó a la guerra mundial. Los gobernantes atacaron a los gobernados y otras potencias aprovecharon nuestra debilidad para declararnos la guerra. Se utilizó parte del arsenal nuclear y bacteriológico, el mundo se convirtió en lo que ves ahora. Un yermo en el que algunas ratas sobrevivimos devorándonos unas a otras —dijo el anciano.

—Eso puede cambiar —le repliqué.

—Estos ojos viejos y cansados han visto muchas revoluciones, personas que querían cambiar el mundo, pero nadie puede enfrentarse al destino —dijo el anciano.

—La Divina Providencia puede cambiarlo todo —dije con fe.

—La Divina Providencia, como tú dices, nos convirtió en lo que somos. ¿Por qué querría ahora de nosotros justo lo contrario? —me preguntó.

—Usted mismo lo ha recitado. «Cuando una forma de gobierno se vuelve destructora de estos principios, el pueblo tiene derecho a reformarla o abolirla, e instituir un nuevo gobierno».

El anciano se quedó pensativo. Después levantó la vista y, mirándome directamente a los ojos, dijo:

—Mañana por la noche se reunirá la Hermandad de los Piratas, y yo hablaré en contra de cualquier cosa que ponga en peligro esta ciudad. Si quieres que te ayudemos a escapar de Thanos, tendrás nuestro apoyo, al fin y al cabo la mayoría de nosotros somos proscritos que en algún momento salimos del sistema, pero no llevaré a los piratas a la guerra para que los masacren. Sé lo que pasó en Nueva Roma, no sucederá eso en Boston.

La conversación había terminado. Vasilius nos había dejado muy clara su postura. Aquello suponía un fracaso casi seguro, pero no soy de las personas que se desaniman fácilmente. Salimos de la biblioteca y bajamos las escaleras. Nuestra escolta nos acompañó por las calles de la ciudad hasta que estuvimos todos en el barco.

—¿Qué piensas hacer? —me preguntó Julia.

—Creo que tenemos que intentar impresionar a la Hermandad. Se sienten muy seguros entre estas murallas, pero es una falsa sensación de seguridad —le respondí.

—Te apoyaremos en cualquier cosa que intentes —dijo Marco.

—Gracias. Será mejor que descansemos, mañana será un día muy largo.

Todos se retiraron a sus cuartos, pero yo me quedé en cubierta. Contemplé al Concordia bajo la luz de la luna. Aquel era mi barco, nunca había poseído nada en la vida, pero no era el afán de acumular bienes lo que me reconfortaba. Lo veía como un instrumento de la Providencia en mis manos para lograr un fin, la libertad de Atenas.

Apreté el collar que llevaba alrededor del cuello, quería que me diera fuerzas. No podía olvidar que era la elegida desde mucho antes de nacer, que mi misión en la vida era salvar mi ciudad y devolver la justicia y la libertad a la Tierra. Aquel pensamiento me hizo estremecerme, me veía pequeña e insignificante para una misión tan grande. Deseé que Dracón estuviera allí conmigo, que me estrechara entre sus brazos y me susurrara al oído palabras de amor, pero estaba sola y tenía que ser fuerte.

28: Boston, 23 de metagitnión de 2200

Aproveché toda la mañana y parte de la tarde para preparar mi discurso, aunque sabía que necesitaríamos mucho más que palabras para convencer a los miembros de la Hermandad de los Piratas. Vasilios era el capitán más respetado y el decano de la Hermandad, que él estuviera en contra suponía un fuerte escollo para nosotros. No quería enfrentarme directamente con Vasilios, si la gente percibía que era una disputa personal, todos apoyarían al capitán. Mi plan consistía en que la gente eligiera entre la forma antigua de hacer las cosas y una nueva.

Julia me ayudó con los preparativos. Ordené a mis hombres que hicieran una gran caja de madera y que después la cargaran sobre un carro tirado por dos bueyes. La caja tenía que ser hermética y nadie debía conocer su contenido.

Marco se encargó de reunir a un pequeño número de capitanes piratas jóvenes que no estaban de acuerdo con la estrategia de pasividad de la Hermandad frente a Esparta. Uno de ellos me hizo una revelación que me ayudaría mucho a la hora de preparar mi alegato.

Mi madre se pasó el día implorando a Atenea y me arregló un traje de capitán de color púrpura, con bordados de oro, rematado en una falda larga.

Cuando el sol se puso, marchamos en procesión hasta el palacio de la Hermandad de los Piratas. Veinte hombres abrían el grupo con antorchas encendidas, después estaba el carro con los bueyes que transportaba la gran caja y nosotras caminábamos detrás, con una escolta de otros veinte marineros.

La gente se arremolinaba para vernos, era la manera que teníamos de llamar la atención y conseguir que los piratas se interesaran por la asamblea. Al no ser capitanes, no podían votar ni hablar, pero su presencia podía incomodar a los miembros del consejo.

Cuando llegamos hasta las puertas del palacio, Hermes, el presidente de la Hermandad de ese año, nos recibió furioso.

—¿Qué es este teatro? ¿Se puede saber qué escondes en esa caja? —preguntó.

—Ninguna norma impide que traiga una caja a la Hermandad, simplemente necesito algunas cosas para pronunciar mi discurso —le dije con la voz calmada.

—¡No puedes meter eso en la sala! —gritó Hermes, pero cuando observó cómo lo miraba la multitud, terminó por ceder.

Mis hombres llevaron la gran caja a la parte de atrás. Después, con unas largas barras metidas en unas anillas, los cuarenta hombres levantaron la caja y la llevaron hasta la parte del escenario.

Los capitanes y oficiales fueron llenando el anfiteatro. Todos se quedaban mirando la caja, pero nadie se atrevió a acercarse a ella. Diez de mis marineros la custodiaban.

Cuando Vasilios entró, muchos de los capitanes se pusieron en pie en señal de respeto. Él pasó por el pasillo central con la barbilla levantada y únicamente se paró cuando llegó a mi altura; me miró desafiante y se sentó en la primera fila.

Los únicos que estaban sentados a mi lado eran Marco y dos de mis oficiales. Julia y mi madre tuvieron que quedarse en la parte alta, donde podían sentarse los marineros.

El salón estaba repleto, se escuchaba un fuerte murmullo de expectación, pero cuando el presidente de la Hermandad mandó guardar silencio todos se callaron.

La sala estaba iluminada, aunque en la calle la noche ya se había adueñado de la ciudad.

—Hermanos, nos hemos reunido hoy para tratar un asunto presentado en la asamblea por la capitana Helena, del buque Concordia. Helena nos expondrá su petición y podrán interpedarla hasta tres miembros de la hermandad. Ella tendrá derecho a una última intervención antes de la votación. Esas son las leyes de la Hermandad de los Piratas —dijo Hermes.

Mi corazón empezó a latir a toda velocidad cuando escuché mi nombre en la sala. Me puse en pie y bajé las escaleras intentando no mostrar ningún sentimiento. Después subí al estrado y miré a la multitud. La gente me observó expectante, aunque algunos sonreían con malicia al verme algo nerviosa.

—Hermanos, algunos de vosotros no me conocéis, soy la última capitana que ha ingresado en esta gran Hermandad de los Piratas, y para mí es un honor ser una más de vosotros —dije subiendo el tono de voz, para que todos pudieran escucharme bien—. Los que no hemos nacido en Boston, aquellos que nunca antes habíamos sido piratas, teníamos esta ciudad por una cueva de malhechores y ladrones. Eso es lo que nos han enseñado en nuestras escuelas, pero no es verdad. En estos días he descubierto que habitáis en la ciudad de la libertad. Vosotros sois los únicos en el mundo en poder otorgaros el honroso título de hombres libres. Yo me crié bajo el yugo de Esparta. A pesar de pertenecer a una antigua y noble familia, viví como una esclava. Por eso aprecio más que nadie la libertad. Son aquellos que han sufrido la opresión, los que mejor pueden apreciar la dulzura de la libertad. Ahora soy libre,

verdaderamente libre. Pero ¿de qué sirve ser libre si el mundo está bajo la mayor de las tiranías? ¿Qué mérito tiene declararse independiente de Esparta, pero vivir en una jaula de oro? Hermanos, os pido que os unáis con nosotros en la lucha por la libertad contra la tiranía de Esparta. Es el momento de romper las cadenas y hacernos dueños de nuestro destino —dije con la voz entrecortada por la emoción.

Se escucharon dos o tres aplausos dispersos, que dieron paso a una tímida ovación. El mensaje no parecía haber penetrado en los corazones de los piratas.

Un capitán al que no conocía se puso en pie y me sustituyó en el estrado. El hombre era delgado y alto, con el pelo gris y la cara hundida, que acentuaba sus rasgos angulosos.

—La hermana Helena nos ha hablado de libertad, pero ella no sabe del alto precio que hemos pagado. Todos nosotros hemos perdido hijos, hermanos o padres en la lucha por esa hermosa palabra. No hay libertad sin que paguemos un precio alto, el precio de nuestra propia sangre. Somos hombres libres, sin duda, pero los piratas somos ante todo hombres independientes. No tenemos leyes, tampoco reyes o nobles. Nuestros marineros nos eligen por ser valientes y estar dispuestos a morir por ellos, pero esta no es una república, tampoco una oligarquía o una monarquía. Helena nos pide un sacrificio, pero nosotros los piratas únicamente ofrecemos nuestra sangre por los hermanos. Nuestra causa no es la de la libertad como concepto, tal y como la entienden el resto de los mortales. Nuestra libertad está en los cielos que nos cubren, los inmensos océanos y en el poder de las olas. No somos un ejército, tampoco una nación. Cada uno de nosotros sirve a una bandera y a un país, pero está dentro de nuestras almas. No abandonemos todo eso por palabras bonitas de quien no nos conoce —dijo el hombre. No podía negar la elocuencia de su discurso, ni tampoco la gran ovación que lo siguió.

Uno de los capitanes jóvenes con los que había hablado esa mañana se puso en pie y se dirigió al estrado. Levantó la vista y tardó un rato en comenzar su intervención, como si quisiera calmar los ánimos.

—Los piratas somos desconfiados, tozudos y muy celosos de nuestra independencia. Esas son características que derivan de nuestra forma de vida, pero también son nuestra debilidad. Los espartanos extienden sus fauces por todo el mundo conocido. Dentro de poco se fijarán en nosotros, ya que nuestra existencia desafía su hegemonía. Cada vez que uno de nosotros asalta uno de sus buques o un pueblo costero, el mundo recibe la noticia de que hay maneras de resistir la tiranía y enfrentarse a los poderosos. Las cosas están cambiando y por una vez tendremos que sacrificar un poco de esa independencia para poder sobrevivir —dijo el joven. Varios grupos de capitanes lo aplaudieron, pero la mayoría parecía continuar decantándose por las ideas de Vasilios.

Temía la intervención del capitán decano. La balanza estaba ya tan en nuestra contra, que sus comentarios podían terminar de hundirnos, pero el viejo zorro cometió un error. Se sentía tan seguro de su victoria que no fue lo suficientemente

vehemente al expresar sus opiniones.

—Hermanos y hermanas, todos los que se han dirigido hoy a esta asamblea son dignos de apoyo y aprecio. En el fondo, buscamos, cada uno a su manera, lo mejor para la ciudad de Boston y esta Hermandad. Helena es una mujer valiente y, al ser elegida por sus hombres, una capitana pirata legítima. Todos hemos escuchado relatos de cómo se enfrentó a Thanos y de la formidable batalla que libró para defender Atenas. Sentimos que su pueblo sucumba ante el opresor espartano. Esparta es nuestra enemiga. Esa ciudad representa todo lo que nosotros despreciamos: esclavitud, injusticia, tiranía y ambición. Nos gustaría que Thanos pagara por todas sus culpas, que los espartanos probaran el amargo sabor de la derrota, pero, amados hermanos, no podemos cambiar los planes de los dioses. Nuestro deber es cuidar de nuestra ciudad y nuestros barcos, las luchas heroicas se las dejamos a otros —dijo Vasilios.

La sala puesta en pie prorrumpió en aplausos. Parecía que nuestra causa estaba perdida. Cuando el presidente me dio paso de nuevo, intenté animarme. Levanté los hombros, puse una sonrisa en mi rostro y me dispuse a enfrentarme a mi destino.

—Los piratas no deben caracterizarse por ser nobles ni defensores de las causas perdidas. El mundo es lo suficientemente duro como para que nosotros intentemos cambiarlo. No apelo aquí a vuestra nobleza ni al buen corazón de los piratas. No hablo de la libertad de los atenienses, hablo de la vuestra. ¿Sabéis lo que contiene esa gran caja? —pregunté mientras un gran murmullo se extendía—. Esa caja guarda vuestro destino.

Con una señal de mi mano se abrió la caja, cayendo los cuatro costados. Se hizo un gran silencio, muchos se pusieron de pie para mirar y se quedaron petrificados.

—Estos son los restos del Dragón Dorado, el buque más poderoso de esta Hermandad, capitaneado por el hombre más valiente de Boston. Vosotros lo conocíais, yo tuve la oportunidad de luchar a su lado. El capitán Hans me traía con él, porque creía en vosotros. Sabía que en vuestros corazones piratas latía con fuerza la dulce canción de la libertad. Él quería que nos uniéramos, y no por los atenienses, tampoco por el resto del mundo, quería que nos uniéramos para conservar nuestro estilo de vida. En este edificio guardáis las reliquias de una nación que se extinguió porque se olvidó de los principios que defendía. ¿Pereceremos también nosotros? El Dragón Dorado fue hundido a la entrada de la bahía de Massachusetts. Todavía puede verse parte de su mástil, y la bandera pirata ondeando poderosa contra el viento. Si nosotros no vencemos a Esparta, ella ya nos habrá vencido. Tenemos que vengar la memoria del capitán Hans y dar una lección a esos espartanos, para que no piensen que pueden venir a nuestra casa y matar a uno de los nuestros —dije casi sin aliento. Mis amigos habían recuperado la bandera y un pedazo del dragón que adornaba la proa.

La multitud se puso en pie al grito de venganza. Vasilios me miró atónito, su seguridad lo había hecho demasiado confiado. El presidente quiso poner orden, pero

la gente no se calló hasta que comenzó la votación. Unos minutos más tarde, la Hermandad de los Piratas se había comprometido a luchar contra Esparta y destruir a Thanos. Mi plan comenzaba a tomar forma, aunque sabía que únicamente habíamos salvado el primer escollo.

Julia y mi madre bajaron a abrazarme, Marco parecía exultante de alegría. Los capitanes jóvenes nos rodearon jubilosos y decenas de marineros nos felicitaban, pero cuando miré de nuevo a Vasilios y sus partidarios, supe que las grandes victorias siempre esconden pequeñas amenazas. Grietas casi invisibles, que bajo la presión terminan por abrirse y poner en peligro todo el edificio. No estaba dispuesta a bajar la guardia. No descansaría hasta que Thanos mordiera el polvo, aunque para ello tuviéramos que convocar los últimos Juegos de la Guerra.

Tercera Parte

Los últimos juegos

29: Camino a Atenas, 27 de metagitnión de 2200

Nos costó tres largos días organizar la fuerza expedicionaria. Los piratas eran valientes y fuertes, pero la disciplina y la organización no se encontraban entre sus talentos. Por otro lado, el espíritu poco colaborador de Viriato no ayudó mucho a agilizar las cosas. La fuerza expedicionaria estaba dividida en tres grupos. El primero debía salir conmigo aquella misma mañana, los otros dos partirían con seis horas de diferencia. No queríamos ser detectados y, el movimiento de casi un centenar de barcos pondría sobre aviso a las patrulleras de Esparta.

El trabajo en aquellos días fue tan extenuante que apenas tuve tiempo de pensar en Dracón. El hecho de que no nos hubiéramos visto en Boston acentuaba las posibilidades de que su padre lo hubiera capturado. También me preocupaban Urano, mi hermano y el resto de atenienses que resistían en la fortaleza. Llevaban varios días sin noticias nuestras y, aunque nuestra intención era llegar lo antes posible a Atenas, aún nos quedaban dos días de viaje.

Cuando Julia entró en el camarote, yo apenas le dirigí una mirada, seguía concentrada en el mapa.

—Todo marcha bien, los barcos mantienen la velocidad, espero que logremos ganar el día que necesitamos —comentó mi amiga.

—Si ganáramos dos días sería mucho mejor —contesté.

—Eso tendrás que pedirselo a Eolo, el dios del viento —dijo sonriente.

Yo la miré muy seria, me tomaba todo aquello con la gravedad que merecía. La vida de nuestros amigos estaba en juego, también la libertad de Atenas.

—Desde que asumiste el mando pareces otra persona —dijo Julia.

—¿A qué te refieres? —le pregunté.

—Siempre estás de mal humor, te enfadas por todo. ¿Crees que eres la única que está preocupada? Pericles está preso, Dracón posiblemente también, y no sabemos qué habrá pasado en Atenas. Todos sufrimos por ellos, Helena. No llevas en tu

espalda el peso de todo el mundo —me dijo Julia.

—Tienes razón. Creo que la tensión está acabando conmigo. Me gustaría dar un salto y encontrarme allí, cada minuto que perdemos hace que nuestras posibilidades de triunfar disminuyan. Por desgracia ya ha muerto mucha gente y muchos más tienen que morir todavía, pero al menos que no sea en vano —dije mientras notaba un nudo en la garganta. Llevaba tanto tiempo controlando mis sentimientos que estaba a punto de explotar.

Julia me abrazó, y con ese sencillo gesto me sentí aliviada. Necesitaba el contacto con otro ser humano, pero durante aquellos días había rehusado acercarme a nadie, incluso a mi madre.

—Tengo algo que te alegrará —dijo Julia.

No sabía a qué se refería, pero mandó entrar a dos marineros. Llevaban una especie de mochilas muy grandes.

—¿Qué es eso? —le pregunté.

—Son unas alas. Nos servirán para entrar en la fortaleza y reunirnos con Urano y tu hermano. Nos lanzaremos desde una de las torres de la Ciudad de Brillantes, en media hora sobrevolaremos Atenas y aterrizaremos en el torreón —dijo Julia.

—¿Te has vuelto loca? Nosotras no sabemos manejar esos aparatos —le dije sorprendida.

—Nos ayudará uno de los capitanes, él es un especialista. No podemos entrar por la puerta de la muralla ni atravesar las filas del ejército enemigo, la única manera de entrar sin ser capturadas es por el cielo —dijo Julia.

Parecía muy convencida de su capacidad para volar, pero aquella idea era descabellada. Los espartanos llevaban tiempo utilizando unas máquinas voladoras con aspas, pero seguían estrellándose de vez en cuando, por fortuna para nosotros. Aunque nosotras habíamos visto volar alguno de esos aparatos en nuestra huida hacia Boston.

—Me dejas desconcertada. Intentaremos usar esas cosas, pero ahora déjame que haga algunos cálculos —le dije con una sonrisa.

Cuando me quedé sola, me asomé al ventanuco del camarote. El mar estaba en calma, pero esa paz no duraría mucho. El grueso de los barcos esperaba a la entrada de la bahía mientras un reducido grupo nos dirigiríamos hacia el norte. No queríamos volver a cruzar el puente de Brooklyn. Aquella zona estaba infestada de monstruos, y además los espartanos debían haber reforzado la vigilancia del puente. En poco más de un día teníamos que llegar a Atenas, después pronunciaríamos el desafío, y esperábamos que los juegos empezaran dos días más tarde. Los piratas tenían que estar preparados para actuar el cuarto día, justo a mitad de la primera jornada de los Juegos de la Guerra. Thanos aparentaría normalidad en los juegos, aunque no tardaría mucho en intentar amañarlos. Cada una de las partes del plan debía cumplirse con precisión, un pequeño retraso o un fallo tiraría por tierra todas nuestras previsiones.

Respiré hondo y pensé en Dracón, su figura esbelta y morena pareció

materializarse en mi mente. Sabía que lo volvería a ver, nuestros destinos volverían a encontrarse muy pronto.

30: Camino a Atenas, 29 de metagitnión de 2200

Llegamos a las afueras de Atenas el penúltimo día del mes de metagitnión. No habíamos sufrido ningún percance durante el viaje y todos los barcos estaban intactos. Ahora comenzaba la segunda parte del plan, que consistía en conseguir entrar en la fortaleza. Yo sabía que Thanos tenía tantas ganas de atraparme que mi sola presencia lo atraería como la miel a las moscas.

Todos los barcos entraron por Long Island, aunque el Concordia fue el único que se aproximó a la costa para que pudiéramos bajar. La despedida no fue fácil. Mi madre y yo teníamos que separarnos de nuevo. Apenas llevábamos unos días juntas y me preocupaba su estado de salud, no había logrado recuperar todas sus fuerzas y continuaba estando muy delgada.

—Por favor, cuidaos, espero que todo salga bien. Dile a tu hermano que lo quiero mucho y que cuando esto termine, nada volverá a separarnos. Una vez os tuve que dejar por aceptar las normas del Consejo, pero nada os volverá a separar de mí —dijo mi madre entre sollozos.

—Lo traeré sano y salvo —le contesté.

Hacía algún tiempo que ninguna de las dos mencionábamos a mi padre, sabíamos que las cárceles de Esparta terminarían con su salud, si es que Thanos no había decidido matarlo secretamente. Diácono era uno de los hombres más sabios de Atenas y no habría tardado en reconstruirla de salir con vida de su cautiverio, pero Thanos preferiría verlo muerto antes que dejar que nuestra ciudad volviera a tener algún día un nombre en el mundo.

Intenté acortar la despedida, ya era demasiado dolorosa como para que siguiéramos lamentándonos de nuestra situación. En ese momento necesitaba resolución, valentía y una mente fría que me ayudara a tomar decisiones. El viaje podía ser muy peligroso. Teníamos que atravesar una ciudad llamada White Plains y cruzar por el puente más al norte. Desde allí subiríamos a uno de los edificios de

cristal y nos lanzaríamos hacia Atenas.

Llegamos a la costa y caminamos con paso rápido durante tres horas. Aún era pronto, y no sentíamos el húmedo calor de la tarde, estábamos descansados y deseosos de llegar al puente antes de que se hiciera de noche. Al ir a pie podíamos sortear los obstáculos con facilidad, aquella parte del mundo estaba prácticamente desierta. Únicamente se veían algunas pequeñas granjas con vallas de alambre muy altas.

En la antigüedad, toda esa zona había sido un lugar de esparcimiento de la gente rica y estaba rodeada de praderas y pequeños bosquesillos. Las hojas comenzaban poco a poco a tomar sus tonos rojizos, en aquel otoño adelantado, y uno casi se dejaba embargar por la placentera sensación de estar de excursión, pero en los bosques aguardaban todo tipo de animales salvajes. Esperábamos que no nos molestaran, aunque teníamos que tener cuidado de no separarnos y encontrar un sitio para pasar la noche.

Después de comer seguimos caminando hasta un pequeño pueblo. Las casas estaban cubiertas de musgo, enredaderas o invadidas por árboles y zarzas. Se trataba de la ciudad de White Plains, que se encontraba a medio camino entre el puente y el lugar en el que habíamos desembarcado. Eso significaba que habíamos calculado mal y que debíamos pasar toda la noche caminando para lograr nuestro objetivo, pero la oscuridad era muy peligrosa.

—Descansaremos tres horas en algún sitio seguro y reemprenderemos el viaje —les comuniqué a mis hombres.

Se quejaron un poco, estaban agotados. Los piratas son hombres de mar y no están acostumbrados a largas marchas. Nos metimos en un edificio alto, de los pocos que quedaban en pie. Se conservaba en bastante buen estado. Cuanto más lejos estuviéramos del suelo, más a salvo estaríamos de alimañas y ladrones.

Después de comer algo de pan y jamón, la mayoría de los hombres se echaron para descansar un poco, pero yo me quedé haciendo guardia. Uno de los piratas se acercó y comenzó a charlar conmigo.

—Es peligroso caminar de noche por el bosque —dijo Benjamín, el oficial del grupo.

—Lo sé, pero no nos queda más remedio —le comenté.

—La carretera se conserva bastante bien en esta zona, será mejor que caminemos por el centro. Si llevamos algunas antorchas, amedrentaremos a los animales salvajes, aunque puede que eso atraiga a merodeadores —dijo Benjamín.

—Tengo más miedo a los leones y los lobos que a los ladrones —le confesé.

El pirata se rio. Al fin y al cabo, ellos tenían la reputación de ser los mejores ladrones.

Tras el breve descanso reemprendimos la marcha. Antes del amanecer llegaríamos al puente. No sabíamos si se encontraba en buen estado o no, en cierto sentido era cuestión de suerte.

Antes de llegar al puente debíamos atravesar un tramo de bosque. En esa zona no se veían praderas ni granjas, no había rastros de civilización por ningún lado. La carretera había sido engullida en parte por la vegetación y nos apretábamos unos contra otros, temerosos de que algo o alguien saliera de entre la negrura de los árboles.

Llevábamos dos horas de marcha y aún nos faltaban otras dos para llegar al puente cuando escuchamos unos ruidos. Estábamos convencidos de que se trataba de animales, en aquella zona tan apartada no podían vivir personas.

—Alumbrad allí —les dije a los hombres. Julia y yo preparamos nuestros arcos, dispuestas a acribillar a cualquier ser que se aproximara al grupo.

Escuchamos un rugido. No era ni de un león ni de un lobo.

—¿Qué es eso? —preguntó Julia.

Una gran sombra se acercó, erguida, hasta nosotros. Otras dos parecían moverse por los lados. Algunos de los marineros comenzaron a temblar. No llevábamos armas de fuego y las flechas parecían insuficientes para aquellos animales.

—Son osos —dijo lentamente Benjamín.

No era muy frecuente encontrárselos de cara, solían ser bastante tímidos y cazar presas más pequeñas que el hombre, pero aquellos debían de estar hambrientos.

El macho era muy grande y se lanzó a por nosotros el primero, las dos hembras atacaron por los lados, como si estuvieran siguiendo una estrategia preestablecida. Julia disparó una flecha al macho, que le rozó el hocico, yo disparé también y lo alcancé en una de las extremidades superiores. El animal pegó un gran rugido y se lanzó sobre mí. Atravesó la barrera de hombres a zarpazos y me derrumbó. Noté un fuerte dolor en el costado, pero logré sacar mi cuchillo y hundírselo en el cuello. El animal no dejaba de moverse y lanzar zarpazos al aire. Algunos de ellos alcanzaron a los piratas y otros pasaron rozando mi cara o brazos. Estaba segura de que si me alcanzaba de lleno, me mataría.

—¡Aguanta, Helena! —gritó Julia desde detrás del oso. Después se subió a su espalda y comenzó a acuchillarlo con todas sus fuerzas.

El animal se revolvía y gemía mientras la sangre comenzaba a rodear su espalda peluda y caer sobre mi cuerpo. El peso de los dos me estaba asfixiando y noté que iba a perder el conocimiento. De repente todo comenzó a darme vueltas y me desmayé.

31: Camino a Atenas, 1 de boedromión de 2200

Me desperté con un fuerte dolor en el costado. No recordaba casi nada, únicamente los osos atacándonos y uno que se abalanzaba sobre mí. Estábamos en un edificio y escuchaba voces a mi alrededor. Reconocí una de ellas, era la de Julia.

—Se está despertando —dijo, nerviosa.

La miré por unos instantes. Su cara pálida parecía más blanca a luz del día y dos largas ojeras manifestaban su agotamiento.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó.

—¿Dónde estamos?

—Cerca del puente. Hicimos una camilla con una tela y dos troncos. Hace un par de horas te limpié la herida, pero parece que se está infectando —dijo Julia.

Aprecié su sinceridad, pero aquello únicamente significaba una cosa. No tardaría en empeorar y morir. Todo aquel largo viaje, las luchas y desvelos, todo había sido en vano. Iba a morir por un zarpazo de oso. No dejaba de ser irónico. Los seres humanos nos afanamos por conseguir cosas, solucionar problemas y pasamos gran parte de nuestra vida temerosos de lo que pueda suceder. De repente un percance fortuito termina con toda esa angustia y desaparecemos.

Por un lado creía que el mundo me necesitaba. Si no se ponía en marcha el plan, Thanos terminaría de conquistar Atenas y ya no quedaría más esperanza, pero por otro lado pensaba que la vida siempre busca salidas. La injusticia no dura eternamente, los tiranos mueren o son derrotados. Yo era únicamente una pieza en un gran puzzle, ahora otra tendría que ocupar el hueco que mi muerte dejaría.

—Déjame aquí y continúa con la misión. Cuando llegues a la fortaleza, que todos anuncien que Helena está en Atenas. Tú te teñirás el pelo y ocuparás mi lugar. El odio de Thanos lo cegará y cuando se dé cuenta del engaño, será demasiado tarde —le dije casi sin aliento.

—No puedo hacer eso. ¿Cómo voy a abandonarte? —preguntó Julia, angustiada.

—¿Cómo vas a abandonar a Urano y a mi hermano? ¿Dejarás morir a todos esos atenienses? ¿Permitirás que Pompeyo vuelva a gobernar Nueva Roma a su antojo? —le pregunté.

Julia comenzó a llorar. En aquellas pocas semanas había tenido que enfrentarse a muchos desafíos, pero por primera vez en mucho tiempo, había dejado de estar sola. Yo era su única amiga, si me perdía ya no le quedaría nada.

—Mi madre no te abandonará. También tienes a mi hermano y al resto. Nunca más serás una buhonera, vagando sola por los caminos —le dije, como si hubiera leído sus pensamientos.

—Gracias, pero no puedo hacerlo —me contestó.

—Te lo ordeno —dije incorporándome, pero un fuerte latigazo en el costado me hizo tumbarme de nuevo.

—No hagas esfuerzos —me dijo.

—Voy a morir, ¿no lo entiendes? Salvaos vosotros y salvad mi ciudad —imploré.

Mi amiga se puso en pie. Su mirada triste me rompió el corazón, pero no había otra alternativa. Nos estábamos despidiendo para siempre. Cuando salieron del cuarto y me quedé sola, lloré como una niña asustada. ¿Acaso no es exactamente lo que yo era? Mi vida había sido corta pero intensa. Dicen que los amados de los dioses mueren jóvenes. Entonces recordé la profecía del oráculo. Esta vez se había equivocado, yo no podía salvar al mundo, apenas podía respirar y soportar mi propia muerte.

32: Camino a Atenas, 1 de boedromión de 2200

La agonía parecía muy larga. Yo imaginaba que morir era sencillo, simplemente irte quedando dormida hasta que dejabas de existir. Después, abrir los ojos en otro lugar. Un sitio mejor en el que ya no tuviéramos que sufrir, pero sentía terribles dolores y apenas podía respirar.

Entonces noté una presencia a mi lado. Al principio pensé que era mi madre, como si hubiera intuido el peligro y hubiera venido hasta allí para cuidarme, pero sabía que eso era imposible. Después imaginé que era un ser divino, pero aunque lo parecía en parte, para mí no dejaba de ser humano. Su rostro brillaba, su mirada transmitía una paz que me quitó de inmediato el temor. Su mano se posó sobre mi frente y experimenté un alivio repentino, como si me bajara la fiebre.

—No temas —dijo aquel ser misterioso. Su voz parecía nacer en mi mente y no en sus labios, pero lo entendía con claridad.

—No tengo temor —le contesté.

—La muerte no puede llevarte. Fuiste elegida para cambiar el rumbo del mundo. Muy pocos nacen con esa señal en la frente, muy pocos nacen para construir, amar y devolver al mundo su esperanza. He estado contigo desde el principio, desde que te lanzaste a aquel río helado, pero te conocía desde antes de que nacieras —dijo el hombre.

Apartó su mano de mi frente y pude ver su palma abierta y sangrante. Después caminó unos pasos y se alejó. La fiebre comenzó a subir de nuevo y me puse a tiritar. Entonces alcé mi voz, desesperada:

—No me dejes morir.

Comencé a llorar, a suplicar. La vida parecía triste, difícil y repleta de sinsabores, pero era lo único que tenía. Además, debía cumplir mi misión. Entonces vi el talismán en mi mente, con claridad. Aquel oráculo me lo había entregado con un objetivo. Lo saqué de debajo de la armadura y lo apreté con fuerza. Después tiré de la

cadena y lo sostuve en la mano unos instantes.

—Por favor, ayúdame, quienquiera que seas —dije en voz alta.

Después coloqué el collar sobre mi herida. Noté como si me quemara el costado, pero al instante el profundo corte se cerró y dejó de supurar. Poco a poco la fiebre remitió y recuperé las fuerzas. Me puse en pie e intenté andar. Me sentía débil, pero conseguí dar unos pasos.

No llegaré a tiempo, me dije.

Tomé el collar y golpeé con él mi pecho. Una gran energía me invadió de repente. Las fuerzas regresaron a mí, como si hubiera descansado durante días. Tomé mi mochila y mi espada, me colgué el arco y corrí. Bajé las escaleras de dos en dos, continué corriendo por la calle hasta el puente y seguí corriendo durante horas sin sentir fatiga ni agotamiento. Había vuelto a la vida y ahora iba en pos de mi destino.

33: Camino a Atenas, 1 de boedromión de 2200

Afortunadamente, ya había determinado qué torre de la Ciudad de Brillantes sería la más adecuada para que nos lanzáramos en aquellos aparatos voladores. Mientras caminaba por las calles flanqueadas de imponentes edificios, mi mente no dejaba de pensar en todo lo que había sucedido. En las aventuras que había vivido y cómo todo aquello había tenido un sentido.

Cuando divisé la torre, miré hacia arriba, pero no logré alcanzar a ver la azotea. Subí las escaleras a toda prisa con la esperanza de que mis hombres y Julia estuvieran allí todavía, pero al llegar a la última planta lo único que vi fueron restos de comida y algunas cuerdas junto a las fundas de las alas.

No quería caer en el desaliento. Armé el aparato como me habían enseñado y después me preparé para saltar. Miré el abismo y dudé por unos segundos. Una vez en el aire, ya no habría marcha atrás, y tendría que esquivar varios edificios hasta llegar a la zona despejada.

Retrocedí un poco, tomé impulso y me lancé con todas mis fuerzas. Mis pies corrieron por la azotea, hasta que lo único que hubo debajo de mis sandalias fue el vacío. Noté el vértigo de la ingravidez, pero también el cosquilleo que me producía volar sobre los árboles. Abrí los ojos y vi el edificio de enfrente, que parecía venir a toda velocidad hacia mí. Giré a la derecha y logré esquivar el primer obstáculo. Un minuto más tarde ya había superado todos los edificios y volaba hacia Atenas.

El mundo estaba a mis pies. Flotaba literalmente entre las nubes. Nunca confié del todo en que aquello funcionara, pero estaba siendo una de las mejores experiencias de mi vida.

Durante casi media hora volé sobre los bosques del norte de Atenas. En poco tiempo llegaría a la fortaleza. En ese momento, solo había dos cosas que me preocupaban. Una era la forma de controlar el aparato y aterrizar en el lugar exacto, la otra consistía en que lograra llegar a tiempo, antes de que Julia retara a Thanos.

Los soldados espartanos creerían a mi amiga y el viejo Thanos tardaría al menos un día en llegar a Atenas, por lo que supuestamente tenía tiempo de sobra para llevar a cabo mi plan. A pesar de los inconvenientes, todo estaba saliendo según lo previsto.

Atravesé la primera muralla sin ser vista, volaba a demasiada altura como para que los guardias se fijaran en mí. Cuando pasé la segunda muralla, los tejados de las casas comenzaron a cubrir todo el suelo. Giré a la izquierda para aproximarme a la fortaleza, pero en ese momento noté cómo una de las alas se partía. Miré hacia abajo. Uno de los soldados encaramados en un tejado próximo a la fortaleza me había tirado una lanza. El aparato comenzó a dar vueltas sobre sí mismo. Perdí el control y temí que el impacto me rompiera las piernas.

Comencé a descender rápidamente. Intenté dirigir el aparato hacia las cuadras de la ciudad, en las que se acumulaban balas de paja para alimentar a los animales. Miré al suelo y vi a varios soldados espartanos que me seguían. En cuanto pusiera un pie en tierra me capturarían.

Me aproximé a las cuadras. La paja esperaba al fondo del patio, pero los soldados ya habían entrado en el edificio. Debía pensar algo y rápido, aunque apenas me quedaban unos segundos.

Giré de nuevo el aparato, pero parecía tener vida propia. Intentaba meterlo por un hueco del tejado, pero al final quedé colgada en el vacío, entre el cielo y la tierra. Me quité los arneses y con gran esfuerzo me agarré a las barras, hasta que me pude apoyar en las tejas. Notaba cómo silbaban las flechas a mi espalda, pero ninguna me alcanzó. Corrí por el tejado. El templo de Atenea estaba muy próximo, tendría que abusar de nuevo de la hospitalidad de las sacerdotisas. Aunque lo que yo no sabía era que las cosas habían cambiado mucho desde mi última visita a la ciudad.

34: Atenas, 1 de boedromión de 2200

De un salto caí en el tejado del templo, parecía haber despistado a mis perseguidores, pero estaba fuera de la fortaleza y en territorio ocupado por mis enemigos. Tendría que refugiarme hasta la noche en algún lugar seguro, y la casa de la diosa me parecía la mejor opción. Bajé al patio central y me aproximé al altar mayor, donde estaba la gran estatua de Atenea. Varias hermanas quemaban incienso en honor a la diosa cuando caí literalmente del cielo. Me miraron sorprendidas.

—¿Dónde está la sacerdotisa Priscila? —les pregunté.

Al principio no reaccionaron, como si estuvieran intentando imaginar quién era yo. Mi uniforme de capitana pirata de color rojo les impedía identificarme.

—Vaya a hablar con la suma sacerdotisa —dijo una de las mujeres, indicándome con el dedo la sala del tesoro del templo.

Después del último encuentro con ella, la verdad es que no me quedaban ganas de verla, pero si los soldados de Esparta venían buscándome, ella era la única que podía ayudarme.

Llamé a la puerta y me abrió una de las asistentes de la anciana. La suma sacerdotisa me fulminó con la mirada en cuanto me vio.

—¿De nuevo aquí, para perturbar la paz de esta casa? —me preguntó.

—Lo único que quiero es ayudar a Atenas —le contesté.

—Por tu culpa, Priscila y dos sacerdotisas más están en las cárceles de los espartanos. Creo que ya has hecho suficiente daño a nuestra comunidad —dijo con los ojos encendidos.

—Lo siento, no era mi intención causar problemas —le contesté.

—Demasiado tarde, la vida no da segundas oportunidades —dijo la anciana.

Dos soldados salieron de una puerta lateral. Nunca hubiera imaginado que dejaran pasar hombres al templo, pero la suma sacerdotisa parecía dispuesta a colaborar con los espartanos, aunque eso supusiera traicionar todas sus creencias.

En ese momento pegué un salto y me agarré a las cortinas, rodeé con ellas a los dos hombres, corté la tela y quedaron envueltos en ella. Después, miré desafiante a la anciana y le dije:

—Cuando Esparta caiga, usted también lo hará.

Salí del cuarto, dos soldados corrían hacia mí desde la otra punta del pasillo. Me subí a la estatua de la diosa y después quité una trampilla del techo, para salir de nuevo al tejado. Desde allí corrí por las tejas, mientras varios soldados me seguían.

Diez minutos más tarde desemboqué en la plaza que había frente a la fortaleza. Una gran multitud miraba las almenas, mientras un hombre, que en ese momento no reconocí, parlamentaba con los sitiados.

Pegué un salto y me metí entre la multitud. Me tapé en parte el rostro e intenté acercarme a la fortaleza. Apenas podía caminar, la muchedumbre se agolpaba hasta convertirse en una masa irracional. Con un gran esfuerzo me situé junto al hombre, que estaba subido en una plataforma y rodeado de su escolta. Ahora que lo veía de frente, comprobé que era el propio Thanos, que había llegado antes de lo previsto. Posiblemente ya se encontraba en la ciudad cuando lo avisaron del desafío. Desde más arriba, una mujer pelirroja hablaba a la multitud.

35: Atenas, 1 de boedromión de 2200

—Esparta está destruyendo el mundo y con él se está destruyendo a sí misma. ¿De qué sirve la victoria si supone la muerte de tantos inocentes? Este año las cosechas no han podido recogerse, el invierno se acerca y no podremos resistir mucho tiempo. Espartanos y atenienses, como muchos otros habitantes de la tierra conocida, acabarán muriendo si no terminamos con esta guerra —dijo la joven, que no era otra que mi amiga Julia.

El pelo rojizo le daba un gran parecido a mí, pero también el tono de voz firme que yo solía usar en los discursos. Me sorprendió ver la entereza de mi amiga, sabiendo que por dentro debía estar destrozada por mi pérdida.

—No quiero parlamentar. He venido hasta aquí para deciros que os rindáis. No creo que os quede mucha comida, ni agua; simplemente esperaremos aquí a que sucumbáis —dijo Thanos. Su tono burlón demostraba una resolución difícil de cambiar.

—Resistiremos hasta el último aliento, pero vosotros dejaréis que las cosechas se pudran, los impuestos suban y el invierno diezme la población de las ciudades. En cambio mi oferta son unos últimos Juegos de la Guerra; la ciudad que salga triunfante dominará a la otra para siempre. Es la gran oportunidad de Esparta para terminar con esta disputa. Veinte jóvenes se sacrificarán por todo el pueblo —dijo mi amiga.

Espartanos y atenienses comenzaron a moverse, inquietos. Los soldados espartanos asentían con la cabeza, como si aquella salida honrosa fuera más que suficiente para poner de acuerdo a ambas ciudades. Unos juegos definitivos terminarían con las disputas y unirían a las ciudades, ya fuera bajo el yugo de Esparta o Atenas.

Thanos midió sus palabras antes de contestar, pero Pompeyo, que estaba a su lado y al que no había visto hasta ese momento, le dijo algo al oído. Después, el líder de los espartanos se dirigió de nuevo a los sitiados.

—Sois mentirosos y traidores, me hicisteis llamar para hablar con Helena, la hija de Diácono, pero no es Helena la persona que está allí arriba —dijo Thanos.

El espartano había descubierto nuestro engaño. No sabía qué hacer. Temía que si me presentaba ante él, sus hombres me prenderían de inmediato. Aunque tal vez mereciera la pena sacrificarme por mis amigos e intentar llegar a un acuerdo. Entre la multitud, según nuestros planes, había al menos un centenar de infiltrados entre piratas y atenienses rebeldes. Esperaba que ellos me protegiesen venido el caso.

—¡Yo soy Helena! —grité a la multitud. Enseguida se abrió alrededor de mí un espacio, como si la gente tuviera miedo de estar a mi lado.

—¿Helena? —preguntó extrañado Thanos, que no podía salir de su asombro.

Mis amigos me miraron sorprendidos desde las almenas, para todos ellos yo estaba muerta.

—Todo lo que ha dicho Julia, hija de Julio César, una de las mujeres más nobles de Nueva Roma, es cierto. Damos nuestras palabras de atenienses de que aceptaremos la voluntad de Esparta, si esta acepta los Juegos de la Guerra —dije con tono seguro.

La multitud parecía estar de acuerdo con la propuesta, pero el rostro de rabia y confusión de Thanos no dejaba mucho lugar a la esperanza.

—Muchas gracias, Helena, por facilitarnos las cosas. Hubiera sido muy pesado conquistar esa torre para capturarte, pero como has venido en persona para que te encerremos, no importa qué les pase a esos pobres diablos —dijo Thanos, señalando hacia la fortaleza con total frialdad.

—Siempre tan cortés y tan cruel, dos cosas que no parecen casar muy bien —le contesté.

Thanos sonrió y acto seguido hizo una señal con la mano para que me capturaran. Yo comencé a correr hacia la fortaleza y la multitud abrió un gran pasillo, como si me ayudara a escapar.

—¡Salvad los Juegos! —Esa era la señal que ponía a todos nuestros hombres en guardia. Un centenar de piratas y atenienses sacaron sus armas de debajo de las capas y corrieron para cubrir mi retirada.

Llegamos hasta la puerta y los hombres formaron un semicírculo. La multitud comenzó a abandonar la plaza mientras los espartanos armaban sus filas para atacarnos.

Mis amigos, desde las almenas, dispararon sus flechas y lanzaron rocas sobre nuestros enemigos. Después escuchamos un golpe de cadenas y la puerta comenzó a abrirse.

Thanos se bajó del estrado, acosado por las flechas, y ordenó a sus oficiales que sus arqueros se prepararan.

—Podemos herir a la multitud —dijo uno de los oficiales.

—Quiero a Helena viva o muerta, me importa muy poco lo que le pase al resto de perros atenienses o a los soldados espartanos. Que no quede nadie con vida delante de

la fortaleza —dijo Thanos rabioso.

En el fondo, toda aquella confusión jugaba a nuestro favor. Cuanto más odiaran los espartanos a Thanos, más fácil sería que aceptaran los últimos Juegos de la Guerra.

Una lluvia de flechas cayó sobre nosotros. No teníamos escudos para protegernos ni llevábamos armadura, por lo que éramos un blanco fácil. Los soldados espartanos comenzaron a caer primero, porque se encontraban enfrente de nosotros. Eso nos permitió comenzar a entrar por la rendija de la puerta.

Las flechas seguían cayendo y alcanzado a algunos de nuestros hombres. Una veintena de ellos yacían heridos o muertos sobre el suelo de la plaza. Empujamos un poco más la puerta para entrar más rápidamente y nos metimos dentro de la fortaleza a toda prisa. Cuando nos quisimos dar cuenta, el último de nosotros ya había cruzado el umbral. Ahora teníamos que cerrar antes de que llegaran los espartanos.

Thanos azuzó a sus soldados, que escapaban de las flechas, para que regresaran e intentaran introducirse en la fortaleza. Los soldados se giraron aterrorizados al encontrarse en mitad de dos muertes seguras, pero temían más al tirano que a nosotros.

Cuando los primeros espartanos llegaron a la puerta, aún quedaba una rendija abierta. Algunos de los soldados intentaron introducirse, pero nosotros los paramos, aunque sus brazos y piernas impedían que lográramos cerrar la fortaleza.

—Que lancen aceite hirviendo desde las almenas —ordené.

Aquella era la única manera de detenerlos. En cuanto los asediados comenzaron a lanzar el aceite, los espartanos se apartaron, abrasados, de la puerta, con las manos y los rostros en carne viva.

Al final logramos asegurar la fortaleza, habíamos conseguido repeler el ataque, pero aún quedaba lo más importante, que los espartanos aceptaran los últimos Juegos de la Guerra. Nuestro plan dependía de ello. Imaginé la cara de Thanos al ver que su presa se había escapado de nuevo. Sabía que mi vida era el mejor anzuelo para que el espartano cayera en nuestra trampa, y estaba dispuesta a hacer lo imposible para conseguirlo.

36: Atenas, 1 de boedromión de 2200

Mis amigos bajaron corriendo las escaleras. Se emocionaron al verme. Julia me abrazó mientras no dejaba de llorar, y mi hermano Melancton no paraba de darme besos. Urano sonreía a cierta distancia y el resto de los atenienses no dejaban de dar gritos de alegría. Era una pequeña victoria, pero sin duda nos había animado a todos.

Una hora más tarde, estábamos reunidos en la sala principal de la fortaleza evaluando nuestras posibilidades. Yo no dejaba de mirar a mi hermano, que parecía haber madurado mucho en aquellas semanas. Ya no era el niño que dejé antes de ir a Nueva Roma.

—Aún tenemos provisiones para aguantar cinco días, pero el agua escasea. Si no llueve, agotaremos nuestra reserva en un par de días —dijo Urano.

—Eso es grave, aunque no es el mayor de nuestros problemas. Thanos no ha aceptado el reto y eso echa a perder nuestro plan. Los piratas no tienen un ejército que pueda vencer a los espartanos, tenemos que convocar los Juegos de la Guerra como sea —les expliqué.

—Pues no vemos la forma —comentó Julia.

—Thanos tiene que aceptar los juegos —insistí.

—La única manera que se me ocurre es que el Consejo de Ancianos de Esparta los convoque —dijo Julia.

—Ya no hay Consejo, ahora él es el Consejo —les expliqué.

Me quedé pensando. Algo o alguien tenía que obligar a Thanos a convocar los Juegos de la Guerra.

—Únicamente hay una institución a la que Thanos respeta, la misma en la que apoya y sustenta su poder, el ejército. Si los convencemos de que un asedio será una sangría de hombres y tiempo, puede que cedan —les dije.

—¿Cómo los convenceremos? —preguntó Julia.

—Tengo un plan, aunque es arriesgado y desesperado. En el caso de que no

funcione, la única alternativa que nos quedaría sería salir y luchar —comenté.

—Somos todo oídos —dijo mi hermano Melancton.

Mi plan era tan descabellado que al principio Urano se negó, pero cuando comprendió que no había más remedio fue su mejor defensor y ejecutor.

La primera parte consistía en acosar a los sitiadores atacándolos ininterrumpidamente durante seis horas. Además, nos coordinamos con un grupo compuesto por valientes atenienses y algunos piratas para que cometieran todo tipo de actos de sabotaje contra el ejército invasor. Si los militares se sentían acosados, comenzarían a ponerse nerviosos.

A las cinco horas los espartanos parecían desesperados. Entonces activamos la segunda parte del plan. Los piratas quemaron las reservas de comida de los espartanos. Cuando nuestros enemigos fueron conscientes de la pérdida se abalanzaron con todas sus fuerzas contra la fortaleza con el fin de arrasarla. Entonces me tocó entrar en escena.

El ejército espartano estaba formado debajo de la fortaleza. Sus máquinas de asalto estaban preparadas y las catapultas listas para disparar. Entonces yo me asomé a las almenas y ordené que arrojaran la comida a los espartanos. Estos nos miraron estupefactos, sin duda creían que habíamos perdido la cabeza.

—Creo que no tenéis comida. Nosotros tenemos de sobra y damos un poco a nuestros hermanos espartanos —dije en tono jocoso.

Una lluvia de flechas y lanzas se dirigieron hacia mí, pero me aparté rápidamente. Ahora únicamente quedaba esperar, los ánimos de los espartanos estaban a flor de piel y ese nerviosismo daría sus frutos muy pronto.

Los espartanos nos atacaron con toda su furia. Primero con sus catapultas, después con sus escaletas y su intento de llegar a las almenas. Los repelimos con grandes esfuerzos, ocasionando numerosas bajas. Dos horas más tarde, los espartanos se sentían furiosos y agotados. Era el momento que estaba esperando.

Me subí a la almena para que todos me vieran bien y supieran que no les tenía miedo. Después levanté los brazos para que me escucharan.

—Lleváis semanas luchando. Muchos de vosotros habéis perdido hijos, nietos, hermanos y padres por Esparta. Vuestras familias comienzan a sufrir el hambre y el futuro es incierto. Yo os ofrezco la paz y la victoria. No os pido que después de tantos sacrificios os rindáis cuando tenéis el triunfo al alcance de la mano, pero sí que obtengáis la victoria sin más inútiles derramamientos de sangre —dije con simplicidad. La oratoria era la mejor arma que poseíamos.

Los espartanos estaban tan cansados y hastiados que comenzaron a murmurar entre ellos. Los soldados, contagiados los unos por los otros, empezaron a arrojar las armas al suelo mientras gritaban ¡Juegos de la Guerra! ¡Juegos de la Guerra! Los oficiales miraron nerviosos a Thanos, los soldados parecían haber perdido el miedo a su líder.

Thanos, desde su cuadriga, me miró desafiante. Sabía que había perdido otra

batalla. No podía dejar de convocar los Juegos de la Guerra, pero eso significaba que tendría que firmar la paz, ya que no se podían convocar unos Juegos de la Guerra durante una contienda bélica. Además, debía abandonar Atenas y dejar tres días de preparación para los juegos. Todo aquello significaba una cosa: por ahora había perdido el control de la situación.

—Yo amo a Esparta y no puedo negarme a escuchar su voz. La guerra ha sido dura, por eso acepto en el nombre de mi pueblo la convocatoria de los Juegos de la Guerra. Aunque con una única condición: serán unos Juegos de la Guerra Quinquenales —dijo Thanos.

Yo sabía lo que eso significaba. Únicamente recordaba uno de esos juegos. Eran los más duros, ya que todos los contrincantes luchaban por su supervivencia. Únicamente sobrevivía uno y este hacía ganar a su ciudad. Aquello significaba que era necesario matarse entre compañeros.

—Aceptamos los Juegos de la Guerra Quinquenales —dije, con la esperanza de que lográramos llevar a cabo nuestro plan antes de que estos terminaran. Aunque nunca podemos saber a ciencia cierta cuál es nuestro destino ni qué supone tomar ciertas decisiones.

37: Atenas, 2 de boedromión de 2200

La llegada del otoño podía olerse en el ambiente. La salida de los espartanos de Atenas el día anterior se había celebrado por todo lo alto en la ciudad, aunque ahora la cruda realidad se imponía. En primer lugar, teníamos que recoger las cosechas antes de que se echaran a perder en los campos. En segundo lugar, había que enterrar los cadáveres para evitar la propagación de enfermedades, desescombrar las casas derrumbadas y preparar a diez jóvenes para los Juegos de la Guerra. Eso significaba que teníamos que tomar decisiones urgentes.

No era sencillo elegir a aquellos que nos representarían en los Juegos de la Guerra. Sabíamos que si estos llegaban a término, tendríamos que matarnos unos a otros. Por eso yo intenté evitar que mis amigos participasen.

Tuvimos una reunión en el edificio del Consejo de Ancianos para tomar las decisiones principales, pero no lográbamos ponernos de acuerdo.

—Yo lucharé en los Juegos de la Guerra, sabemos que es una de las condiciones de Thanos —les comunicué.

—Tú ya has participado —dijo mi hermano, preocupado.

—Ya, pero se puede participar hasta en tres ocasiones —le contesté.

—Yo también participaré —dijo Urano.

—No, necesitamos a alguien con dotes de mando. Si nosotros morimos, ¿quién gobernará al pueblo? —le pregunté.

—Pero quiero demostrar mi valor —protestó Urano.

—Creo que nadie dudará de tu valor. Has resistido el ataque de los espartanos durante semanas con fuerzas muy inferiores a las suyas —dijo Julia.

—Está bien, aunque si queda una plaza vacante yo la cubriré —dijo al fin Urano.

—Te lo prometo —dije sabiendo que era del todo imposible.

Mi hermano se ofreció a competir, pero yo tenía muy claro que no me vería en un cara a cara final luchando contra él.

—Le prometí a nuestra madre que te mantendría con vida. Los Juegos de la Guerra son muy peligrosos y encima estos enfrentan a todos contra todos. ¿Qué sucedería si quedáramos finalistas? —le pregunté.

Melancton agachó la cabeza, sabía que tenía razón. Lo más difícil fue tratar de persuadir a Julia. Con ella no tenía excusas que presentar, pero no quería ni imaginar verla morir en mis brazos como a mi vieja amiga Damara.

—Yo lucharé, Helena. No puedes quitarme ese honor —comentó Julia.

—Espero que no tengamos que enfrentarnos —le dije.

—Antes de que eso suceda, Thanos habrá caído en nuestra trampa —me contestó.

Eso es lo que esperaba, aunque siempre cabía la posibilidad de que tuviéramos que jugar hasta el final.

Después de la reunión quise dar un paseo a solas por la ciudad. Atenas parecía una sombra de sí misma. La rica y prospera ciudad había dejado paso a un sitio decadente, de casas destruidas, ciudadanos harapientos y hambre. El precio de la libertad era mucho más caro de lo que me había imaginado.

Me acerqué hasta la muralla que daba al río. Desde allí se veía la niebla que comenzaba a levantarse en aquellos días de finales del verano. Al otro lado se encontraba Esparta, nuestra enemiga, pero también parte de mi destino. Pensé en mi padre, en Dracón y en Pericles. No sabía nada de ellos desde hacía tiempo. Ya había perdido la esperanza de volver a verlos, pero en el fondo de mi corazón esperaba un golpe de suerte. Uno de esos que solo tienen lugar en las historias y leyendas que se cuentan a los niños.

38: Atenas, 3 de boedromión de 2200

La selección tuvo que ser muy rápida. Urano me ayudó con los chicos. Cinco guerreros de los mejores de Atenas. Eran Brontë, Calia, Kara, Moses y Panos. Yo elegí a las chicas, y como Julia y yo íbamos a luchar, nos faltaban tres candidatas. Al final elegimos a Leandra, Isaura, y Zevina. Los entrenamientos fueron los más duros que recuerdo. Eché de menos a Platón y su capacidad para sacar lo mejor de nosotros.

Pasamos toda la mañana corriendo para aumentar la resistencia, ya que buena parte de los juegos consistían en saber sobrevivir. La segunda parte de la jornada la dedicamos a entrenar con nuestras armas. Julia había escogido el arco y yo dos espadas con forma de sable, unas armas más propias de los piratas que de los atenienses.

Por la tarde nos acercamos al estadio. Allí tendrían lugar los combates cuerpo a cuerpo y la lucha final. Una comisión de atenienses y espartanos estaba arreglando las instalaciones. Todo estaría listo para el día siguiente. Los maestros de ceremonias habían seleccionado a los animales salvajes que estarían en el bosque y preparaban las trampas para los concursantes. Normalmente, más de la mitad de los contrincantes moría antes de llegar al estadio, pero en un Juego de la Guerra Quinquenal esa cifra se podía reducir a la mitad.

Los dos días de duración de los juegos se les hacían eternos a los concursantes, que apenas comían ni bebían, y a buen seguro pasaban la noche en vela.

Aquella noche teníamos que dormir en la residencia. La guardia compartida de espartanos y atenienses se ocupaba de vigilar los barracones de los participantes y también de poner las medidas adecuadas para que los hinchas de las dos ciudades no se enfrentaran.

Los Juegos de la Guerra eran además un buen sitio para vender todo tipo de cosas y animar un poco la destrozada economía de Atenas.

Cuando llegamos aquella noche a nuestro barracón, estábamos exhaustos. Yo ya

había participado en otros juegos y sabía lo estrictos que eran los guardias. De esa manera nos intentaban tener aislados del resto del mundo durante los juegos, pero yo necesitaba seguir en contacto y transmitir las órdenes a atenienses y piratas. Por eso, a pesar del agotamiento, aquella noche Julia y yo nos escapamos de la residencia para encontrarnos secretamente con Marco, el único hombre que consideraba como realmente de fiar dentro de la Hermandad de los Piratas. Sabía que muchos de ellos eran capaces de venderme a Thanos por un buen puñado de monedas de oro.

Marco nos esperaba a media hora a pie del estadio. Las inmediaciones estaban demasiado custodiadas para arriesgarnos a ser vistos.

Cuando vi la silueta de mi fiel amigo, no pude evitar sonreír. Llevaba varios días sin saber nada de la gran mayoría de los piratas, porque los que nos ayudaban en tierra no tenían ningún contacto con los que esperaban instrucciones en el mar.

—Hola Marco, gracias por arriesgarte a venir —le dije.

—Estaba deseando verte. Los piratas están comenzando a impacientarse. Afortunadamente, Thanos está tan obsesionado con capturarte y vencerte en los juegos, que desde ayer no hemos visto una sola patrullera en la bahía —me comentó.

—Eso es lo que esperaba. El odio es el peor consejero —le dije.

—¿Todo sigue según el plan previsto? —me preguntó.

—Sí, excepto el día que llevamos de retraso. Tendréis que esperar a la señal que haré en los Juegos de la Guerra —le comenté.

—No te preocupes, todos están al tanto de eso —dijo él.

—Espero que Thanos venga mañana mismo y todo esto termine —dijo Julia.

—No lo sabremos hasta que lo veamos entrar en el estadio. Nuestro deseo es que todo salga bien. Tenéis que sobrevivir al primer día como sea. No merece la pena arriesgarse. Que los demás luchen, vosotras ocupaos de sobrevivir —dijo Marco.

—Eso haremos, descuida —le contesté.

Cuando nos separamos, noté que alguien nos vigilaba desde los árboles. Le hice un gesto a Julia para advertirla de la presencia del espía. Teníamos que eliminarlo, si lo que habíamos hablado llegaba a oídos de Thanos, nuestros planes se desbaratarían.

Nos adentramos en las sombras y nos escondimos rápidamente detrás de un arbusto. El desorientado perseguidor continuó caminando, y cuando menos lo esperaba, nos arrojamos sobre él. Julia le aprisionó las piernas y yo los brazos. Cuando le dimos la vuelta descubrimos que era un viejo conocido.

—¿Héctor? Maldito traidor, has caído en nuestras manos. Ahora nos pagarás lo que nos hiciste en Atlantic City —le dije al enano.

—No por favor, los piratas me obligaron. Querían convertirnos en esclavas, y yo no pude hacer nada para evitarlo. ¿Cómo va a enfrentarse un mediano a esos lobos de mar? —dijo con la voz temblorosa.

La lengua de Héctor era tan mentirosa que lo único que hice fue sacar mi cuchillo y colocarlo sobre su cuello.

—¿Por qué nos seguías? ¿Para quién estás trabajando ahora? —le pregunté

mientras apretaba el cuchillo contra su piel.

—No trabajo para nadie. Ha sido una simple casualidad —dijo Héctor.

—¿Crees me voy a tragar eso? —le pregunté, indignada.

—Es la verdad, pasaba por aquí y escuché voces —dijo el enano.

—¿No pretenderás que te creamos? —preguntó Julia.

Levanté al enano y le apreté el cuchillo contra la tripa. No podíamos dejarlo marchar, pero no era capaz de matarlo a sangre fría.

—No te mataré, puede que tenga demasiada conciencia para hacer una cosa así, pero te soltaremos en mitad del estadio. Los guardias te capturaran y mañana te matarán antes de que comiencen los Juegos de Guerra. Nadie puede entrar en el estadio, se trata de evitar los sabotajes y las normas son muy estrictas —le dije.

Héctor sabía que decía la verdad, por eso nos suplicó que no lo hiciéramos.

—Entonces cuéntenos la verdad —le dije.

—Me mandó Pompeyo. No cree que ganar los Juegos de la Guerra sea vuestro verdadero plan, imagina que tramáis algo.

—Ese Pompeyo, siempre tan perspicaz —dijo Julia.

—Te salvaremos la vida, pero tendrás que prestar un pequeño servicio a Atenas —le comenté.

—No lo hagas, Helena, nos traicionará. Ya lo hizo una vez —dijo Julia.

—No nos traicionará. Si lo hace, ordenaré a todos los marineros de mi barco que lo busquen hasta que den con él y lo maten. No descansarán hasta encontrarte y lo harán antes o después —dije mirando fijamente a Héctor.

El hombre parecía realmente asustado. Al fin y al cabo no era más que un mercenario que se vendía al mejor postor, pero que lo único que apreciaba era su propia vida.

—Le contarás a Pompeyo que un ejército invadirá Esparta pasado mañana mientras ellos están en los Juegos de la Guerra. ¿Lo has entendido? —le pregunté.

—Sí, lo he entendido —respondió Héctor.

Cuando el hombre se alejó, Julia se me miró sorprendida.

—¿Qué te hace pensar que no nos traicionará? —me preguntó, nerviosa.

—Él sabe que los piratas no se andan con tonterías. Si logramos engañar a Pompeyo, el grueso de los ejércitos enemigos permanecerá en Esparta, lo que facilitará la realización de nuestro plan —le expliqué.

Julia no parecía muy convencida. Era muy desconfiada, no en vano había tenido que sobrevivir durante años sola. Nos dirigimos a la residencia para intentar dormir durante las pocas horas que quedaban de oscuridad. Me sentía agotada, no podía creerme que al día siguiente tendría que enfrentarme a unos nuevos Juegos de la Guerra. Recordé el encuentro que había tenido unos días antes, mientras agonizaba sola. Aquel ser increíble me había devuelto la vida, pero además me proporcionó una paz y una fuerza que nunca había experimentado. No sé por qué, antes de dormirme recordé las palabras del sacerdote que conocí en Nueva Roma, aquel que dijo que

aunque desconocía nuestra misión creía que la Providencia a veces parece estar lejos de nuestra mano, pero que estaba más cerca de lo que pensábamos. La Providencia parecía estar empeñada en que consiguiéramos nuestra ansiada libertad. El hecho de no sentirme sola, de saber que mi vida tenía un propósito, me reconfortaba. El sinsentido de mi vida había desaparecido por completo, aunque las cosas no fueran fáciles y tuviera que enfrentarme cada día a mi destino.

39: Atenas, 4 de boedromión de 2200

El espectáculo de los Juegos de la Guerra siempre sobrecogía. No importaba que hubieran sido improvisados, el despliegue de luz y color convertía a espartanos y atenienses en fanáticos absolutos de aquel espectáculo de sangre y violencia.

Mi equipo esperaba nervioso nuestra entrada en escena. Sabía lo que sentía cada uno de ellos; una mezcla de pánico, emoción y vanidad, aunque eso terminaría pronto.

Al ser la más veterana, encabezaba al grupo de luchadores de Atenas junto a Julia. Seríamos las primeras en salir a la arena y enfrentarnos a la reacción del público en el embriagador desfile previo a los juegos.

El presentador pronunció nuestros nombres y salimos vestidas con nuestros uniformes atenienses. La muchedumbre parecía enloquecer. Miré a Julia un instante. Sus ojos brillaban bajo la intensa luz del sol. En las gradas la gente levantaba las banderas de cada jugador o gritaban a favor de una de las dos ciudades. Una de las cosas que me llamó la atención es que el número de asistentes atenienses era muy superior al de espartanos, como si nuestro plan comenzara a dar sus frutos. Héctor debía haber informado a Pompeyo que teníamos planeado atacar Esparta y por eso muchos de los soldados estarían en alerta máxima.

A lo lejos pude ver a nuestros contrincantes espartanos, que se aproximaban por el otro lado del estadio. El presentador comenzó a gritar nuestros nombres mientras el público entraba en una especie de éxtasis al escucharlo.

—Los mejores jóvenes, escogidos entre los más valientes atenienses, están en la arena para combatir hasta la muerte. Muchos de ellos han sobrevivido a la guerra y ahora son verdaderos expertos en el uso de las armas. ¡Demos un gran recibimiento a Helena, la joven más valiente del mundo conocido!, ¡Julia, hija de Julio César, luchadora infatigable!, ¡Brontë el musculoso!, ¡Calia el escurridizo!, ¡Kara el veloz!, ¡Moses el camaleón!, ¡el valeroso Panos! También luchan por los atenienses

¡Leandra, la bella asesina!, ¡Isaura, la lanzadora de cuchillos!, y finalmente, ¡la letal Zevina! —dijo el presentador, aumentado el volumen de su voz hasta llevar al público al frenesí.

Saludamos a la grada principal. En un lado Thanos y sus oficiales parecían disfrutar del espectáculo. En el otro lado, Urano y mi hermano representaban a Atenas. Miré fijamente a Thanos y él me devolvió la mirada con una sonrisa irónica que me produjo un escalofrío. No me fiaba de aquel frío y calculador asesino. Pensé en cuál había sido la suerte de mi padre, de Dracón y de Pericles, aunque intenté quitarme la idea de la cabeza; debía tener la mente fría para poder sobrevivir a la competición.

El presentador se giró y comenzó a nombrar a los miembros del equipo de Esparta. Al principio no presté mucha atención a los nombres, pero cuando mencionó al penúltimo, se me aceleró el pulso de repente.

—Dracón, hijo de Thanos, uno de los valientes de Esparta.

Mi mente se bloqueó, como si no hubiera escuchado bien el nombre. Intenté reconocer a los espartanos que estaban a nuestra derecha, en formación frente al palco principal, pero apenas pude ver de refilón la figura de Dracón.

¿Cómo podía ser que Dracón luchara a favor de los espartanos? Imaginé que su padre le había prometido alguna compensación, aunque no sabía por qué Dracón se había dejado convencer.

—Por último, Pericles, ateniense que luchará en las filas de Esparta.

No salía de mi asombro. ¡Mis dos mejores amigos luchando a favor de aquel miserable asesino!

Thanos se puso en pie. Miró a todos los participantes y con su voz ronca y potente, dijo:

—Estos Juegos de la Guerra serán los últimos de nuestra era. Muchos valientes han dejado su sangre en esta arena y en los bosques cercanos; espero que todos los competidores estén a la altura. Aunque lucháis por vuestra ciudad, únicamente puede haber un ganador. Tendréis que pelear hasta el final y no mostrar ningún tipo de compasión. ¡Que den comienzo los Juegos de la Guerra! —bramó Thanos, y el estadio se unió a sus gritos de júbilo.

Las dos formaciones se deshicieron rápidamente. Logré mirar por un instante a Dracón, pero él me apartó los ojos. Después nos dirigimos al bosque, para ocultarnos antes de que alguno de los espartanos nos atacase. Nuestro plan consistía en mantenernos con vida el máximo tiempo posible, aunque Julia y yo no podíamos permanecer unidas ni luchar juntas si no queríamos infringir las normas.

Durante media hora corrí hasta llegar a la parte más frondosa e inaccesible del bosque. En mi mente no dejaba de hacerme la misma pregunta. ¿Por qué Dracón y Pericles luchaban a favor de Esparta?

Tendría que enfrentarme a ellos más tarde o más temprano, a no ser que lográramos llevar nuestros planes a cabo antes de que cayeran la mayoría de los

jugadores.

El olor del bosque me hizo recordar los anteriores juegos. No quería ver morir de nuevo a ningún amigo, pero menos aún a Dracón, a quien amaba con toda mi alma.

40: Atenas, 4 de boedromión de 2200

La primera mañana de los Juegos de la Guerra comenzó a complicarse cuando un fuerte viento de la costa trajo una pesada lluvia. Temía que eso animara a la delegación de Thanos a regresar a Esparta, aunque un par de horas más tarde el temporal cesó de repente. Mi plan era permanecer escondida hasta que murieran los primeros participantes. Encontré un gran árbol hueco por dentro y me guarecí allí, mientras poco a poco se anunciaban los primeros fallecidos.

Antes de media mañana, cinco de los luchadores estaban muertos, tres de Atenas y dos de Esparta, pero aún quedaban otros quince vivos. Afortunadamente ninguno de mis amigos estaba entre los fallecidos.

El cansancio comenzaba a vencerme cuando escuché el chasquido de una rama. Desenvainé lentamente mis espadas y permanecí en silencio, con la respiración contenida.

Unos pasos delataron la presencia de alguien que se aproximaba al árbol; estaba preparada para atacar en cualquier momento. Una cabeza asomó por el hueco, era un chico de pelo rizado y pelirrojo que sobresalía bajo un casco ligero de espartano. Crucé las dos espadas y lo degollé sin que el pobre pudiera reaccionar.

Después salí del interior del tronco y, tras limpiar las espadas con unas hojas, corrí a buscar otro refugio. No me resultó fácil. En las proximidades había un lago. Mientras me escondía vi a un par de atenienses y tres espartanos.

Entonces escuché las pisadas de alguno de los concursantes a mi espalda y me sumergí bajo el agua. Esperaba que las hondas no me delatasen. En la orilla no había mucha profundidad, pero el lago estaba muy turbio, lo que impedía que me vieran.

Noté una vibración en el agua, el luchador se estaba aproximando. Decidí salir y abalanzarme sobre él. Era una chica espartana. Me miró aterrorizada, pero antes de que pudiera reaccionar, ya le había clavado mis sables en el pecho. La pobre cayó de rodillas con la boca abierta y los ojos como platos. No le había dado tiempo ni a

asimilar que iba a morir.

El agua se tiñó de rojo. Entonces se anunció la muerte de otros cuatro concursantes, lo que dejaba el grupo en once, seis atenienses y cinco espartanos. Afortunadamente, ninguno de ellos eran Julia, Dracón o Pericles.

La tarde pasó rápidamente. Los días eran cada vez más cortos, por lo que en un par de horas la oscuridad fue total. La señal que esperaba y que me informaría de que el plan estaba en marcha era un fuerte cañonazo, pero a esas horas ya no tenía fe en que realmente sonara. Por la mañana, todos los supervivientes debíamos dirigirnos al estadio para combatir. Y yo temía que si los piratas no lanzaban su ataque, tendría que enfrentarme a mis amigos.

Me subí a un árbol, pretendía pasar la noche allí. Desde las ramas más altas se contemplaba el estadio, a lo lejos. A esas horas ya estaba vacío, como un escenario una vez terminada la función. Busqué la rama más ancha y cómoda en la que sentarme a descansar. Hubiera preferido no tener que llegar al segundo día de los Juegos de Guerra. Los combates en el estadio significaban tener que enfrentarme a Julia, Dracón o Pericles. Pero aún confiaba en que todo saliera como estaba previsto.

Me arrojé con la capa, la madrugada parecía más fría que la de los últimos días y me encontraba agotada. No había probado bocado y a mi mente veían las imágenes de los dos espartanos a los que había tenido que eliminar.

En mi cabeza, me repetía una y otra vez: *Estos son los últimos Juegos de la Guerra que se van a celebrar, nunca más habrá jóvenes muriendo para divertir a otros.*

41: Atenas, 5 de boedromión de 2200

Tenía todo el cuerpo dolorido y el tronco del árbol clavado en la espalda, pero el descanso me había hecho recuperar fuerzas. No había comido nada, pero al menos tenía algo de agua en una cantimplora. Salté de la rama hasta el suelo y comencé a caminar hacia el estadio. No llevaba ni diez minutos de marcha cuando escuché un cañonazo. Esa parecía ser la señal que marcaba el comienzo de los duelos.

Comencé a correr con todas mis fuerzas, el plan tenía que cumplirse a rajatabla.

Antes de que entrara en el estadio anunciaron el nombre de otros dos concursantes muertos, lo que nos dejaba en nueve luchadores: tres espartanos y seis atenienses.

Cuando llegué a la arena ya habían alcanzado el lugar de las luchas Pericles, Dracón y Julia; también había una ateniense llamada Isaura, después llegó Zevina. El resto de los concursantes no tardó en aparecer.

Miré hacia la grada principal. Urano estaba sentado al lado de mi hermano, pero no había ni rastro de Thanos. Aquello era un buen presagio.

—El segundo día de los Juegos de la Guerra ha comenzado. Únicamente quedáis nueve concursantes en pie. Las primeras pruebas de resistencia eliminarán a uno de los contrincantes, para que seáis cuatro parejas —dijo el presentador.

La prueba consistía en una carrera en una espiral metálica gigante situada en un extremo del estadio. La superficie de la espiral estaba cubierta por un líquido escurridizo, que hacía muy difícil la ascensión. En la parte superior había ocho antorchas. El que se quedara sin ninguna sería lanzado a las fieras que había debajo de la espiral. Si alguno de nosotros caía en el foso de las fieras, también sería devorado, y seguiríamos corriendo el tiempo que hiciera falta hasta ser un número par de luchadores.

Nos colocamos detrás de una línea de salida dibujada en la arena. Miré a Dracón, pero él bajó la cara. En cambio Pericles me hizo un gesto, como si intentara decirme

algo con la mirada, pero las flechas ardientes fueron lanzadas al cielo como señal del comienzo y tuvimos que correr con todas nuestras fuerzas.

—Me alegro de que te encuentres bien —dijo Julia.

—Yo también. ¡Tenemos que hacernos con una antorcha! —le dije sonriendo.

Uno de los espartanos le puso la zancadilla a Zevina y esta cayó justo antes de llegar a la espiral. Subimos corriendo; Zevina iba la última, pero eso no significaba nada.

Notaba cómo el suelo resbaladizo me llevaba a los laterales de la espiral. Miré un par de veces al foso, media docena de leones rugían con sus fauces abiertas. El sonido metálico que producían nuestros pies corriendo por la superficie deslizante parecía ponerlos más furiosos. Pericles iba el primero, pero Dracón consiguió adelantarlo tras darle un empujón. Mi amigo se aferró a una barra de la espiral, quedando con la mayor parte del cuerpo colgando en el vacío. Me paré junto a él. Sentía que tenía que ayudarlo, pero si lo hacía me penalizarían y los dos seríamos arrojados a los leones.

—¡Sigue corriendo! —dijo Pericles al verme parar.

Sin pensarlo dos veces, continué la carrera. Cuando Zevina, la última de las concursantes, llegó a la altura de Pericles, comenzó a pisarle las manos. Mi amigo intentó resistir, pero el dolor debía ser insoportable.

Dracón llegó el primero y tomó su antorcha, después comenzó a bajar. La segunda fue Julia, que le seguía de cerca los pasos. El tercero, uno de los espartanos. Después estaba yo, seguida muy de cerca por Isaura.

Tomé la antorcha y estuve a punto de perder el equilibrio por un empujón del espartano. Corrí por la espiral hacia abajo. Pericles se mantenía colgado y Zevina intentando que cayera.

Mientras daba una de las vueltas perdí de vista a mi amigo, pero al girar de nuevo, comprobé cómo aferraba la pierna de la chica y tiraba con todas sus fuerzas. Zevina perdió el equilibrio y cayó al foso. Los leones tardaron pocos minutos en despedazarla por completo.

Pericles logró subir de nuevo a la espiral y corrió a por su antorcha. Cuando me crucé con él, me dijo:

—Dracón y yo pagaremos por ti.

No entendía lo que mi amigo me quería decir, pero sin duda tenía que ver con Thanos y sus intentos de manipularnos a todos.

Teníamos que regresar corriendo hasta la línea de salida. Lucharíamos según el orden de llegada. El primero fue Dracón, seguido del espartano, luego dos chicos atenienses, después Julia e Isaura, y por último Pericles y yo.

Aquello significaba que tenía que enfrentarme a mi amigo y uno de los dos tenía que morir.

Cuando llegamos de nuevo ante la grada principal, Thanos ya estaba sentado con sus oficiales. Me sorprendió verlo allí, eso significaba que los piratas no habían logrado interceptarlo en el río y hacerlo prisionero, como era nuestro plan inicial. El

líder de los espartanos ya no regresaría a su ciudad hasta por la noche, cuando los Juegos de la Guerra hubieran concluido, lo que significaba que los piratas tenían que poner en marcha el plan de emergencia, pero este era mucho más complicado y las posibilidades de que llegara a buen puerto eran menores.

—Los duelos comenzarán en unos minutos. Ya están formadas las parejas. Los cuatro vencedores se enfrentarán en la prueba final que está preparada junto al río, al fondo del estadio —dijo el presentador.

Antes de las luchas, un grupo de sacerdotisas salió a la arena. Sus cánticos comenzaron a inundar el estadio, mientras el olor a incienso impregnaba nuestros trajes sucios y manchados de sangre. En ese momento imploré a la Divina Providencia que actuara antes de que todo estuviera perdido de nuevo.

42: Atenas, 5 de boedromión de 2200

Antes de que las sacerdotisas terminaran sus ritos y se colocaran a un lado del graderío, pude ver cómo la rata de Héctor se movía por el palco de las autoridades hasta llegar a la altura de Thanos y le susurraba algo al oído. El espartano le comentó algo a Pompeyo y este se retiró rápidamente. Aquello me puso en guardia. El enano nos había vuelto a traicionar, lo que significaba que los espartanos pondrían todos los medios a su alcance para evitar el secuestro de Thanos.

—Comienza el primer combate entre Dracón y Silas, ambos espartanos —dijo el presentador—. Los contrincantes tienen una espada cada uno, un escudo y entre ambos hay una lanza. Pueden usar sus armas o la que está en el centro. La lucha es a muerte.

Cuando el presentador pronunció sus últimas palabras, la multitud gritó enfervorizada. Estaban sedientos de sangre, sobre todo después de una guerra. Los atenienses parecían especialmente contentos, ya que uno de sus malditos enemigos terminaría muerto sobre la arena.

El espartano corrió hacia la lanza en cuanto se elevaron las flechas ardientes que anunciaban el comienzo del combate. Dracón se quedó esperando, como si poseer la lanza para él fuera más un estorbo que una ventaja. El otro espartano se colocó su espada en el cinto y blandió la lanza delante de mi amigo. Dracón no se inmutó, esperó pacientemente a que se la arrojara. Pasaron unos segundos de tensión, hasta que el espartano reunió el valor suficiente y le tiró el arma.

Dracón esquivó la lanza y acto seguido corrió hasta el espartano, que intentaba sacar su espada. Mi amigo le asestó un mandoble a su adversario, y este logró cubrirse con el escudo. Después sacó el arma e intentó herir a Dracón en el abdomen, pero este esquivó la espada e hirió al espartano en el hombro.

Los dos contrincantes se separaron un poco, después Silas volvió a la carga, pero Dracón lo esquivó y este se cayó al suelo. Mi amigo lo golpeó en el escudo y luego le

rozó el cuello con el filo de su arma. Un hilo de sangre salpicó la cara del espartano.

—¡Maldita sea! —gritó Dracón al fallar de nuevo.

El espartano se puso en pie y, con una fuerza inusitada, golpeó el escudo de Dracón. Después siguió atacando con todas sus fuerzas hasta que mi amigo empezó a retroceder. El espartano golpeó de nuevo el escudo y este se partió en dos, hiriendo el brazo de Dracón.

Mi amigo estaba en desventaja, pero logró tomar la lanza que estaba en el suelo y la usó para alejar a su adversario. Durante unos minutos chocaron sus espadas, mientras Dracón intentaba agujonear a su contrincante. Logró hincarle la lanza varias veces en el escudo, pero al final esta se partió y la arrojó al suelo.

Dracón miró desafiante a su enemigo. Yo ya había visto esa mirada antes. Mi amigo se fue a por su adversario lanzando un bramido que lo desconcertó, después aferró la espada con las dos manos y golpeó el escudo del espartano hasta partirlo. Silas intentó retroceder, pero terminó cayendo al suelo. Dracón golpeó la espada de su enemigo y en un descuido del espartano clavó la suya en el pecho del joven, que apenas pudo dar un gemido al notar el hierro dentro de su cuerpo.

Dos hombres retiraron el cadáver. Observé a Dracón, parecía exhausto y sangraba por varias heridas. Mi amigo levantó la cabeza y por primera vez me miró directamente.

Mientras el segundo combate comenzaba y luchaban dos de mis compañeros atenienses, Dracón y yo no dejamos de mirarnos. Cuánto había deseado verlo de nuevo, pero no en esas condiciones.

Intenté pensar en las palabras que me había dicho Pericles. Sin duda querían advertirme de algo, tal vez de algún trato al que habían llegado con Thanos para que este me respetara la vida.

Uno minutos más tarde, la arena del estadio tenía una nueva víctima, mientras el público parecía volverse totalmente loco por la sangre de los luchadores. Ahora le tocaba el turno a mi amiga Julia, que pelearía contra Isaura, la lanzadora de cuchillos.

43: Atenas, 5 de boedromión de 2200

Julia e Isaura entraron en el círculo de combate. En el centro había una maza de hierro, además de los cuchillos de los que disponía cada una de ellas. Esta vez, la elección de las armas dejaba a mi amiga en clara desventaja, ya que Isaura era una especialista en el lanzamiento de armas blancas de pequeño tamaño. La única oportunidad que le quedaba a Julia era conseguir la maza y poder mantener a raya a su contrincante con ella.

En cuanto lanzaron la flecha ardiente al aire, Julia corrió a por la contundente arma, pero Isaura logró llegar antes y cubrirla con su cuerpo mientras movía amenazante su cuchillo.

Julia esquivó el arma de la joven, pero no logró en ningún momento pillarla por sorpresa ni acercarse a la maza. Pasaron un par de minutos lanzándose cuchilladas, hasta que Julia se agachó y, lanzando un puñado de tierra a la cara de su enemiga, la cegó por un momento, después se inclinó a por la maza y logró tomarla, pero no pudo evitar recibir un corte en la espalda.

Isaura sonrió al ver a su enemiga herida, pero su alegría no duró mucho: Julia levantó la maza y la golpeó en pleno pecho. La joven cayó al suelo y soltó su cuchillo. Mi amiga levantó de nuevo la maza y la lanzó con todas sus fuerzas, pero Isaura rodó lo suficiente como para apartarse y la maza rebotó en la tierra. La joven aprovechó para, con las piernas, derribar a mi amiga, tomar el cuchillo del suelo y acercarlo hasta su cuello. Julia paró el cuchillo con el mango del mazo, pero la fuerza del brazo de Isaura hacía que la hoja afilada se acercara cada vez más a su cuello.

Miré aterrorizada la escena, si mi amiga no lograba parar el avance de su contrincante acabaría degollada. Entonces, Julia levantó las piernas y atrapó el cuello de Isaura con los tobillos, logrando echarla hacia atrás, después se sentó sobre ella y, tomando el mazo, lo aplastó sobre su cabeza.

Miré a Pericles; su sonrisa me devolvió por un segundo la mía, pero eso no

cambiaba que en unos minutos tendríamos que enfrentarnos en un duelo del que únicamente uno de los dos podía salir con vida.

44: Atenas, 5 de boedromión de 2200

La mente retorcida de Thanos debía estar detrás de la forma de combate que eligieron para que nos enfrentáramos Pericles y yo.

Nos llevaron de nuevo sobre el foso de los leones, pero habían desmontado la gran espiral, dejando tan solo una estructura en forma de cruz. En el centro había dos hachas de doble hoja, que teníamos que alcanzar antes de que el otro lo hiciera. En el foso nos esperaban los leones, impacientes por vernos dar un mal traspie y que cayéramos en sus fauces.

Cuando la flecha surcó el cielo, ya había pasado el mediodía y muchos de los espectadores tomaban su almuerzo mientras nos veían morir. Podía olerse la comida de los puestos y los gritos de los niños que corrían por las gradas o en la parte trasera del estadio.

Nos pusimos cada uno en un extremo. Pericles no dejaba de sonreírme, lo que me hacía sospechar que iba a dejarse ganar. Aunque yo prefería morir que matar a mi amigo.

No entendía qué había salido mal en mi plan, ya que los piratas tampoco habían intentado capturar a Thanos en el estadio. El espartano debía de estar disfrutando de lo lindo mientras nosotros íbamos muriendo poco a poco.

Corrimos los dos hacia las hachas, Pericles tomó la primera y la dirigió contra mí, pero yo logré esquivar su ataque, aunque casi pierdo el equilibrio. Después me agaché y tomé mi arma, también la dirigí contra mi amigo y este retrocedió unos pasos.

—Dracón y yo aceptamos luchar con la condición de que no os sucediera nada a vosotras dos. Al fin y al cabo nuestras vidas estaban perdidas. Espero que cuando todo esto acabe logréis la paz y la felicidad —dijo mi amigo.

Yo lo miré y, sin poder evitarlo, comencé a llorar. No podía creer que estuvieran dispuestos a hacer eso por nosotras dos.

—No permitiré que eso ocurra. Thanos es un mentiroso y no se saldrá con la suya —le dije.

—Atenas necesita que vivas para que alguien pueda dirigirla, sin ti la ciudad continuará sometida a los espartanos —dijo Pericles, mientras continuaba atacándome.

Alguien que observara la escena desde lejos no habría imaginado que hablábamos tranquilamente mientras las hachas pasaban rozando nuestros cuellos o brazos.

Al darme la vuelta miré las gradas. En la parte baja, las sacerdotisas continuaban murmurando sus oraciones. Entonces creí ver un destello debajo de la túnica de una de ellas. Comprendí al fin lo que había sucedido.

—Cuando te lo diga, lánzate al foso. Los leones todavía están entretenidos con la pieza anterior. Si alguno te ataca, usa el hacha —le dije.

Mi amigo me miró sorprendido. Estaba dispuesto a morir por mí, pero no entendía por qué le pedía que se lanzara al foso de los leones.

—Está bien, haré lo que me pides —dijo Pericles.

Seguimos luchando unos minutos, después lo golpeé con el hacha, pero sin usar los filos, y mi amigo se cayó al foso. Miré por unos segundos hacia abajo. Pericles se levantó rápidamente y le abrió la cabeza al único león que parecía interesado en devorarlo; después me giré. Mientras el público bramaba, lancé con todas mis fuerzas el hacha, que rozó la cara de Thanos. El espartano me miró furioso y ordenó a sus escoltas que bajaran a la arena para capturarme. Esa era la oportunidad que había esperado. Ahora lo único que faltaba es que la suerte estuviera esta vez de nuestro lado.

45: Atenas, 5 de boedromión de 2200

Mientras los escoltas bajaban por los graderíos para saltar a la arena, yo corría directamente hacia ellos. Dracón salió del lugar de descanso seguido de Julia y del otro luchador. La docena de escoltas se paró frente a mí y las sacerdotisas comenzaron a subir por las gradas sin dejar de cantar.

Dracón se lanzó a por dos de los escoltas, Julia comenzó a luchar con otro y el ateniense con dos más, pero los otros siete continuaban corriendo hacia mí. Retrocedí de nuevo hacia el foso y me coloqué en el centro de la plataforma en forma de cruz, de esa forma únicamente me podrían atacar cuatro a la vez.

Dracón hincó su espada en el corazón de uno de los escoltas y se fue a por otro, mientras yo derribaba al primer enemigo, que cayó al foso justo en medio de los leones. El resto de los escoltas comenzó a atacarme por los cuatro lados, pero me movía con rapidez y conseguí derribar a otros dos.

Mientras, en los graderíos, las sacerdotisas llegaron hasta Thanos, que estaba entretenido anticipando el desenlace de mi lucha. La primera supuesta sacerdotisa se quitó la capucha y desde lejos pude ver el rostro de Marco, que ponía una espada sobre el cuello de Thanos. El resto de sacerdotisas rodeó a Thanos y Pompeyo, todos ellos eran piratas disfrazados.

El público que estaba lo suficientemente cerca del tirano como para presenciar lo ocurrido comenzó a gritar y a huir despavorido, lo que provocó una avalancha. Los guardias intentaban defender a su líder, pero la multitud se lo impedía.

Estaba tan entretenida observando la caída de Thanos que uno de los escoltas me alcanzó con su espada y me hirió en el hombro. Entonces solté mi arma, quedando totalmente desprotegida ante los ataques de mis enemigos.

Los cuatro escoltas que aún quedaban se acercaron a mí con una sonrisa. Iba a morir, pero al menos habíamos conseguido parar la guerra y salvar Atenas para siempre.

46: Atenas, 5 de boedromión de 2200

Dracón venció al último escolta y corrió hacia el foso. Uno de los hombres de Thanos aprovechó que estaba desarmada para herirme en la pierna. Estuve a punto de perder el equilibrio, pero en el último momento logré ponerme de nuevo en pie. Un segundo escolta me atacó con su espada, la tomé por la hoja y tiré con todas mis fuerzas. El hombre cayó al foso y logré recuperar un arma, pero tenía graves cortes en las manos.

Los tres escoltas parecían furiosos por mi resistencia. Me atacaron a la vez y uno de ellos me hirió en el otro hombro. Estaba perdiendo mucha sangre y cada vez me sentía más débil, pero logré herir a otro escolta. Ya únicamente quedaban dos sobre el foso.

Julia había derribado a su oponente y Dracón seguía corriendo para ayudarme.

El soldado que estaba a mi espalda se movió con rapidez y lanzó la hoja de su espada contra mí. Estaba a punto de atravesarme cuando Pericles logró pegar un salto, encaramarse a la pasarela e interponerse en el ataque. La espada del escolta atravesó a mi amigo, pero este aún tuvo fuerzas para empujar a su asesino al foso.

—¡Pericles! —dije, dándome la vuelta.

Mi amigo se tumbó sobre el metal y yo me agaché para ayudarlo, pero el otro escolta aprovechó mi descuido para lanzarse sobre mí. Me hincó el arma en la espalda y yo caí en la parte central, junto a Pericles. El hombre estaba a punto de rematarme cuando Dracón llegó y lo acuchilló por la espalda.

Dracón me levantó la cabeza; notaba que todo me daba vueltas. Estaba a punto de perder la consciencia.

—Amor, no dejaré que mueras —dijo Dracón, mientras me estrechaba entre sus brazos. Después todo fue confusión.

47: Atenas, 6 de boedromión de 2200

A veces la muerte se presenta como el más dulce néctar de los dioses, te envuelve en sus brazos y tú te dejas llevar, pero aquel no era mi día. Cuando abrí de nuevo los ojos estaba sobre una cama de sábanas limpias. Me dolía todo el cuerpo, pero tenía una falsa sensación de euforia, como si me hubiera despertado de un largo sueño que había comenzado muchas semanas antes, mientras nadábamos en el río.

Cuando abrí los párpados, lo primero que observé fue el rostro de Dracón. Me miró con sus grandes ojos. En su rostro tenía algunas magulladuras fruto del combate, pero parecía estar en perfecto estado.

—Al fin has despertado —dijo Dracón, mientras se acercaba más a la cama.

Un segundo después, los rostros de Julia, de mi hermano y de mi madre me miraban emocionados. *Están todos aquí*, pensé. Aunque enseguida recordé a Pericles, que se había interpuesto para salvarme de uno de los escoltas.

—¿Cómo está Pericles? —les pregunté, nerviosa de pronto.

—Ahora será mejor que descanses un poco, tus heridas no son graves, pero necesitas reposo —dijo mi madre. El collar hacía que mejorara milagrosamente, pero aún sufría algunos dolores.

—Pero antes necesito saber cómo está Pericles —le contesté.

—Lo siento, Pericles ha muerto —dijo Julia.

Sentí una sacudida en el cuerpo, como si me hubieran atravesado el corazón con un cuchillo. Comencé a llorar y Dracón me abrazó.

—La guerra ha terminado y Thanos está prisionero —dijo Dracón.

Aquellas palabras no me consolaban, muchos habían muerto en las últimas semanas por culpa de Thanos y sus secuaces.

—Pompeyo intentó traer más soldados de Esparta a Atenas, pero los piratas los atacaron en alta mar. Dracón reclamó el gobierno de la ciudad y los ancianos expulsaron a Pompeyo. Ahora el romano vaga sin hombres ni ejércitos bajo su

mando. Thanos será juzgado y pagará todas sus culpas, y no tardaremos mucho en capturar a Pompeyo —dijo Julia.

—¿Y mi padre? —pregunté angustiada. Thanos era el único que conocía su paradero.

—Thanos no ha querido hablar con nadie. Registramos las cárceles de Esparta, pero no lo encontramos allí —dijo Julia.

Tras unos minutos más de charla, estaba totalmente agotada. Todos salieron del cuarto menos mi madre. No tardé mucho en caer en un profundo sueño.

48: Atenas, 8 de boedromión de 2200

Tardé tres días en recuperar las fuerzas, pero ni un segundo dejé de pensar en mi padre ni en la trágica muerte de Pericles. Thanos no podía salirse con la suya, por eso, en cuanto tuve fuerzas, le pedí a Julia que me ayudara a ir a ver al espartano.

Julia me consiguió una silla de mano para que me portearan cuatro soldados. No me gustaba que me llevaran recostada en aquella especie de cama. Normalmente solo las utilizaban los dignatarios, pero aún me costaba demasiado andar. Cuando llegamos a la cárcel de la ciudad, Julia me ayudó a caminar hasta la entrada. El carcelero nos franqueó el paso sin ningún problema. El gobernante de la ciudad era Urano y a mí me consideraban un importante miembro del Consejo, aunque este todavía no se había formado oficialmente.

Llevaron a Thanos, cargado de cadenas, a una de las salas superiores, para que yo no tuviera que bajar hasta las mazmorras. El suelo era de paja, las paredes de piedra y estaba rodeada de una verja de hierro. Nosotras esperábamos al otro lado de las rejas. Cuando lo vi entrar, me sorprendió lo viejo y deteriorado que parecía. Su rostro reflejaba desprecio y resignación, como si ya no albergara ninguna esperanza. Ahora que Thanos estaba despojado de su poder absoluto, imaginaba que todo el peso de su conciencia había caído sobre él para atormentarlo.

—La valiente Helena quiere verme. No me sorprende, pues imagino lo que quieres de mí, pero no lo obtendrás. Me has robado a mi hijo, también a mi madre. Por tu culpa Esparta se convertirá en un lugar tan decadente como Atenas y el mundo perderá su referente, su modelo de ciudad ideal —dijo Thanos con cara de desprecio.

—No he venido aquí para discutir ni regodearme de nuestra victoria. Por su culpa mucha gente inocente ha muerto. Su ambición y nepotismo casi destruyen a nuestras dos ciudades. Lo que deseo es que muestre al menos algo de humanidad y me diga dónde está mi padre —le contesté.

—Es justo que pierdas a tu padre para siempre, al fin y al cabo yo he perdido a mi

madre y a mi hijo —contestó Thanos.

Me daba cuenta de que disfrutaba viéndome sufrir, pero tenía una idea para hacerle cambiar de opinión.

—Le haré una oferta que no podrá rechazar si me dice el lugar en el que tiene escondido a mi padre —dije muy seria.

—¿Qué puedes ofrecerle a alguien a quien le espera la muerte muy pronto? —preguntó sarcásticamente el hombre.

—Si me desvela el paradero de mi padre, le prometo que nunca me casaré con Dracón, aunque eso me parta el corazón —le dije.

El hombre me miró sorprendido. Seguramente no se esperaba que le hablara de ese modo.

—¿Tanto amas a tu padre que estás dispuesta a ser infeliz de por vida? —me preguntó.

—Nunca sería feliz viendo a mi madre y mi hermano tristes. Amo con toda mi alma a su hijo, pero me consagraré a Atenea y me convertiré en sacerdotisa —le contesté.

Thanos sabía que hablaba en serio. Podía odiarme con toda su alma, pero en su mente era consciente de que era una persona de palabra. Además, con mi promesa, le daba la oportunidad de hacernos daño a tanto a Dracón como a mí, a partes iguales.

—Tu oferta es muy tentadora y sé que cumplirás tu palabra. Tengo en mis manos tu vida y tu felicidad. No tendré compasión de ti, has destrozado todo en lo que creo y a mi propia familia —dijo Thanos.

—No lo hagas —me suplicó Julia—, no puedes sacrificar tu felicidad. Tu padre está muerto.

—Aunque sea para recuperar su cadáver estoy dispuesta a sacrificarme por mi madre. Necesitamos saber qué le ha sucedido —le expliqué a Julia.

Mi amiga agachó la cabeza, como si no quisiera verme destruir mi futuro delante del miserable de Thanos. El espartano me sonrió y dijo:

—Tu padre está en la isla de la Libertad —me dijo.

La isla de la Libertad, en la que estaba la estatua de la gran diosa, era un lugar tabú para nosotros. Aquella colosal diosa permanecía erguida a pesar de los cientos de años y las miles de tormentas que la habían azotado.

—Gracias —le dije.

Salí de aquel lugar con el corazón destrozado, pero con la sensación de que había cerrado una etapa de mi vida. Ya no era una niña y sabía que el precio del amor es siempre el sacrificio. A partir de ese momento me consagraría a Atenea y a mi ciudad.

Rechacé la silla de mano y decidí caminar por la calles de Atenas. Poco a poco regresaba la normalidad tras la guerra. Aún quedaba el juicio de Thanos y firmar el acuerdo de paz, pero el mundo ya no volvería a ser el mismo. Aunque lo único que me importaba en ese momento era comunicar a mi madre el lugar en el que estaba mi

padre y no verla sufrir más.

49: Atenas, 9 de boedromión de 2200

Urano nos facilitó un barco en el que pudiéramos ir hasta la isla. Desde el día anterior no había vuelto a hablar con Dracón. Aquella noche le había enviado una carta en la que le comunicaba nuestra ruptura y las causas que me habían llevado a ella. A pesar de todo, Dracón vino con nosotros, aunque no se acercó a mí en ningún momento.

En una hora estuvimos frente a las costas de la isla. La gran diosa de la Libertad nos miró indiferente, con su brazo extendido y su antorcha desafiante.

Atracamos el barco en el pequeño puerto ceremonial. Aquel lugar era sagrado y los únicos que se acercaban, una vez al año, eran los sacerdotes de Esparta. Aunque a mí poco me importaba que los dioses me maldijeran si conseguía encontrar con vida a mi padre.

Mi familia encabezaba la expedición. Mi madre ya no soportaba por más tiempo el sufrimiento que le producía la separación de mi padre y sobre todo la incertidumbre de no saber si estaba vivo o muerto.

A los pies de la estatua no había soldados ni nadie que vigilara la isla. Aquello me atemorizó, pensé que Thanos no había dejado vigilancia porque esta ya no era necesaria al haber muerto mi padre.

Ascendimos hasta la gran base cuadrada. Una gran oscuridad lo inundaba todo. Encendimos un par de antorchas y registramos la sala principal y los sótanos, pero no encontramos ni rastro de mi padre.

Salimos de la estatua desanimados. No entendía por qué Thanos había dado una pista falsa. Pensaba que mi promesa lo había convencido, pero no era así.

Regresamos a Atenas cabizbajos. Mi madre no paraba de llorar y mi hermano parecía decaído. Al llegar, el grupo se disolvió y yo regresé a casa con mi familia, sin hablar ni con Julia ni Dracón.

Al día siguiente se celebraba la asamblea conjunta de espartanos y atenienses. Las dos ciudades nombrarían un nuevo consejo y juzgarían a Thanos.

50: Atenas, 10 de boedromión de 2200

No dormí en toda la noche. Estaba tan desanimada que no quería ir a la asamblea. Sabía que si me cruzaba con Thanos era capaz de lanzarme sobre él y atravesar su pecho con un cuchillo. Al final Julia vino a buscarme a casa y las dos caminamos por la calle principal hasta el edificio del Consejo.

En cuanto nos acercamos, vimos la gran multitud que había convocado la asamblea conjunta. Me animó ver al pueblo tan decidido a cambiar para siempre la cara de nuestras dos ciudades. Dentro del edificio todo el graderío estaba lleno de gente, pero nos habían reservado un lugar en la primera fila. Urano presidía la sesión, pero cinco hombres y mujeres de las dos ciudades lo acompañaban en la presidencia.

A pesar de que los busqué por la sala, no vi ni a Dracón ni a mi madre. Mi hermano llegó algo más tarde y se sentó a nuestro lado.

Urano se puso en pie para dar comienzo a la asamblea; después, levantando las manos, pidió calma y comenzó a hablar:

—Ciudadanos y ciudadanas de Atenas y Esparta, lo que hemos venido a hacer esta mañana aquí parece un milagro, pero no lo es. Espartanos y atenienses como hermanos vamos a firmar la paz entre nuestras dos ciudades y la abolición de los Juegos de la Guerra. Durante generaciones nuestros pueblos se han enfrentado, ya fuera por la guerra o por los juegos; hoy firmamos un pacto eterno, que nunca será roto por ninguna de las dos partes. Este sueño hecho realidad no ha sido fruto de la casualidad o el azar, tampoco del buen hacer de nuestros gobernantes. Realmente la firma de esta paz es el resultado de muchos sacrificios. Algunos han pagado con su vida para que hoy nos sentemos como hermanos, otros han sufrido persecuciones y pérdidas. Es nuestro deber reconocer a aquellos que han permitido que llegue este momento —dijo Urano.

La asamblea parecía emocionada. Todos callaban y algunos no podían evitar que sus ojos se cubrieran de lágrimas. Se escucharon sonidos de tambores y flautines,

después una comitiva entró en la sala y descendió hasta el escenario. En el centro de la comitiva estaba Dracón. Vestía una capa púrpura y el uniforme espartano. Llevaba la cabeza cubierta con el casco dorado y el pecho con la coraza de oro de los príncipes de su pueblo. Todos veían en él a un dios, yo en cambio veía a mi amigo, al hombre que amaba con todo mi corazón.

—Pueblo de Esparta y Atenas, me presento ante vosotros con una triple intención. Primero quiero agradeceros vuestro sacrificio. Este momento es posible por la muerte y entrega de muchos de vosotros. Es un acto de bondad que los que hasta ayer éramos enemigos hoy nos sentemos juntos como hermanos. Lo segundo es pedir que perdonéis la vida de Thanos. No pido por él porque sea mi padre, ya que él renunció a serlo hace mucho tiempo, pero no quiero que los cimientos de nuestra nueva república, de los renacidos Estados Unidos de Norteamérica, se construyan sobre más muertos. Que tanto él como aquellos que son culpables de crímenes contra nuestros pueblos sean enviados al exilio, a Nueva Escocia, en el norte del continente —dijo Dracón, y un murmullo se extendió por la sala—. Por último, deseo que esta asamblea nombre presidente vitalicio a un hombre que lo ha dado todo por la paz. Diácono, anciano de este Consejo y miembro de la noble ciudad de Atenas.

Las palabras de mi amigo me dejaron sin aliento. Mis ojos se llenaron de lágrimas al escuchar ese homenaje póstumo a mi padre. Pero en ese momento escuché unos pasos y me giré. Un hombre de barba gris y pelo blanco descendió la escalinata. Vestía el traje de los miembros del consejo, pero con una capa púrpura sujeta con un gran broche de oro. Aquel hombre era mi padre, Diácono.

Se paró justo al llegar a la altura de mi asiento y abrió los brazos. Mi hermano y yo nos fundimos con él. Creía estar en un sueño del que no quería despertar. Después mi padre subió al estrado. Todos lo miraban sorprendidos, como si hubieran visto a un fantasma.

—Soy el hombre más feliz del mundo. Nunca un sacrificio había merecido tanto la pena. Sin duda hubiera dado mi vida por vosotros, pero sobre todo lo hice por mis hijos. Quería que se criaran en un sitio mejor, en una ciudad donde nadie fuera discriminado por su nacimiento. Ahora, juntos, tenemos la oportunidad de cambiar la historia. Creía que no volvería a verlos. Thanos me dejó en la isla de la diosa Libertad. Estuve semanas viviendo de lo que pescaba, pero cuando vi la lucha entre los barcos de Esparta y los piratas decidí lanzarme al mar sobre un tronco. Estuve vagando por las aguas hasta ayer. Dracón llevaba horas buscándome por la costa, ya que creía que Thanos no había mentido cuando confesó el lugar en el que me encontraba —dijo mi padre. Todo el mundo estaba admirado por su historia. Era un milagro que permaneciera con vida.

Mi madre salió de un lateral y se acercó a él. Los dos se besaron mientras todo el auditorio comenzaba a aplaudir. Nosotros también acudimos al escenario. Me sentía la persona más dichosa del mundo. Mi padre llamó a Dracón y puso su brazo sobre su hombro.

—Este es ahora mi hijo Dracón. La unión de Dracón y Helena sellará el pacto perpetuo entre nuestras dos ciudades —dijo mi padre.

Dracón y yo nos abrazamos mientras la asamblea gritaba de alegría. Los músicos comenzaron a tocar y cerré los ojos, sellando mi amor con un dulce beso. No podía dejarlo todo y convertirme en sacerdotisa. El amor es el único regalo que la Providencia nos ha dado. Nuestro beso fue tan eterno como el deseo de libertad que hay en el corazón de los hombres.



MARIO ESCOBAR GOLDEROS (Madrid, España. 23 de junio de 1971), es un novelista, ensayista y conferenciante. Licenciado en Historia y Diplomado en Estudios Avanzados en la especialidad de Historia Moderna, ha escrito numerosos artículos y libros sobre la Inquisición, la Reforma Protestante y las sectas religiosas. Publicó su primer libro *Historia de una Obsesión* en el año 2000.

Es director de la revista Historia para el Debate Digital, colaborando como columnista en distintas publicaciones.

Apasionado por la historia y sus enigmas ha estudiado en profundidad la Historia de la Iglesia, los distintos grupos sectarios que han luchado en su seno, el descubrimiento y colonización de América; especializándose en la vida de personajes heterodoxos españoles y americanos. Su primera obra, *Conspiración Maine* (2006), fue un éxito. Le siguieron *El mesías Ario* (2007), *El secreto de los Assassini* (2008) y *la Profecía de Aztlán* (2009). Todas ellas parte de la saga protagonizada por Hércules Guzmán Fox, George Lincoln y Alicia Mantorella. *Sol rojo sobre Hiroshima* (2009) y *El País de las lágrimas* (2010) son sus obras más intimistas.

También ha publicado ensayos como *Martín Luther King* (2006) e *Historia de la Masonería en Estados Unidos* (2009). Sus libros han sido traducidos a cuatro idiomas, en formato audiolibro y los derechos de varias de sus novelas se han vendido para una próxima adaptación al cine.

Notas

[1] Declaración de Independencia de los Estados Unidos de Norteamérica del 4 de julio de 1776. <<